
HARLEQUIN
Jazmín top
Miedo al compromiso
MARIE FERRARELLA
Sigo esperándote



Marie Ferrarella

Sigo esperándote



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Sigo esperándote, n.º 29 - diciembre 2014
Título original: The Cowboy's Christmas Surprise
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-5569-4
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Índice

Prólogo

EL RAMO de flores que le había regalado a su madre por su cumpleaños había cumplido su objetivo con creces. El conjunto de crisantemos amarillos, claveles rosas y margaritas blancas se había mantenido fresco y había durado algo más de semana y media.

Sin embargo, como era de esperar, las flores empezaban a morir y ya no alegraban la sala de estar donde su madre pasaba gran parte del día. Su actual estado marchito conseguía justo lo contrario, así que era el momento de tirarlas a la basura.

Pero, cuando Holly se dispuso a tirar el ramo, una margarita blanca llamó su atención. Al contrario que las otras, aquella flor mantenía parte de su vitalidad.

Sin pensárselo dos veces, sacó la margarita del ramo. Después de tirar el resto de flores a la basura, cerró la tapa del cubo y se quedó mirando la margarita que tenía en la mano.

Cerró los ojos, pidió un deseo, el mismo que había pedido una y otra vez durante más de quince años. Después volvió a abrirlos.

Entonces, muy lentamente, comenzó a deshojar la margarita y dejó que cada pétalo que caía saliera volando con la suave brisa que había empezado a levantarse.

–Me quiere –susurró Holly Johnson con una sonrisa esperanzada en los labios–. No me quiere.

Solo pronunciar aquellas palabras ya le provocaba un dolor en el pecho. Sabía que estaba siendo una tonta, pero le dolía igualmente. Porque lo que más deseaba en el mundo era que la primera frase fuese cierta.

El pétalo salió volando como su predecesor.

–Me quiere –recitó de nuevo al arrancar el tercer pétalo de la margarita.

Se le borró la sonrisa con el cuarto pétalo, pero floreció de nuevo con el quinto. Al quedar solo dos pétalos, el juego terminó de forma positiva.

Se quedó mirando el último pétalo durante unos segundos antes de arrancarlo.

–Me quiere.

Aquel pétalo, al contrario que los demás, no encontró brisa con la que salir volando, así que cayó justo a sus pies.

¿Sería incapaz de vivir?

¿O incapaz de marcharse?

Holly suspiró y negó con la cabeza. ¿Qué sabían las flores? No era más que un juego absurdo.

Al instante oyó que su madre la llamaba.

–¡Ya voy! –respondió ella.

Se detuvo un segundo, se agachó para recoger el pétalo, cerró la mano y

se la llevó al corazón.

Se dio la vuelta y regresó a la casa con una sonrisa que iluminaba las comisuras de sus labios. Y los rincones de su alma.

La última frase del juego se repetía en su cabeza.

«Me quiere».

Capítulo 1

–HOLA, muñeca, ¿qué tal?

A Holly Johnson le dio un vuelco el corazón antes de acelerársele, como le sucedía siempre que oía su voz o le veía acercarse a ella.

Había sido así desde la primera vez que viera a Ramón Rodríguez en primer curso, con sus hombros anchos, su pelo negro y sus ojos marrones.

Al comenzar el segundo día de la primera semana del primer curso, para ser exacta. Ella había empezado el primer curso aquel día. Con la intención de cambiar su suerte, su padre había trasladado a la familia, incluyendo a su madre, a su hermano mayor Will y a ella misma, desde una granja de Oklahoma hasta Forever, Texas.

Por entonces ella era una marimacho, y la razón por la que Ray se había fijado en ella era que no solo estaba decidida a jugar a todos los juegos a los que jugaban los chicos, sino que además se le daban bien. Corría más rápido que el chico más rápido de clase, trepaba a los árboles más deprisa y no le daban miedo los bichos y serpientes.

Además no le importaba ensuciarse.

Holly había adquirido todas aquellas cualidades previamente para intentar ganarse el respeto de su hermano mayor. Nunca había llegado a conseguirlo, porque durante su infancia Will siempre la había considerado como un incordio del que quería deshacerse. A lo largo de aquellos años, a su hermano solo le interesaban las chicas y creía que ella le alejaba de su objetivo.

Ray y Will, a pesar de no tener la misma edad, compartían el mismo interés; pero, mientras que Will la había considerado a ella un incordio, Ray llegó a pensar en ella como en una amiga, una confidente. En resumen, la veía y la trataba como a otro chico.

Holly estaba tan loca por él que aceptaba cualquier cosa que él le diera. Así que, durante esos años, se había acercado a Ray como solo podría hacerlo una amiga y, aunque hubiera preferido que la viese como a una novia, se consolaba pensando que, en la vida de Ray, las novias iban y venían con mucha rapidez, pero ella era la única constante en su vida, además de su familia.

Era un premio de consolación que podría soportar hasta que Ray entrase en razón y se diese cuenta de lo que había estado perdiéndose desde el principio.

Era una decisión que Holly había tomado a la tierna edad de once años.

Es decir, trece años atrás.

Y seguía esperando.

Tenía que admitir que había momentos en los que sentía que Ray no la veía en absoluto, que para él no era más que parte del paisaje, parte del

fondo que conformaba el pueblo. Últimamente, como andaba mal de dinero y tenía que mantenerse no solo a sí misma, sino también a su madre y a Molly, la niña de cuatro años que Will había dejado a su cuidado al irse al oeste, Holly trabajaba como camarera en la cafetería de la señorita Joan.

El punto álgido de su día era ver a Ray.

Se pasaba por la cafetería cada vez que iba al pueblo, cosa que sucedía con frecuencia porque era el encargado de las provisiones para Rancho Grande, el rancho que poseía junto con su padre, sus hermanos y su hermana. Y siempre que Ray entraba en la cafetería, ella le veía antes de que él dijera una sola palabra.

Era como un radar interno que había desarrollado. Siempre se disparaba cuando Ray estaba cerca. Ella siempre se volvía hacia él y el corazón se le alteraba inevitablemente antes de que Ray le dirigiese su habitual saludo.

Había acabado llamándole «muñeca» porque ella era treinta centímetros más baja que él. A Holly le encantaba, aunque se esforzaba por que no se le notara.

–Tomaré lo de siempre, muñeca.

«Lo de siempre» consistía en un café con mucha leche y un dónut de mermelada de frambuesa. En las raras ocasiones en las que aquel último no estaba disponible, Ray se conformaba con un dónut relleno de manzana, pero la mermelada de frambuesa era su favorita y, desde que la señorita Joan pusiese a Holly al cargo del inventario y de los pedidos semanales, ella se aseguraba de que siempre hubiese suficientes dónuts de mermelada de frambuesa.

Los habría preparado ella misma si hubiera tenido que hacerlo, pero, por suerte, el proveedor que le suministraba los pedidos semanales siempre tenía de esos.

Técnicamente Ray no estaba acercándose a ella. Estaba acercándose para sentarse a la barra, tomarse su café y su dónut y charlar durante unos minutos. Con cualquier cara bonita que pudiera aparecer en la barra aquella mañana.

Si estaba especialmente entusiasmado por algo o tenía algo que compartir, entonces buscaba deliberadamente su compañía como hacía siempre que necesitaba consejo o compasión. Con los años ella se había convertido en la persona a la que acudir cada vez que surgía algún problema serio.

Aquella mañana Ray tenía alguna noticia que compartir con ella. Una gran noticia, desde su punto de vista.

–¿A que no adivinas una cosa? –le preguntó mientras ella le llenaba la taza de café y colocaba la leche al lado. Al contrario que sus hermanos, Ray odiaba el café solo. Para bebérselo debía tener un tono de chocolate claro.

Holly levantó la cabeza, lo miró a los ojos, dejó la cafetera y esperó a que siguiera hablando.

Al parecer él también estaba esperando algo.

–No estás intentando adivinarlo –dijo él.

–¿De verdad quieres que lo adivine? –preguntó ella, sorprendida. Pero

se dio cuenta de que hablaba en serio–. De acuerdo. Pero para eso voy a necesitar una pista.

–Muy bien. Si quieres una pista, ¿qué te parece esta? –preguntó él. Era evidente que disfrutaba alargando aquello–. *El último mohicano*.

Holly se quedó mirando la cara que aparecía en sus sueños al menos tres noches por semana, normalmente más. Lo que acababa de decirle no tenía ningún sentido para ella, pero no le importaba tanto lo que dijera como el hecho de que siguiera hablando. Le encantaba el sonido de su voz, le encantaba todo de él, incluso su actitud despreocupada, a pesar de ser la responsable de que fuese de mujer en mujer.

–¿Estás leyendo a James Fenimore Cooper? –preguntó. ¿Por qué pensaría Ray que el título del libro significaría algo para ella?

–No, yo –respondió él, y se golpeó el pecho con el puño derecho–. Yo soy el último mohicano.

Holly sabía que tenía sangre de nativo americano por parte de su padre, pero le había contado que descendía de una tribu apache, no de una tribu ficticia sobre la que había escrito un autor que llevaba años muerto.

–Es demasiado pronto para acertijos, chico.

Holly levantó la mirada y vio que la señorita Joan se había acercado a ellos. La mujer pelirroja dueña de la cafetería entornó los ojos y miró al más joven de los Rodríguez con reprobación.

–¿Por qué no le dices a Holly lo que estás intentando decir ahora que todavía es lo suficientemente joven para oírlo?

Pero al parecer Ray disfrutaba siendo enigmático e intentó dar otra pista.

–El último hombre.

–Ray –dijo la señorita Joan con un tono de advertencia–, vas a ser el último hombre sentado en mi cafetería si no te dejas de adivinanzas y dices lo que quieres decir.

Ray suspiró y negó con la cabeza. Había pensado que Holly, a la que siempre había considerado lista, ya habría adivinado lo que estaba intentando contarle.

–De acuerdo, de acuerdo –respondió–. Le quita la diversión a todo, señorita Joan –añadió.

En respuesta, la señorita Joan le dirigió una sonrisa perversa.

–No es eso lo que dice mi Harry –le informó, refiriéndose al marido que había encontrado hacía no mucho, después de pasar años siendo la soltera supuestamente despreocupada de Forever.

–Muy bien, ¿por qué eres el último hombre? –preguntó Holly.

–Porque los demás en mi familia están cayendo como moscas –respondió Ray–. Salvo por mi padre. Pero él no cuenta. Anoche tuvimos otra pérdida.

–No entiendo por qué una pérdida te hace sonreír de oreja a oreja –comentó la señorita Joan–. Vamos, escupe, chico. ¿De qué diablos estás hablando?

El brillo en los ojos de la mujer parecía no corresponderse con la pregunta que acababa de hacer. Todo el mundo daba por hecho que la señorita Joan lo sabía todo; estaba al corriente de todos los secretos, sabía

lo que la gente estaba haciendo y en general todos la consideraban como una buena fuente de información.

–No me diga que no lo sabe –dijo Ray de pronto.

–No digo una cosa ni la otra. Solo digo que, dado que tienes tantas ganas de dar esta noticia, deberías darla ya. Antes de que alguien decida ahorcarte.

No era una sugerencia, sino una orden directa y, si realmente sabía algo de lo que estaba a punto de contarle a Holly, Ray agradecía que le permitiera a él dar la información. Al fin y al cabo, concernía a su familia.

Forever era un pueblo en el que pasaban muy pocas cosas. Tenían el clásico sheriff con tres ayudantes, incluyendo a su hermana Alma, pero pasaban casi todo el tiempo ocupándose de asuntos mundanos como bajar gatos de los árboles y a veces encerrar a algún hombre que tuviera problemas para controlar la ingesta de alcohol. En ocasiones concretas, los hombres en cuestión habían bebido demasiado para intentar ahogar el sonido de sus esposas descontentas.

Pero sobre todo era un pueblo en el que todo el mundo estaba al corriente de los asuntos de los demás, así que ser el primero en saber algo o en anunciarlo era todo un privilegio.

–¿Y bien? –insistió Holly–. ¿Vas a contármelo o voy a tener que sacártelo a golpes?

–¿Tú y cuántos más? –preguntó él con una sonrisa. Cuando Holly fingió que daba un paso hacia delante, él levantó las manos como para detenerla. Tras haber alargado el momento suficientemente, por fin estaba listo para contarle lo que había ido a decirle.

–¿Recuerdas a esa mujer que vino a nuestro rancho a trabajar con esa caja de periódicos y diarios que mi padre encontró en nuestro ático?

Holly asintió. Había visto en alguna ocasión a Samantha Monroe, la persona a la que Ray se refería, cuando esta se había pasado por la cafetería. La mujer tenía el tipo de cara que resultaba atractiva sin maquillaje, y Holly envidiaba eso. Ella llevaba muy poco maquillaje, pero sentía que, si salía sin nada, no tenía rasgos visibles.

–Sí –respondió con paciencia–. La recuerdo. ¿Qué pasa con ella?

–Bueno, adivina qué hermano acaba de hacer la pregunta del millón.

Por un segundo, Holly sintió un vuelco en el corazón al pensar que Ray estaba refiriéndose a sí mismo. Ella había visto cómo miraba inicialmente a la tal Samantha, y cualquiera se habría dado cuenta de que estaba encaprichado de la atractiva pelirroja.

Y, aunque sabía que la atracción de Ray por una mujer duraba muy poco, siempre pendía sobre su cabeza, y sobre su corazón, la amenaza de que algún día apareciera una mujer que le enamorase, y entonces Ray la seguiría hasta los confines de la tierra.

Pero entonces se dio cuenta de que la sonrisa de sus labios era más de suficiencia que de otra cosa. Ella no era una experta en el comportamiento masculino, pero estaba segura de que un hombre no sonreiría con suficiencia al decir que había encontrado al amor de su vida e iba a casarse con ella.

Así que no se refería a él.

Entonces tenía que ser…

–¿Mike? –preguntó–. ¿En serio?

Miguel Rodríguez hijo, conocido por todos como Mike, era el mayor de los hermanos. Al contrario que Ray, Mike apenas sonreía. Si Ray salía demasiado, Mike no lo hacía nunca. Que ella supiera, el mayor de los hermanos Rodríguez dedicaba su vida a trabajar en el rancho y a ser no solo la mano derecha de su padre, sino también la izquierda.

Holly había dado por hecho que nunca se casaría. Ya se había casado con el rancho.

–¿Mike le ha pedido a esa mujer que se case con él? –preguntó con incredulidad.

Conocía a todos los hermanos desde que empezó a relacionarse con Ray, pero en general los conocía a través de los ojos de Ray y de las interpretaciones que este hacía de sus acciones. Según él, aunque Mike no odiaba a las mujeres, tampoco es que le encantaran. Y además no tenía tiempo de mantener una relación.

Sin embargo recordaba que, siempre que veía a Samantha, estaba en compañía de Mike.

«Bueno, qué sabrás tú», pensó. «Los milagros ocurren».

Las palabras de Ray le dieron esperanza.

–Sí –contestó Ray, riéndose al ver su cara de sorpresa–. A mí también me ha dejado de piedra –admitió–. Quieren casarse en Nochebuena. Yo seré el único varón Rodríguez que quedará soltero.

–Quizá porque las chicas de Forever son lo suficientemente sensatas como para saber que, como marido, acabarías dándoles más trabajo que la mayoría de los hombres –intervino la señorita Joan.

–No. Es porque yo soy lo suficientemente sensato como para no casarme nunca –contestó Ray. Apoyó la barbilla en la palma de su mano y miró hacia una de las mesas, donde cuatro mujeres que rondarían su edad desayunaban mientras charlaban–. Hay demasiadas flores bonitas ahí fuera como para conformarme con un único jardín de mi propiedad.

–¿Así que ahora eres jardinero? –preguntó la señorita Joan–. Que Dios nos asista.

Le dirigió entonces a Holly una mirada muy significativa, pero no dijo nada más antes de irse a atender al sheriff, que acababa de entrar.

–Buenos días, sheriff –dijo la señorita Joan mientras limpiaba automáticamente una parte de la barra que ya estaba limpia–. ¿Se ha enterado ya de la noticia? –no se molestó en esperar a que respondiera–. El último de los Rodríguez disponibles se va a casar.

El sheriff Rick Santiago frunció el ceño confuso. Entre gruñidos cansados por su avanzado estado de gestación, Alma le había contado aquella mañana la noticia sobre su hermano. Pero no había mencionado el pequeño detalle que la señorita Joan acababa de contarle.

–¿El último? –preguntó Rick–. Creí que Ray seguía soltero.

–He dicho «disponible», sheriff –matizó la mujer–. Eso implica que sea un buen partido. Ray es de los que juegan el partido y después le dejas marchar al darte cuenta de que nunca podrá ser apto para el puesto.

Ray se dio la vuelta sobre su taburete para mirar a la dueña de la

cafetería. Parecía sorprendido.

–¿Está diciendo que no soy de los que se casan? ¿O que nadie quiere casarse conmigo?

La señorita Joan lo miró durante unos segundos con expresión enigmática antes de responder.

–Bueno, chico. Creo que tú eres el único que conoce realmente la respuesta a esa pregunta.

Ray sacó varios billetes de un dólar y los dejó sobre la barra mientras se bajaba del taburete. Llevaba en la mano el dónut a medio comer.

–Menos mal que la quiero, señorita Joan –le dijo a la mujer al pasar junto a ella–. Porque sabe usted cómo destrozarle el ego a un hombre.

–Tú aún no eres un hombre, Ray –contestó la dueña–. Vuelve y habla conmigo cuando lo seas –concluyó con un insolente movimiento de cabeza–. Y tú –le dijo a Holly en voz baja al pasar junto a ella–. Deja de mirarlo como si fuera el gatito más mono del mundo y fueses a morirte si no pudieras tenerlo entre tus brazos. ¿Lo deseas? ¡Pues ve a por él! –le ordenó la señorita Joan a la chica que llevaba trabajando para ella los últimos cinco años.

Holly miró a su alrededor para ver si alguien había oído el sucinto, aunque vergonzoso, consejo amoroso de la señorita Joan.

Para su tranquilidad, nadie parecía haberse dado cuenta. Y la única persona que realmente importaba estaba a punto de salir por la puerta para irse a hacer sus recados y a charlar con cualquier chica guapa que se cruzara en su camino.

Holly no sabía que estaba suspirando hasta que la señorita Joan la miró desde el otro lado de la cafetería. Aunque creía que era imposible que la hubiese oído desde allí, sabía que la señorita Joan tenía la capacidad de intuir cosas y leer entre líneas.

También sabía que estaba en deuda con ella. La señorita Joan le había ofrecido un trabajo cuando más lo necesitaba, y le habría dado un lugar donde dormir si hubiera necesitado eso también.

Era la señorita Joan la que se había interesado por ella y la había alentado para que hiciese cursos *online* y persiguiese su sueño de ser enfermera de urgencias cuando sus sueños de ir a la universidad se habían desmoronado. Era la señorita Joan la que había tenido fe en ella cuando ni ella misma la tenía. Y tampoco la había criticado ni se había quejado cuando Holly había pasado a ser madre de la noche a la mañana; sin la excitación de haber seguido los pasos habituales para llegar a serlo.

Le dirigió una sonrisa a la dueña de la cafetería y siguió trabajando. La señorita Joan no le pagaba para soñar despierta.

Capítulo 2

–VAMOS, Holly, di que sí –dijo Laurie Hodges, una de las camareras a tiempo parcial de la señorita Joan, mientras seguía a Holly por la cafetería–. Nunca te diviertes –se quejó en voz baja para que los que todavía estaban comiendo en la cafetería no la oyesen–. ¿Quieres estar dentro de veinte años sola en tu casa, viendo las sombras de la pared y lamentándote por no haber dedicado tiempo a crear recuerdos? Por el amor de Dios, Holly, lo único que haces es trabajar.

En eso Holly estaba de acuerdo, pero tenía una muy buena razón para ello.

–Eso es porque no hay nada más.

Al menos no había nada más en su mundo.

Estaba su trabajo a jornada completa como camarera y, cuando terminaba su turno, se iba a casa y allí le esperaba otro trabajo muy diferente. El trabajo que hacía cualquier mujer que tuviera una familia y un hogar que mantener.

En su caso, ella cuidaba de su madre, cuyas capacidades estaban limitadas debido a su estado y a la silla de ruedas en la que estaba prisionera desde hacía unos años. También cuidaba de su sobrina, Molly, la cual, con casi cinco años, era difícil de manejar.

Y por supuesto estaba la casa, que no se limpiaba sola. Y, después de ocuparse de todo eso, tenía los cursos *online*. Cierto que estaban programados estratégicamente en torno a su tiempo limitado, pero allí estaban, esperando.

Todo aquello suponía un día de veintitrés horas y media.

Eso le dejaba un mínimo de tiempo para emplear en cosas tan frívolas como comer y dormir.

Y eso sí que no le dejaba tiempo en absoluto para hacer cosas como salir con sus amigas y no hacer nada; o, como Laurie le proponía, ir a bailar a Murphy's.

–Eso no es todo lo que hay –se quejó Laurie–. Dios, Holly, dedícate algo de tiempo antes de convertirte en una vieja arrugada que viva arrepintiéndose de todo lo que no ha hecho.

Laurie la agarró del brazo para llamar su atención porque parecía que Holly no registraba sus palabras. Holly era una chica de trato fácil, pero no le gustaba que la acorralaran física ni verbalmente.

Levantó la cabeza y la mirada severa de sus ojos hizo que Laurie apartara la mano, aunque no dejó de hablar.

–Van a llevar a una banda de verdad que tocará el viernes por la noche. Uno de los hermanos Murphy y dos amigos suyos –explicó–. Liam, creo –añadió sin tener muy claro cuál de los hermanos iba a tocar–. O quizá sea

Finn. Solo sé que no es Brett –Brett era el mayor y el que regentaba el establecimiento. Los tres vivían encima del bar–. Pero en realidad no importa qué hermano sea. El caso es que va a haber gente de verdad tocando en directo para que los demás bailemos.

–Sería interesante si tuvieran gente de mentira tocando música –comentó la señorita Joan, que se había acercado a ellas por detrás.

En vez de avergonzarse y fingir que estaba ocupada haciendo algo, Laurie recurrió a la dueña de la cafetería para obtener su apoyo.

–Dígaselo, señorita Joan –dijo Laurie–. Dígale a esta mujer tan cabezona que solo tiene una oportunidad para ser joven.

–Al contrario que las muchas oportunidades que te doy yo de comportarte como una camarera –respondió la señorita Joan–. ¿No tienes azucareros que llenar? –fue una pregunta retórica. Una pregunta que hizo que Laurie diera un paso atrás y se apresurase a obedecer.

Cuando la otra camarera se marchó, la señorita Joan se volvió hacia Holly.

–Ya sabes que tiene razón –le dijo en voz baja–. Odio admitirlo, pero Laurie tiene razón. Solo eres joven una vez. Puedes actuar como una niña cuando tengas sesenta, como esos vaqueros descerebrados que vienen aquí a comer, pero sabes que el momento oportuno para comportarse así es cuando eres joven. Ahora. ¿Laurie tenía algo específico en mente? ¿O estaba divagando como suele hacer? Si esa chica tuviera algún pensamiento real en su cabeza, ese pensamiento se moriría de soledad.

–Sí que tenía algo específico en mente –contestó Holly.

La señorita Joan esperó unos segundos, pero Holly no dijo nada más.

–¿Vas a darme detalles o se supone que tengo que adivinar qué es ese algo específico? –preguntó su jefa.

Como ya no podía cargar más platos en la bandeja que estaba llenando, Holly la levantó y empezó a cruzar la cafetería. Dado que la señorita Joan estaba siguiendo todos sus movimientos, no le quedó más remedio que contarle lo que deseaba saber.

–El viernes toca una banda en Murphy's. Laurie y unas amigas quieren ir sobre las nueve para ver qué tal es. Y para bailar.

–¿Y por qué no vas tú?

–Tengo demasiadas cosas que hacer.

–¿Por qué no vas? –repitió la señorita Joan, como si la excusa que le había dado no fuese lo suficientemente buena. Antes de que Holly pudiera responder, la mujer comenzó a enumerar todas las razones por las que sí debería ir–. Es después de que acabe tu turno. Estoy segura de que tu madre podrá cuidar a Molly, sobre todo porque tu sobrina ya estará dormida. Y si, por alguna razón, tu madre no puede, yo sí que puedo.

–¿Usted cuidaría de ella? –preguntó Holly con incredulidad.

–Claro. Necesito practicar, teniendo en cuenta que mi primer nieto ya casi está aquí –respondió la señorita Joan, refiriéndose al bebé que Alma, hermana de Ray y Cash, su hijastro, iban a tener. El bebé nacería a principios de enero y, a medida que se acercaba la fecha, la mujer iba poniéndose más nerviosa.

–No podría pedirle que hiciera eso. Ni siquiera aunque fuera niñera

sustituta.

–A no ser que me esté quedando sorda, y estoy segura de que no, no me has pedido que haga de niñera el viernes por la noche. Me he ofrecido yo. ¿Tienes alguna otra excusa?

Al parecer, la señorita Joan no estaba dispuesta a aceptar un «no» como respuesta. Pero Holly tampoco estaba dispuesta a rendirse todavía.

–Tengo clases.

–Clases *online* –matizó la otra mujer–. Eso significa que puedes hacerlas al día siguiente. O el domingo, si el sábado por la noche estás ocupada creando recuerdos –aquel último comentario fue acompañado de una carcajada lasciva.

Holly se sonrojó al oír sus palabras.

–Señorita Joan –su voz sonó más como una plegaria. Aunque sabía que la señorita Joan no lo hacía con intención, estaba avergonzándola.

–Hay muchas maneras de crear recuerdos –contestó su jefa–. Entonces, ¿alguna otra excusa?

–Sí, una muy grande –respondió Holly mientras colocaba el último plato sobre la cinta transportadora que llevaría los platos hasta el lavavajillas situado en la otra pared–. No sé bailar.

–Bueno, eso es fácil de solucionar. Bailar es divertido. Yo puedo enseñarte. O Harry, mi marido. Si quieres a alguien más joven, le pediré a Cash que te muestre los pasos básicos.

–Justo lo que va a querer hacer cuando su esposa está a punto de tener su primer hijo. Enseñarme a mí a bailar.

–Claro, ¿por qué no? –preguntó la señorita Joan–. Creo que es perfecto. Así dejará de preocuparse por todo durante un rato y a ti te será muy útil.

–Señorita Joan, agradezco lo que está intentando hacer, de verdad. Pero no tengo tiempo para clases de baile, igual que no tengo tiempo para ir a Murphy's y…

De pronto, la señorita Joan le dirigió una mirada. El tipo de mirada que intimidaba a los hombres y que dejaba sin palabras a camareras como Laurie. Sin embargo, Holly estaba hecha de otra pasta, debido a toda la responsabilidad con la que había tenido que cargar desde muy joven.

Así que se preparó y escuchó con la esperanza de poder ofrecer una buena respuesta.

–¿Te gusta trabajar en la cafetería? –le preguntó la señorita Joan transcurridos unos segundos.

–Sí, ya sabe que sí.

–Entonces, si quieres seguir teniendo un trabajo el lunes, irás a Murphy's con tus amigas el viernes y te divertirás –le ordenó su jefa.

–Oye, vieja –dijo Eduardo, el cocinero, al acercarse–. No puedes ordenarle a alguien que se divierta. No funciona así. Claro, que tal vez tú nunca te hayas divertido, así que no tienes manera de saber eso.

–Quizá tú no puedas ordenarle a alguien que se divierta, pero yo sí puedo –le aseguró la dueña al cocinero antes de devolver su atención a Holly–. ¿Y bien? ¿Qué vas a hacer? ¿Irás a Murphy's el viernes por la noche y vendrás a trabajar el lunes, o te quedarás en casa estudiando y buscando trabajo?

–No me despediría por algo así –señaló Holly con cierta seguridad.

–No –convino la señorita Joan–. Te despediría por tu insubordinación. Te he dicho que hagas algo y tú te has negado directamente. Eso es bastante impertinente, me parece a mí. En otras palabras, insubordinación. Entonces, ¿qué harás?

Holly suspiró. Sabía en el fondo que aquello acabaría así.

–Iré –dijo al fin.

–¿Estás segura?

–Sí. Estoy segura. Iré –repitió Holly–. Pero no bailaré –eso era lo máximo que estaba dispuesta a ceder. Se negaba a hacer el ridículo.

Se consoló pensando que al menos estaría entre amigas.

Por el momento, la señorita Joan pareció quedar satisfecha, aunque negó con la cabeza.

–Supongo que puedes guiar a la yegua hasta la pista de baile, pero no puedes hacer que baile. Aun así, algo es mejor que nada. Es lo que siempre digo –le dio una palmadita a Holly en el hombro–. Buena chica. Recuerda divertirte. Es una orden.

–¿Qué te ha dicho? –preguntó Laurie al acercarse después de que la señorita Joan se marchara al otro extremo del local. Parecía que la chica se moría de curiosidad.

Holly empezó a colocar cubiertos nuevos en cada mesa que ya no estaba ocupada. En vez de ayudar, Laurie empezó a seguirla de nuevo, ajena a sus obligaciones como camarera que no estaba en el descanso.

–Me ha dicho que vaya con Cyndy, con Reta y contigo el viernes –contestó Holly.

A Laurie se le iluminaron los ojos.

–¿De verdad? ¿Y eso? Entonces aún hay esperanza con la vieja –dijo Laurie riéndose y mirando por encima del hombro hacia donde se encontraba la señorita Joan. Después centró la atención en ella–. ¿Así que vas a venir?

Holly estaba bastante segura de que la señorita Joan no la despediría por algo tan trivial como aquello, pero no estaba segura al cien por cien.

Además, en el caso de que su jefa hablara en serio, no podía permitirse perder su empleo. Cierto que había otros trabajos en Forever, pero se sentía cómoda con aquel. Además, la señorita Joan le permitía llevarse las sobras a casa para dárselas a Molly y a su madre.

Tal vez para otros no fuera gran cosa, pero ella era de la opinión de que cualquier cosa ayudaba. Algún día, cuando al fin terminase sus estudios de enfermería y reuniese el valor de pedirle al doctor Davenport si quería contratarla como su enfermera, pensaba recompensar a la señorita Joan por todas las ocasiones en las que había mirado hacia otro lado y le había permitido infringir las normas.

Como la vez en que Molly y su madre estaban enfermas y ella tuvo que quedarse en casa para cuidarlas. La señorita Joan no solo le había permitido tomarse los dos días libres, sino que le había pagado el sueldo como si hubiera ido a trabajar. Además, había enviado a una de las camareras con sopa para las enfermas y comida para ella porque «como la conozco, la muy tonta estará tan ocupada cuidando de su familia que se

olvidará de comer».

Y tenía razón. Holly había estado tan ocupada cuidando de las dos pacientes que se había olvidado por completo de comer.

A juzgar por el brillo de su mirada, era evidente que Laurie estaba haciendo más planes aún para el viernes por la noche.

–Si no tienes nada que ponerte –dijo de pronto su amiga–, puedo prestarte algo. Tenemos casi la misma talla. Te presto lo que quieras.

¿Tan pobre creía que era?

–Tengo un vestido –protestó Holly con cierta indignación que no se molestó en ocultar.

–Oh –su respuesta le había sorprendido–. De acuerdo. Entonces todo arreglado –agregó felizmente–. Me pasaré a buscarte a las siete y media el viernes.

–¿Por qué no nos vemos allí directamente? –preguntó Holly.

–Porque entonces no vendrás –respondió Laurie–. Te conozco, Holly, así que no vayas por ahí. Pasaré a recogerte –insistió–. Y nos divertiremos, ya lo verás.

Con todas las cosas que tenía en la cabeza, Holly lo dudaba, pero sabía que no debía decirlo.

En su lugar, se obligó a sonreír, dijo que tenía que hacer inventario y se alejó de Laurie en dirección al despacho trasero.

Capítulo 3

SIN apenas tiempo, Holly estaba mirando el interior del armario de su dormitorio. Llevaba allí de pie dos minutos.

Tampoco era que estuviese intentando decidir qué ponerse, porque no había mucho de donde elegir. Conocía de memoria todas las prendas que tenía allí guardadas.

Tenía exactamente un vestido para todo que se había puesto para la graduación del instituto, para el funeral de una amiga de su madre y para algunas ocasiones más. Andaba justa de dinero. No veía razón para gastárselo en algo frívolo cuando había otras cosas más valiosas que necesitaba comprar; como juguetes que le iluminaran la cara a Molly y ropa para la niña, cuyo cuerpo crecía sin parar.

El vestido azul marino para todas las ocasiones seguía en buen estado, pero debía admitir que una parte de ella se arrepentía de haber rechazado la oferta de Laurie cuando esta le había sugerido dejarle algo de ropa para aquella noche.

Al instante, Holly ignoró aquella idea. Murphy's tampoco estaba tan bien iluminado y, además, no pretendía impresionar a nadie. Solo iba a salir aquella noche para que Laurie y la señorita Joan dejasen de decir que tenía que salir más y relacionarse.

Al fin y al cabo, no estaba aburrida. Tenía muchas cosas con las que entretenerse y no sentía que le faltara nada en la vida. No buscaba novio ni marido. Su corazón no estaba en el mercado.

Estaba ya vendido.

Llevaba tanto tiempo enamorada de Ray que ni se acordaba. Eso no iba a cambiar y, mientras siguiese sintiendo eso, no iba a ponerse a buscar novio. No le parecería bien. No pondría todo su corazón.

Nunca había sido una de esas chicas que sentían que necesitaban un hombre para estar satisfechas. Ella siempre había sido independiente.

–Da igual que te quedes mirándolo, porque no va a salir nada nuevo de ese armario –dijo Martha Johnson al entrar con su silla de ruedas en el dormitorio de su hija.

–Lo sé, mamá –contestó Holly sin dejar de mirar hacia el armario–. Me preguntaba si no sería mejor que me quedara en casa esta noche –no sentía la necesidad de inventarse excusas. Las tenía de sobra–. Tengo que estudiar y Molly está recuperándose de un resfriado…

–A su edad, Molly siempre va a estar recuperándose de un resfriado –señaló Martha con paciencia–. Y, por lo que yo sé, lo bueno de estudiar esos cursos en la privacidad de tu habitación es que puedes hacer los exámenes cuando quieras. Lo ajustas a tus horarios, no a los del profesor o quien sea que se esconde al otro lado de esa pantalla. Además, vas a ir y

punto.

–Mamá, ¿y si Molly se despierta y…? –no le dio tiempo a llegar más lejos. Su madre había levantado la mano para que guardara silencio.

–Se despierta y ya está. Puedo encargarme de ella. No me hagas sentir más inválida de lo que ya me hace sentir la silla, Holly. Además, no querrás que este vestido se eche a perder, ¿verdad?

–¿Qué vestido? –preguntó Holly, y se dio la vuelta para mirar a su madre.

Fue entonces cuando lo vio. Sobre su regazo, su madre llevaba una funda de plástico transparente con un precioso vestido dentro.

Holly se quedó con la boca abierta. Aquel vestido debía de ser caro. No pensaba dejar que su madre se gastara el dinero en ella de esa forma, sobre todo porque no les sobraba. Todavía estaban pagando las facturas médicas relacionadas con el accidente de coche que había dejado a su madre en una silla de ruedas.

–Mamá, no habrás…

–No, Holly. No lo he hecho –le aseguró Martha a su hija de inmediato.

–Entonces, ¿de dónde ha salido el vestido?

–Lo ha traído Harry, el marido de la señorita Joan. Ha dicho que Joan le había dicho que es para ti y que no estabas autorizada a devolverlo, porque perderías tu trabajo –su madre se quedó mirando el vestido–. Si quieres mi opinión, creo que te quedará precioso –levantó entonces la mirada para ver la reacción de Holly.

Aquella no era la expresión de una mujer que estuviera entusiasmada por tener un vestido nuevo.

Holly tenía el ceño fruncido.

–Oh, Holly, sonríe. Parece que vayas a ingresar en prisión, no a salir una noche. Una noche más que merecida, debo añadir –insistió Martha–. Cariño, no recuerdo la última vez que saliste a divertirte.

–Mamá, no encajaré.

–No encajarás si te pones ese viejo vestido azul marino –respondió Martha–. Con este bonito vestido destacarás –añadió mientras señalaba con la cabeza el vestido azul de la funda–, pero en el buen sentido. Además, vas a salir con tus amigas, ¿verdad? Eso debería hacer que te resultara más fácil.

Tampoco estaba tan unida a las chicas con las que iba a salir. No tanto como para poder llamarlas amigas.

–Voy a salir con chicas con las que trabajo, mamá.

–Es más que suficiente –estipuló su madre.

A Holly no le cabía duda. Iba a sentirse incómoda. Le costaba encajar en situaciones que estuvieran fuera de su zona de confort, en casa o en el trabajo. Cualquier cosa que no fuera eso estaba fuera de esa zona.

Martha le estrechó la mano con las suyas y la miró con compasión.

–Cariño, cuanto más te escondas, más difícil te resultará salir y relacionarte con gente que no esté sentada a la barra pidiéndote la comida. A veces mis amigas se pasan por la cafetería y todas me dicen que eres la chica más simpática y amable de allí.

–Sí, pero eso es trabajo –le recordó Holly. Y esa era la cuestión. Ella

estaba bien siempre que pudiera esconderse en su trabajo. Nadie esperaría algo personal de ella mientras estuviera trabajando.

Martha no estaba dispuesta a aceptar la derrota. A su manera, era tan testaruda como su hija.

–Entonces esta noche finge que estás trabajando, pero no te metas detrás de la barra y empieces a servir copas.

–Mamá, yo… –en ese momento sonó el timbre–. Oh, Dios. Esa es Laurie. Dijo que iba a pasarse a buscarme porque no confiaba en que fuera yo sola a Murphy's.

–Esa Laurie es más lista de lo que parece –Martha acercó la silla de ruedas a la cama de su hija y dejó en ella el vestido–. Arréglate. Le abriré la puerta a Laurie y le diré que necesitas unos minutos más. Lo comprenderá.

Holly sintió un nudo en el estómago. El tipo de nudo que hacía que le costara respirar.

–Dile que estoy enferma.

–Holly Ann Johnson, ya sabes lo que opino de las mentiras –le informó Martha.

–Pero creo que estoy incubando algo –protestó Holly–. Me siento febril.

Martha frunció el ceño y se giró hacia su hija.

–Agáchate –le ordenó.

–Mamá, no creo que…

–He dicho que te agaches –repitió Martha cuando el timbre volvió a sonar. Cuando Holly obedeció, su madre se inclinó hacia delante y empleó el clásico termómetro de madre: le dio un beso en la frente a su hija–. Fría como un pepino –declaró–. No tienes fiebre. Así que vas a salir. No hay más que hablar.

Sin más, Martha se dio la vuelta y salió de la habitación justo cuando el timbre sonaba por tercera vez.

Holly suspiró y reflexionó sobre las ventajas de la situación. Al fin y al cabo, no podría ser tan humillante. Iba a salir con unas compañeras del trabajo y, aunque no fuesen íntimas amigas, las conocía lo suficiente. Irían a Murphy's, tomarían un par de cervezas, en su caso una sangría, comerían unos cacahuetes y escucharían al grupo del que Laurie llevaba dos días hablando.

Si se acercaba algún hombre, les pedía bailar a las otras y ella se quedaba sola en la barra, al menos conocía a Brett Murphy, el camarero que probablemente esa noche estuviera trabajando, y podría tener una conversación con él mientras esperaba a que sus amigas regresaran.

No pensó en lo que haría si alguien le pedía bailar a ella, porque estaba más que segura de que nadie lo haría. A no ser que se tratase de alguien que no quisiera marcharse solo a casa a la hora de cerrar. Y podría apañárselas sola para zafarse de alguien así. Antes de irse de casa, Will había empezado a aprender artes marciales y le había enseñado algunos movimientos de autodefensa que podrían serle muy útiles en situaciones complicadas.

«Ya está bien de tanto pensar. Hora de vestirse», se ordenó a sí misma.

Se puso el vestido azul, que resbaló agradablemente por su piel y se

detuvo a varios centímetros por encima de la rodilla. Era un poco más corto que el vestido azul marino.

No estaba acostumbrada a llevar algo tan corto, ni tan apretado, pensó al mirarse en el espejo que había en su puerta.

Holly no se dio cuenta de que estaba sonriendo hasta que se miró a la cara.

Se peinó y decidió dejarse el pelo suelto. Al fin y al cabo, no quería llamar demasiado la atención; de eso ya se encargaría el vestido.

–De acuerdo –se dijo a sí misma con un suspiro–. Preparada o no, allá voy.

Se puso los pendientes de aro que le había regalado su madre el día de su graduación y se acercó a la parte delantera de la casa. Los pendientes eran la única joya buena que poseía, además de la pequeña cruz de oro que su padre le había regalado en su primer día de escuela.

Oyó las voces procedentes del salón.

Al acercarse, Holly ladeó la cabeza y escuchó con atención.

Distinguió la voz de su madre, pero la voz que respondía no se parecía en absoluto a la de Laurie, o a la de ninguna otra mujer que conociera, salvo quizá la señorita Joan. Pero ni siquiera su jefa tenía la voz tan profunda.

Si no supiera que era imposible, habría dicho que aquella voz era de…

El corazón se le aceleró como sucedía siempre que oía su voz y se daba cuenta de que andaba cerca.

–¿Ray? –preguntó al entrar en el pequeño salón.

–Hola –contestó Ray despreocupadamente mientras se volvía hacia ella–. Vaya –añadió con asombro al fijarse realmente en ella–. Muñeca, ¿eres tú?

Ray se quedó mirándola y ladeó la cabeza como si eso pudiera ayudarle a despejarse la vista, o al menos permitirle identificar mejor a la princesa deslumbrante que había entrado en la habitación. Dio un paso hacia delante y la miró fijamente.

–Vaya –repitió–. Estás muy guapa.

–¿Verdad que sí? –dijo Martha con orgullo.

Holly experimentó una sensación agradable que recorrió su cuerpo, pero se dijo a sí misma que Ray solo estaba siendo amable. Al fin y al cabo, eran amigos y se conocían desde que eran pequeños.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó ella. Miró a su alrededor con la esperanza de ver a Laurie en alguna parte, pero no parecía haber nadie más allí.

¿Qué estaba sucediendo?

–Bueno, esta tarde le he comentado al hermano de Laurie que pensaba pasarme a ver si Liam toca la mitad de bien de lo que dice, y supongo que Laurie me ha oído, porque me ha pedido un favor y me ha dicho que sus amigas y ella iban también a Murphy's esta noche. Su problema era que no tenía espacio suficiente para todas en su coche. Ha pensado que, como tú y yo somos amigos, tal vez no me importaría pasar a recogerte –se encogió de hombros como si no tuviera importancia–. Y le he dicho que no hay problema. ¿Por qué no me habías dicho que ibas a salir esta noche? Sabes

que yo te habría llevado.

–Bueno, ha sido algo improvisado en el último momento –respondió ella sin mirarle a los ojos.

–A mí ese vestido no me parece algo del último momento –dijo Ray con una sonrisa perversa.

En todo el tiempo que hacía que conocía a Holly, nunca la había visto tan bien, tan… tan sexy. ¿Se daría cuenta ella? Tenía la sensación de que, siendo como era, no sería consciente.

Él tenía varias cosas planeadas para esa noche, pero parecía que tendría que añadir a la lista hacer de carabina. Siendo su amiga, no quería que los tíos intentaran ligar con ella si eso hacía que se sintiera incómoda.

Al ver que Holly se había quedado sin palabras ante el comentario de Ray, Martha acudió al rescate de su hija.

–El vestido es un regalo de cumpleaños que le hice el año pasado. Ya sabes cómo es Holly. Lo reserva todo hasta el último momento. Incluso deja las etiquetas puestas hasta que se pone la prenda por primera vez –explicó al ver una etiqueta delatora que colgaba de la parte trasera del vestido. Acercó la silla de ruedas hasta colocarse detrás de su hija y le arrancó la etiqueta de un tirón–. Sabía que te quedaría bien –le dijo a Holly.

–¿Bien? –repitió Ray con incredulidad–. Muñeca, estás preciosa con ese vestido.

–También está preciosa sin él –le dijo Martha.

–¡Mamá! –exclamó Holly avergonzada.

–No. Tiene razón –intervino Ray–. Eres una chica preciosa, sobre todo por dentro, muñeca. Siempre te lo he dicho –tenía la sensación de que estaba haciéndose tarde–. Bueno, ¿estás preparada? –le preguntó mirando el reloj. Había pensado estar allí ya para echar un vistazo a las mujeres que se habrían juntado para ver al grupo–. El primer pase es a las ocho y quiero estar allí antes para echar un vistazo a la multitud y esas cosas buenas.

Holly sintió que el corazón le volvía a su ritmo normal. Sabía a lo que Ray se refería. ¿Cómo se le había olvidado? Si Ray iba a Murphy's, sería para ver si la promesa de una nueva banda había atraído a caras nuevas de los pueblos vecinos.

–Bueno, no querremos llegar tarde –respondió ella.

–Que os divirtáis –les dijo Martha mientras los seguía hacia la puerta–. No te preocupes por Molly, ni por nada más –le ordenó a Holly–. Por una noche, por favor, actúa como si tuvieras tu edad en vez de la mía.

–Buen consejo, señora Johnson. Me aseguraré de que lo siga –le prometió Ray con una sonrisa radiante–. Muy bien, *milady*, vuestro carruaje os aguarda –le dijo a Holly con una reverencia.

–Veo que has lavado bien tu «carruaje» –bromeó ella mientras abría la puerta del copiloto de su camioneta.

–No se puede causar buena impresión con un carruaje sucio, ¿verdad? –respondió él con una carcajada mientras se colocaba tras el volante.

Holly no dijo nada.

Sabía que la buena impresión de la que hablaba se refería a cualquier

mujer en la que se fijara aquella noche, pero por el momento fingió que había hecho aquello por ella y que era su cita, no un simple amigo haciéndole un favor.

Capítulo 4

–EN SERIO, muñeca –le dijo Ray mientras se alejaban de la casa–. Podrías haberme llamado y haberme dicho que querías ir a ver tocar a Liam esta noche. Habría estado encantado de pasar a recogerte.

Quitó el pie del pedal del acelerador de su camioneta y miró a Holly.

Aquella noche parecía diferente. Había pasado demasiado tiempo mirando a través de ella y no se había dado cuenta de lo realmente guapa que era su amiga.

Realmente guapa.

Le costaba trabajo apartar la mirada de ella.

Al ver que ella no respondía, Ray siguió hablando.

–Me ha sorprendido saber que ibas a salir para variar.

Le dirigió a Holly una sonrisa amplia. El tipo de sonrisa que las chicas con las que salía definían como «sonrisa asesina», salvo que con Holly no estaba intentando demostrar nada ni encandilarla como hacía cuando tenía una cita. Como se trataba de Holly, la sonrisa que le dirigió fue completamente auténtica.

–Bien por ti –le felicitó–. Supongo que no eres la chica aburrida que finges ser.

Holly estiró los hombros y se ofendió con el comentario que acababa de hacerle.

–Primero, yo no finjo ser nada. Nunca lo hago. Y segundo, no soy ni he sido nunca una aburrida, Ray Rodríguez.

–De acuerdo –contestó Ray–. ¿Y cómo llamas tú a no hacer nada salvo trabajar veinticuatro horas al día los siete días de la semana?

Holly resopló y levantó la barbilla.

–Lo llamo ser responsable.

–Una responsable aburrida –puntualizó él y, al ver que sus bromas empezaban a molestarle, decidió cambiar de tema–. Me alegro de que salgas, muñeca. ¿Tienes interés en alguien en particular? –le preguntó con curiosidad.

«Sí, el cabeza hueca que está sentado a mi lado», pensó ella.

–Nadie –respondió con firmeza–. Solo quiero escuchar al grupo, ver si son buenos.

–Bueno, los hermanos de Liam parecen pensar eso –le dijo Ray–. Creen que tiene mucho potencial. Brett incluso ha despejado una zona concreta para que haga las veces de pista de baile. Tal como yo lo veo, la música tiene que ser buena para que la gente baile.

Holly sonrió al pensar en algo que Laurie le había dicho sobre el grupo.

–No te creas –respondió–. Tiene que ser buena y estar alta.

Ray se rio al recordar lo que le había oído decir a Laurie mientras él

hablaba con su hermano.
–Laurie solo quiere darle a Neil Parsons una excusa para abrazarla –murmuró.
–¿Neil Parsons? –preguntó Holly–. ¿Estás seguro?
Era la primera noticia que tenía de que Laurie quisiera acercarse a Neil. Cuando Laurie le había hablado de salir esa noche, había dado la impresión de que quería tener una noche de chicas para pasarlo bien y escuchar algo de música. Su amiga no había dicho una sola palabra sobre desear acercarse a Neil.
¿Deliberadamente?
–Estoy seguro –respondió Ray–. Eso es lo que le dijo a su hermano. También dijo que Cyndy Adams esperaba llamar la atención de Ty Smith. Ahora que lo pienso, Laurie mencionó también a Reta Wells, pero no oí el nombre del chico al que Reta planeaba acorralar.
–¿Así que todas van detrás de alguien? –preguntó Holly.
Estaba haciendo todo lo posible por ocultar la angustia que iba creciendo en su interior. ¿Por qué Laurie no habría sido sincera?
«Porque sabía que te negarías a venir si sabías que quería llamar la atención de un chico. Ya lo sabes», se respondió a sí misma.
–Eso es lo que me pareció a mí –le dijo Ray. Después se encogió de hombros–. Pero oye, podría estar equivocado. E incluso aunque lleve razón, puede que solo pretendan pescar algo. Creo que, si fuera algo cerrado de antemano, lo habrían concretado todo antes de ir a Murphy's. Así que, si es algo que está en proceso, será muy informal –le aseguró–. ¿Estás segura de que no hay nadie a quien quieras pescar tú?
–Estoy segura –respondió ella con firmeza. Sabía desde el principio que aquello era una mala idea–. Mira, creo que tal vez sea mejor que me lleves de vuelta a casa.
Ray siguió conduciendo en dirección a Murphy's.
–Lo siento, muñeca. Ya te he dicho que no quiero llegar tarde al primer tema de Liam. Siento curiosidad por ver cómo lo hace. Además, si te llevo a casa ahora, ese impresionante vestido se echaría a perder, dado que yo sería el único que te lo vería puesto.
«Tú eres el único que importa», pensó ella.
–Puedo reservarlo para otra ocasión.
–Vamos, muñeca, ¿dónde está tu espíritu aventurero? Suéltate el pelo.
–Quizá debas revisarte la vista –respondió Holly con cierto sarcasmo–. Ya llevo el pelo suelto.
–¿Lo ves? –preguntó él con esa sonrisa cautivadora–. Ya estamos cerca.
Holly suspiró y, por el momento, se rindió y se acomodó en el asiento.
El viaje no había terminado.
Murphy's parecía haber sido inundado por una comunidad de luciérnagas. Estaba tan iluminado que se veía a manzanas de distancia.
–Supongo que se habrá corrido la voz sobre Liam y su banda –especuló.
Ray se rio.
–Más le vale que sea bueno. Si no, va a hacer el ridículo frente a un local repleto.
–No creo que se rían de él –respondió ella. O al menos eso esperaba, por

el bien del orgullo de Liam.

En Forever todos se conocían. Eso significaba que todos se apoyaban. Aunque a veces surgían celos entre los habitantes de Forever y la gente que vivía en los ranchos de alrededor, en general todo el mundo deseaba el bien para los demás.

Ray detuvo la camioneta frente al bar. Entonces, al ver que no había hueco para aparcar, dio la vuelta y se dirigió hacia un aparcamiento más grande situado en la parte de atrás. Normalmente había sitio de sobra allí. Sin embargo, tuvo que dar dos vueltas hasta encontrar un hueco en el que aparcar la furgoneta. La estacionó entre dos 4x4 de un color muy parecido; gris militar.

–Espero que esto signifique que está vendiéndole cerveza a toda esta gente –comentó mirando a su alrededor.

Aquel comentario llamó la atención de Holly.

–¿Por qué? ¿Brett tiene problemas económicos?

–Mike le oyó decir algo sobre la letra de la hipoteca del mes que viene –respondió Ray.

Sus hermanos y él sabían lo que era estar entre la espada y la pared y tener al banco pisándoles los talones. Habían estado a punto de perder el rancho tras la muerte de su madre. Mantenerse unidos como familia había sido lo único que les había salvado del cierre. Aunque él fuese el más joven, la experiencia le había vuelto hipersensible con los problemas de la gente que necesitaba dinero para pagar sus deudas.

–Creo que esa es la razón por la que Brett ha accedido a que Liam y sus amigos toquen esta noche. Tener el local lleno nunca viene mal –explicó mientras se guardaba en el bolsillo las llaves de la camioneta.

Holly contempló los coches aparcados. Parecía que todo el pueblo estaba allí, por no decir que parecía haber algunos vehículos procedentes de los pueblos cercanos.

–Bueno, sea cual sea la razón, creo que se va a tirar la noche entera haciendo caja –predijo ella.

Oían el ruido procedente del bar incluso dentro de la camioneta. Imaginó que resultaría casi ensordecedor cuando estuvieran dentro.

–Quizá deberíamos haber traído tapones –le dijo a Ray casi gritando.

Él sonrió. Fue el tipo de sonrisa que indicaba que sabía que había dicho algo, pero no tenía ni idea de lo que era.

No le importaba que la hubiese oído o no; lo importante era estar tan cerca de él. No le había visto en los últimos dos días y había dado por hecho que tendría mucho trabajo en el rancho.

O eso o tenía un nuevo amor en su vida. Eso ocurría con cierta regularidad.

Holly bloqueó esa idea en cuanto se le pasó por la cabeza y prefirió no pensar en ello.

Pero, dado que Ray no había mencionado el nombre de nadie durante el trayecto, dio por hecho que esa noche estaría de nuevo al acecho. Uno de sus hermanos, Mike, había comentado que Ray cambiaba de novia con la frecuencia con la que otros hombres se cambiaban de camisa.

Para ella eso significaba que Ray no tenía nada serio con las mujeres

con las que salía; y eso le gustaba.

Esperaba que, algún día, Ray Rodríguez entrase en razón y se diese cuenta de que lo que había estado buscando tanto tiempo estaba justo delante de sus narices. El hecho de que hubiese dicho en varias ocasiones que no buscaba a nadie especial no significaba nada para ella. Sabía que pocos hombres admitirían que buscaban una esposa en su vida.

Justo antes de abrir la puerta del bar, Ray se inclinó hacia ella para hablarle al oído.

–No te preocupes. No te dejaré hasta que encontremos a Laurie.

En cuanto lo dijo, Holly deseó que Laurie y sus amigas se hubieran quedado atascadas en un universo paralelo y que no aparecieran en toda la noche.

Aquel deseo se intensificó cuando, para su sorpresa, Ray le dio la mano.

–Para que no nos separemos –explicó.

Aquella explicación llegó acompañada de un soplo de aliento cálido, el de él, que recorrió al instante la piel de su cuello.

Por un segundo, Holly pensó que el corazón iba a salírsele del pecho por lo rápido que le latía. Pero consiguió controlarse y tomó aire para calmarse. Al menos calmarse todo lo posible dadas las circunstancias.

–No estoy preocupada –respondió al fin.

Ray se giró para mirarla por encima del hombro. Imaginaba que había dicho algo, pero el ruido del bar le impidió saber qué.

–¿Qué? –preguntó a voz en grito.

En esa ocasión fue ella la que se inclinó para susurrarle al oído.

–He dicho que no estoy preocupada –repitió.

Ray notó que algo se tensaba en su interior al notar su aliento en el oído. Fue como un escalofrío que recorrió su cuerpo, lo cual le sorprendió. Ligeramente desconcertado, la miró a los ojos.

Y por un instante notó que algo estaba pasando, aunque no sabía qué era. Solo sabía que era algo. Algo inusual.

Algo diferente.

Pero al segundo desapareció.

No sabía si era porque él lo había ignorado o porque el ruido del bar lo había absorbido. Lo único que sabía era que ya había pasado. Y se sentía aliviado.

Y tal vez un poco triste también.

Se dio la vuelta con cierta confusión y contempló a la multitud que tenía delante.

Vio que la banda estaba preparándose, lo que significaba que Holly y él no habían llegado tarde.

En vez de quedarse pensando en la sensación que tenía en la boca del estómago, se concentró en encontrar a las amigas de Holly. Sabía que no se sentiría bien dejándola allí sola. Sería un poco como abandonar a un recién nacido en la puerta de una iglesia en mitad de la noche. No sabía si estaría bien o no hasta que sus amigas la encontraran.

Tampoco podía llevársela con él. Era su mejor amiga, pero no le parecía bien tenerla delante mientras él intentaba ligar con cualquier mujer que llamase su atención aquella noche. Podría contárselo después, obviando

ciertos detalles, pero no le parecía bien que le viese en acción.
No sabía explicar por qué; simplemente no le parecía bien.
–¡Eh, ahí está! –le gritó a Holly al ver a Laurie.
Dado que no estaba mirándola, ella no le oyó.
–¿Qué? –preguntó Holly.
Ray se dio la vuelta para que pudiera ver sus labios al hablar.
–He encontrado a Laurie y a las demás.
–Genial –respondió ella, y le dirigió una sonrisa de agradecimiento que en realidad no sentía.
Todo lo bueno llegaba a su fin. Siempre lo había sabido, pero había albergado la esperanza de que, en aquel caso, el final tardase más en llegar. Claro, que tampoco había planeado salir, así que cualquier tiempo que pasara con Ray ya era más de lo esperado.
Ray volvió a darle la mano y la guio por entre la masa de cuerpos. Pero ella no les prestó atención; y tampoco prestó atención a Laurie. En aquel momento, lo único que importaba era que Ray estaba dándole la mano.
Y entonces dejó de hacerlo.
Al instante, Holly se dio cuenta de por qué. Laurie, Cyndy y Reta estaban justo delante de ella.
–Muy bien –le dijo Ray–. Que te diviertas. Es una orden, ¿entendido?
–Entendido –respondió ella con otra sonrisa falsa.
Segundos más tarde, Ray ya había desaparecido entre la gente.
–No puedo creerme que hayas venido –estaba diciendo Laurie con entusiasmo mientras entrelazaba el brazo con el de ella–. Tenemos una mesa allí –señaló algo en la distancia, aunque podría haber estado señalando a un canguro–. Puedes dejar el abrigo y el bolso allí –añadió mientras la arrastraba hacia la mesa–. Para que puedas socializar mejor cuando llegue el momento.
Holly no tenía intención de socializar, pero decir aquello en aquel punto de la noche sería buscarse problemas. Así que se limitó a seguir a Laurie hasta la mesa.
Cuando llegaron, Holly se quitó el abrigo y lo dejó en el respaldo de una silla. El bolso se lo quedó. ¿Quién sabía cuándo podría necesitar lo que llevaba dentro?
Al volverse hacia Laurie, vio su mirada de sorpresa y de apreciación.
–Vaya. No me extraña que no quisieras que te prestara uno de mis vestidos –dijo su amiga con una sonrisa–. Qué callado te lo tenías, Holly.
Holly se quedó mirándola sin saber de qué estaba hablando.
–¿A qué te refieres?
–Nunca habría imaginado que tuvieras algo tan especial –contestó Laurie señalando el vestido–. Estás sensacional –agregó con el entusiasmo de una verdadera amiga. No había una pizca de celos en su voz–. No te va a costar ningún esfuerzo llamar la atención de los hombres.
En ese instante, saltaron todas las alarmas de su cabeza. Aquella no iba a ser la noche tranquila que quería que fuese.
–No quiero llamar la atención de nadie –insistió–. Solo he venido a escuchar la música.
–Esa no es la única razón por la que has venido. Y menos con ese

vestido.

Holly sabía que no debería haber ido. Estaba exponiéndose a muchos problemas; problemas para los que no tenía tiempo ni paciencia.

Lo bueno ya había acabado, pensó apesadumbrada.

Capítulo 5

–MIRA –dijo Holly, intentando parecer tranquila y teniendo que gritar a Laurie al oído para que pudiera oírla–. No quiero que me lances a los brazos de nadie. Lo único que quería cuando dije que vendría era pasar una tranquila noche de chicas, nada más.

–No siempre conseguimos lo que queremos, Holly –respondió Laurie, también a gritos.

«Eso ya lo sé», pensó Holly mientras intentaba que no se le notara en la cara lo que pensaba. Divisó a Ray a lo lejos. Parecía estar hablando con Emma Cross. A juzgar por la expresión de Emma, no le hacía falta hablar mucho.

Holly empezaba a sentir el nudo en el estómago otra vez. En esa ocasión era más personal. Ya había visto antes a Ray en acción, cuando iban juntos al instituto, pero hacía mucho tiempo que no presenciaba sus tácticas para ligar con una chica que le atraía.

Empezó a sentir que los celos iban alterando la apariencia serena que pretendía proyectar.

Le dolía verlo, así que apartó la mirada.

Se dio cuenta de que Laurie estaba intentando hacerle una pregunta. Se concentró en la boca de su amiga y finalmente oyó lo que estaba preguntando.

–¿Qué te apetece?

«Irme a casa», pensó ella.

–Algo sencillo –respondió en su lugar–. Vodka con zumo de naranja. Con más zumo que vodka.

–Naturalmente –contestó Laurie con una sonrisa casi demasiado complaciente.

Holly tenía la sensación de que su copa iba a tener más vodka que otra cosa. Y eso era lo último que necesitaba en un momento así. La gente borracha cometía estupideces y a ella le enorgullecía tener el control.

–¿Sabes una cosa? –le dijo a Laurie mientras se levantaba de la mesa–. Voy yo a pedir la copa. Enseguida vuelvo –prometió antes de encaminarse hacia la barra.

Sentía la música palpitándole en el pecho y las voces de la gente ya empezaban a darle dolor de cabeza. Aquello no era muy prometedor, pensó mientras se apretaba en el minúsculo espacio disponible en la barra.

–¿Qué quieres, preciosa? –le preguntó Brett.

El mayor de los hermanos Murphy apareció de la nada. Ella habría jurado que estaba al otro lado del bar cuando había empezado su largo peregrinaje hacia la barra.

¿Preciosa? Era evidente que el dueño del bar no la había reconocido.

–Brett, soy yo. Holly Johnson.

–Ya sé quién eres –respondió él con una sonrisa–. Y sí que estás preciosa. Deberías aprender a relajarte y a aceptar un cumplido de vez en cuando, Holly. Esa es la parte fácil. La difícil viene después –añadió con un guiño–. ¿Qué te apetece?

–Vodka con zumo de naranja –respondió ella en vez de preguntarle a qué parte difícil se refería–. Con más zumo de naranja –añadió.

–Marchando –respondió Brett, agarró dos botellas y empezó a preparar la copa que había pedido.

Holly abrió su bolso cuando Brett le puso la copa delante.

–¿Cuánto te debo? –preguntó mientras sacaba varios billetes.

Brett negó con la cabeza, agarró un trapo y limpió una mancha de la barra.

–Las mujeres preciosas están invitadas a la primera copa –respondió con otro guiño.

Hacía mucho tiempo que Holly no se tomaba una copa. No tenía ni idea de cuánto podría beber sin excederse, así que ya había decidido de antemano qué cantidad iba a consumir.

–Solo voy a tomar una –le dijo.

–Entonces la noche no te saldrá cara –respondió Brett sin dejar de sonreír.

Y sin más el camarero se fue al otro extremo de la barra.

Holly agarró el destornillador que Brett le había preparado y regresó a la mesa donde había dejado a Laurie.

Pero, cuando llegó allí, su amiga no estaba. Sin embargo, no había ninguna silla vacía que delatara su ausencia, y la silla en la que ella había dejado su abrigo estaba ocupada por otra persona.

Había dos hombres a los que apenas reconocía sentados a la mesa, hablando con Cyndy y Reta. A juzgar por la expresión de las otras dos chicas, aquellos debían de ser los hombres con los que ansiaban ligar aquella noche.

Probablemente Laurie estuviese con el tipo en el que estaba interesada. Bailando, con total seguridad. El ritmo de la música iba creciendo. Era evidente que Liam estaba mostrando todas sus habilidades musicales.

Dado que Holly no tenía lugar donde sentarse, se acercó más al grupo. Seleccionó un rincón de la pista de baile, convencida de que allí no molestaría y podría disfrutar escuchando tocar a la banda.

Sin pretenderlo, a medida que la música iba metiéndosele dentro, Holly empezó a mecerse rítmicamente.

–¿Sabes? Es aún mejor si dejas la copa y mueves los pies –dijo una voz profunda y masculina tras ella.

Sorprendida, Holly estuvo a punto de dejar caer el vaso. Se dio la vuelta y se encontró frente a un hombre alto y guapo de veintimuchos años. Tenía el pelo liso y rubio, un poco largo. Aquel corte le otorgaba un aire despreocupado; y no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que lo sabía.

Estaba mirándola de arriba abajo, y ella se sintió incómoda al instante.

–Lo tendré en cuenta –respondió educadamente antes de darse la vuelta

de nuevo.

Pero el vaquero no pareció captar la indirecta.

–Siempre he pensado que descubrir las cosas por uno mismo es la mejor manera de aprender la lección –le dijo el chico. Le quitó la copa y la dejó en la superficie plana más cercana a ellos.

–Tal vez no quiera aprender ninguna lección –respondió ella, y estiró el brazo para recuperar su copa.

–¿Y qué me dices de bailar sin más? –sugirió su insistente admirador antes de volver a quitarle la copa.

–Tampoco quiero hacer eso –respondió Holly con más firmeza y menos educación.

El chico apartó más la copa para que tuviera que pegarse a él si quería recuperarla de nuevo. Bloqueó su siguiente movimiento y le agarró la mano.

–Tus labios dicen eso –le dijo–. Pero tus caderas tienen otros planes. Yo apuesto por tus caderas.

Holly no quería montar una escena, pero de ninguna manera iba a dejarse intimidar, y era evidente que aquel vaquero quería hacer algo más que bailar.

–Por mí como si apuestas por el Río Grande –le dijo.

–Vamos, señorita –insistió él tirando de ella–. Solo un baile. No te habrás vestido así para quedarte parada como un pasmarote.

–Bueno, desde luego no lo he hecho para bailar contigo –respondió ella, decidida a liberarse.

–Respondona. Me gusta –declaró el chico riéndose mientras le apretaba el brazo con más fuerza.

Por segunda vez en los últimos minutos, Holly oyó una voz masculina a sus espaldas.

–La señorita ha dicho que no tiene interés en bailar contigo. ¿Qué parte del «no» no has entendido?

A juzgar por cómo se le aceleró el corazón, a pesar del ruido, supo que tenía que ser Ray. ¿Cómo había llegado allí tan rápido? Acababa de verlo intentando seducir a Emma.

–Largo de aquí, vaquero –respondió el otro con los dientes apretados.

Con movimientos deliberados, Ray la separó del vaquero y se colocó entre ambos.

–Tú primero –le dijo con voz tranquila. Pero Holly se dio cuenta de que su mirada era de acero.

Por un instante, pareció que fuese a desencadenarse una pelea. El vaquero estaba a punto de pegar a Ray, pero en el último momento blasfemó en voz baja y agitó las manos con desdén.

–No merece la pena despeinarme por ella –declaró–. Parece más fría que el hielo. Toda tuya, vaquero –sin más se alejó de ellos.

Inmediatamente después, Ray se volvió hacia ella.

–Ese imbécil no te habrá hecho daño, ¿verdad?

–No. Estoy bien –le aseguró ella–. ¿De dónde has salido?

Ray le dirigió entonces la sonrisa que siempre hacía que el corazón le diese un vuelco.

–Bueno, inicialmente, según mi madre, empecé siendo un brillo en los ojos de mi padre…

–Me refería a ahora –contestó ella intentando no reírse–. Acababa de verte al otro lado del bar con Emma.

En cuanto Ray había mirado hacia allí y había visto lo que sucedía, se había enfurecido.

Pero eso no se lo dijo.

–Parecía que necesitabas que alguien viniese a salvarte. ¿Sabes, muñeca? Has de tener cuidado con el tipo de señales que envías en un lugar así –le advirtió.

–No estaba enviando ninguna señal –protestó Holly, indignada–. Solo estaba balanceándome al ritmo de la música.

–Las palmeras se balancean –matizó Ray–. Tú estabas moviendo las caderas de un modo muy sugerente. Ese imbécil solo se ha dejado llevar por la invitación –si él no hubiera estado allí, ¿quién sabía hasta dónde habría llegado aquello antes de que alguien interviniese? Ni siquiera quería pensar en lo que habría podido ocurrir. Sabía que a Holly le gustaba pensar que podía cuidarse sola, pero la verdad era que no era tan fuerte como creía–. La próxima vez, ten más cuidado.

Con un soplido de exasperación, Ray se dio la vuelta para marcharse y volver a lo que estaba haciendo antes de ver al vaquero acercarse a Holly.

–De acuerdo, nada de balancearme –prometió ella. Entonces le agarró de la muñeca y le dirigió una sonrisa de agradecimiento–. Gracias por acudir en mi ayuda.

–No hay de qué –contestó él encogiéndose de hombros. Simplemente se alegraba de haber estado en el lugar oportuno en el momento oportuno. Después decidió no magullar su ego–. Probablemente hubieras podido deshacerte de él si yo no hubiera estado aquí, pero, ya que estaba, he pensado que sería mejor decirle al vaquero dónde podía meterse sus desagradables palabras y esas manazas.

A Holly aquello le resultó agradable. Se diera cuenta o no, y probablemente no se diese cuenta, Ray acababa de ser el caballero con armadura que acudía al rescate de la damisela en apuros, aunque no tantos. Se permitió a sí misma fingir que era por otra razón: porque se preocupaba por ella, no como amiga, sino como novia.

–¿Cómo sabes que eran desagradables sus palabras? –preguntó ella.

–Un tipo así solo tiene palabras desagradables –explicó él. Miró hacia el otro lado del bar y frunció el ceño ligeramente.

Holly se dio la vuelta e intentó ver qué había llamado su atención.

–¿Qué sucede?

El ceño fruncido desapareció y Ray se encogió de hombros.

–Parece que Emma ha decidido que tenía más ganas de bailar que de esperarme.

Y entonces Holly vio a qué se refería. Emma estaba bailando con Dixon Baker, uno de los rancheros. Lo miraba como si fuese el hombre más guapo y más listo de todo el bar, así como uno de los más adinerados.

–Siento mucho haberte estropeado la noche –le dijo a Ray, e intentó no sonreír para que no se diese cuenta de que mentía.

Ray se limitó a encogerse de hombros, como si no le importara.

–No pasa nada –le dijo–. Si no es Emma, ya vendrá otra. No buscaba el amor de mi vida, solo alguien con quien pasar la noche.

El grupo empezaba a tocar otra canción; aquella era más lenta que las dos anteriores.

–Bueno, como parece que ahora mismo me toca esperar, ¿te apetece bailar?

A Holly le habría encantado, pero, a decir verdad, nunca se había molestado en aprender a bailar. Y no quería hacer el ridículo en público de esa forma.

–En realidad yo no bailo –le dijo a Ray, y pensó que ese sería el final de la discusión.

Pero no lo fue.

–Pues creo que tus caderas no lo saben –respondió él–. Veamos lo que saben hacer –le dio la mano y la condujo hacia la pista de baile.

–Pienso que no es buena idea –protestó Holly de nuevo, aunque le gustaba que le diese la mano.

Pero no pudo evitar pensar que se iba a arrepentir. Ray tenía fama de buen bailarín y ella no recordaba la última vez que había movido los pies para hacer algo que no fuera ir de un sitio a otro.

–Ese es el problema –respondió él con paciencia–. Piensas demasiado. Se supone que no debes pensar en absoluto. Lo que debes hacer es sentir el ritmo en los huesos –le susurró al oído para no tener que gritar.

Le agarró la mano derecha con la izquierda, presionó suavemente sobre la parte baja de su espalda y la acercó a él. Por un momento, sus miradas se encontraron.

–¿Lo notas? –preguntó.

Lo que Holly estaba sintiendo no podía decírselo. Era como si alguien hubiera encendido una cerilla en su interior y el fuego estuviera extendiéndose por todas sus extremidades al mismo tiempo.

Sintió que tenía la boca seca al intentar responder con un monosílabo. Solo había una cosa que pudiera decir para que Ray no malinterpretase su respuesta.

–No.

Él abrió la mano, deslizó los dedos hasta más abajo de su cintura e intentó que Holly imitara el movimiento de sus caderas.

–¿Lo notas ahora? –preguntó de nuevo–. Concéntrate.

Holly sintió que se le secaba aún más la boca, si acaso eso era posible. No podría decir nada hasta recuperar algo de saliva. Así que, en su lugar, asintió, porque sí que notaba el movimiento de sus caderas y sí que intentaba imitarlo.

Todo eso mientras se esforzaba por controlar las llamas que amenazaban con consumirla.

Levantó la cabeza para mirarlo en el preciso momento en el que él miró hacia abajo. Por segunda vez, sus miradas se encontraron, pero en esa ocasión pareció suceder en un lugar sin tiempo donde los relojes no importaban.

¿Qué diablos estaba pasando allí? Ray repetía esa pregunta una y otra

vez en su cabeza. Se recordó a sí mismo que aquella era Holly, su amiga de toda la vida, con la que había jugado a la pelota, con la que había compartido secretos y ambiciones. Holly le conocía mejor de lo que se conocía él a sí mismo. Lo cual, en ese instante, no era difícil, teniendo en cuenta que lo único que sentía era una gran confusión. De no haber sabido que era imposible, habría jurado que estaba reaccionando a Holly, que se sentía atraído por ella. Eso no era posible.

En todo caso, sería el vestido. Hacía que pareciese otra persona. No su vieja amiga Holly, sino una mujer despampanante a la que aún no conocía.

Habría achacado aquella reacción al alcohol que había consumido. Salvo que no había consumido nada aún. Ni siquiera una cerveza. La había pedido, pero después la había dejado sobre la barra al ver a Emma y decidir ir a por ella.

Pero, mientras intentaba ligar con ella, había mirado por accidente hacia donde se encontraba Holly y se había fijado en su expresión de incomodidad.

Se habría odiado a sí mismo si hubiera ignorado el problema de su amiga solo para conseguir a Emma; si hubiera pasado algo entre ellos aquella noche, dudaba que hubiera durado más allá de unos pocos días.

El grupo acababa de terminar de tocar cuando alguien se chocó accidentalmente contra Holly y la lanzó hacia él. Sus cuerpos, que seguían estando cerca debido al baile, acabaron prácticamente pegados.

Ray experimentó algo ardiente que recorría su cuerpo desde la cabeza hasta los dedos de los pies y reaccionó de manera automática.

No había otra cosa que explicara el hecho de que, de pronto, estuvieran besándose.

Capítulo 6

AQUELLO era un sueño.

Tenía que ser un sueño.

Pero qué sueño tan maravilloso, pensaba Holly mientras el corazón le martilleaba en el pecho. Había tenido aquel sueño en innumerables ocasiones. Normalmente estaba en la cama y las imágenes se colaban en su inconsciente. Imágenes en las que Ray la besaba.

A veces incluso tenía ese sueño estando despierta. Claro que, entonces, era una fantasía. Era capaz de crear en su cabeza escenarios muy reales.

Pero los sueños que había tenido antes de aquel momento mágico nunca eran tan vívidos, tan sobrecogedores. Sentía como si hubiera bebido varias copas muy potentes, en vez de haber dejado su destornillador sin tocar.

Así de embriagada se sentía.

Era una sensación deliciosa, y quería saborear cada segundo.

Se puso de puntillas por puro instinto y le rodeó el cuello con los brazos. Estaba segura de que en cualquier momento iba a salir volando.

Sobre todo cuando sintió sus brazos rodeándola, apartándola del resto del mundo. Lo hizo como si no hubiera nadie más en aquel microcosmos, solo ellos dos.

El cerebro de Ray no cesaba de preguntarle qué diablos estaba ocurriendo.

Aquella era Holly.

Ya no estaba seguro, pero aun así pensaba que no podía ser. Aquella mujer no se vestía como Holly, no actuaba como Holly y, sobre todo, no sabía como siempre había dado por hecho que sabría Holly si alguna vez hubiera pensado en besarla.

La Holly Johnson que conocía habría olido a jabón y habría sabido a pasta de dientes mentolada. Holly era práctica. Holly era discreta. En ningún caso era una mujer fatal que le aceleraba el pulso y disparaba su imaginación… como hacía aquella mujer.

Intentó aferrarse a la realidad y, con reticencia, separó los labios de los suyos.

«Oh, no. Oh, no. No pares. Por favor, no pares. No quiero despertarme aún», pensó Holly.

Al instante, el ruido a su alrededor hizo pedazos el mundo que acababa de crear, y la realidad se abrió paso.

Con toda la sutileza que pudo, Ray tomó aire e hizo lo posible por disimular su respiración entrecortada.

–Gracias por el baile –murmuró.

En respuesta, Holly movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo, incapaz de pronunciar palabra alguna. Tenía la boca demasiado seca. Cuando

finalmente logró unir unas palabras, se oyó a sí misma murmurando una frase tremendamente original.

–No hay de qué.

Ray se quedó mirándola con una mezcla de inquietud y sorpresa. Aparte de que sus labios tuvieran un tacto letal, Holly sonaba extraña, quizá incluso desorientada.

A él también le pasaba.

–Estás bien, ¿verdad?

–Sí, claro –respondió ella apresuradamente–. Define «bien» –añadió cuando la cabeza dejó de darle vueltas a toda velocidad.

–No te he hecho daño ni nada, ¿verdad? –dijo él sin dejar de mirarla.

¿Nada? Holly iba a recordar aquel maravilloso momento durante el resto de su vida, incluso aunque viviera hasta los doscientos años.

–No, no me has hecho daño –respondió con una pequeña carcajada.

Él asintió, aceptó sus palabras e intentó calmarse. Pero le resultaba imposible.

¿Qué diablos había sucedido? Tampoco era un mujeriego pervertido dispuesto a tirarse encima de cualquiera que se cruzara en su camino. Era una persona decente a la que le gustaba la diversión y que siempre había tratado a las mujeres con absoluto respeto. Sobre todo a Holly.

Dios, ni siquiera sabía si alguna vez la había visto como mujer antes de aquella noche. Había sido su amiga desde que él le estrechara la mano el primer día que había aparecido en su clase con aspecto de oveja perdida.

Como si no supiera si iba a encajar.

Había sentido pena por ella y no le había gustado que Margaret Jennings y su amiga se rieran de ella durante el recreo. Así que se había acercado y le había ofrecido su amistad a modo de defensa aquel día. Lo había hecho solo para ser amable; no imaginaba que fuese a querer tenerla de amiga. Pero ¿cómo iba a ser de otra forma? Tenían mucho en común. Les gustaban las mismas cosas, veían las mismas películas y, lo más importante, Holly entendía sus chistes.

Pero en ningún momento en todos esos años había pensado en ella como una chica que estaba convirtiéndose en mujer.

Y ahora no podía dejar de pensar en ello.

Además no recordaba la última vez que se había quedado sin palabras. Pero, en aquel momento, era incapaz de decir nada coherente.

Solo le venían a la cabeza palabras sueltas, sin sentido.

–¿Te apetece algo? –preguntó finalmente, ansioso por decir algo normal–. ¿Una copa? –le sugirió al darse cuenta de que, al fin y al cabo, aquello era un bar.

Holly miró hacia la mesa donde el vaquero pesado había dejado su copa. El destornillador seguía allí y ella lo señaló con la cabeza.

–Ya tengo una, pero gracias por el ofrecimiento.

Dio un paso hacia la mesa donde estaba la copa, pero Ray se movió y le cortó el paso.

–Iré a pedirte una nueva –le dijo.

Una sonrisa iluminó su boca; la misma boca que acababa de besar.

–No creo que se haya estropeado. Es una copa, no un trozo de carne al

sol.

Ray le colocó las manos en los hombros, la giró hacia la barra y comenzó a andar hacia ella.

–Sí, pero ese imbécil la ha tocado, y a saber qué otras cosas habrán tocado sus manos.

Holly no explicó que el vaquero también la había tocado a ella al intentar hacer que bailara con él. En su lugar, siguió a Ray hasta la barra y dijo:

–Gracias, es muy considerado por tu parte.

Él se rio y se sintió más relajado a medida que iban regresando a sus papeles habituales.

–Bueno, ya me conoces, muñeca. Soy un tipo muy considerado.

–Sí –convino ella fijándose en su figura atlética–. Sí que lo eres.

Se mordió el labio. No quería ahuyentarlo siendo demasiado pegajosa o algo parecido, pero Ray había hecho por ella lo que nadie más había hecho, y lo había hecho no una, sino dos veces, si tenía en cuenta su primer encuentro.

Había acudido en su ayuda y siempre le estaría agradecida por ello.

–Agradezco que hayas ahuyentado a ese tipo –le dijo con sinceridad–. No tenías por qué –al fin y al cabo, en ningún lado estaba escrito que Ray estuviera obligado a cuidar de ella.

–Sí que tenía por qué –respondió él mientras esperaba a que Brett llegase hasta su extremo de la barra–. Ese vaquero no parecía de los que quedan satisfechos solo con un baile.

–Si hubiera visto lo mal que bailo, creo que se habría dado por vencido –dijo ella riéndose.

No podía ser tan ingenua.

Ray se dio la vuelta y levantó un dedo.

–Primero, no creo que el objetivo de ese tipo fuera un baile. Y segundo –levantó un segundo dedo–, no eres tan mala bailarina como dices. Tienes que dejar de desprestigiarte de ese modo, muñeca.

–No me desprestigio –respondió ella a la defensiva–. Simplemente sé cuáles son mis limitaciones. No creo en las fanfarronadas ni en las cortinas de humo en lo referente a las cosas que puedo y que no puedo hacer.

Aquello era ir demasiado lejos.

–Muy bien. Dime una cosa positiva sobre ti –le pidió él–. Solo una. Te reto. Adelante.

Holly no estaba acostumbrada a enumerar sus propios atributos y tardó un minuto hasta tener algo que ofrecer.

–Soy una persona muy amable –le informó. Se enorgullecía de eso, de ser alguien que se desviviría por ayudar a los demás o hacer que se sintieran mejor consigo mismos.

Le gustaba ayudar a la gente.

–Eso se da por hecho –en lo que a él respectaba, Holly era la definición de la amabilidad. Era increíblemente amable con todos. «Incluso con ese vaquero asqueroso», pensó con cierto rencor.

–En realidad no –señaló ella–. La gente no es amable por defecto –no pudo evitar pensar que el mundo sería un lugar maravilloso si eso fuera

cierto.
–Bueno, eso es gracias a que pasas tiempo conmigo –contestó él.
–¿Ah, sí? –Holly se rio–. Sí, quizá tengas razón –añadió en vez de tomarle el pelo, pues aún sentía sus labios en los suyos–. Es gracias a que paso tiempo contigo.
Ray agitó la cabeza levemente, lo justo para que su pelo negro se revolviera y a ella le dieran ganas de tocárselo.
–Siempre tengo razón –le dijo él.
–A mí me lo vas a decir –bromeó Holly–. ¿Alguna vez te cuesta cruzar una puerta con ese cabezón tan grande que tienes?
–No.
Brett se acercó a él en ese instante.
–¿Qué va a ser?
–Un destornillador para la señorita, con más zumo que alcohol –explicó él.
–Marchando –respondió Brett.
Ray siguió mirando hacia la barra, de espaldas a Holly. Algún día tendrían que hablar de aquello, de lo que acababa de ocurrir entre ellos en la pista de baile. Pero ese día no había llegado, y se dijo a sí mismo que no tenía sentido sacar el tema hasta que no hubiese encontrado respuesta a las preguntas que le rondaban por la cabeza. ¿Por qué la había besado? ¿Por qué había sentido ese ardor en las venas recorriendo su cuerpo? ¿Por qué seguía con un nudo en el estómago?
–Aquí está –dijo mientras le entregaba el destornillador que Brett había puesto sobre la barra–. Un vodka con zumo de naranja sin contaminar.
En realidad el primer destornillador que había pedido no tenía nada de malo.
–No me gusta desperdiciar las cosas –confesó señalando con la cabeza la mesa donde había dejado su copa.
–Oh, no va a ser un desperdicio –le aseguró él con una carcajada.
Cuando Holly se dio la vuelta para ver de qué estaba hablando, vio a Larry Jones, uno de los tres borrachos del pueblo, mirar a su alrededor furtivamente antes de agarrar la copa y alejarse hacia el cuarto de baño.
–Parece que el sheriff va a tener un huésped en la cárcel esta noche –murmuró Ray.
–No con solo una copa –respondió Holly. No creía que Rick Santiago fuese estricto hasta ese punto a la hora de hacer cumplir la ley. En general, como sheriff, era bastante amable.
–No –convino Ray–. No solo con una copa. Pero Larry es rápido y tiene recursos. Lo que le interesa a la gente aquí es oír tocar a Liam y decidir si es bueno o no. No van a estar todos aferrados a su copa de vino, de cerveza o de lo que sea que estén tomando. Y, a pesar de su aspecto, Larry es bastante rápido cuando quiere serlo. Y siempre quiere serlo cuando se trata de algo con alcohol.
–¿Has estudiado sobre él? –preguntó ella. ¿Por qué iba a hacer tal cosa?
Pero Ray negó con la cabeza.
–No he estudiado sobre él, pero salgo más que tú. Y me fijo en las cosas.
Holly no podía decir que no fuera cierto, dado que no iba a ningún sitio

que no fuera su trabajo o algún lugar relacionado con su vida doméstica, como los ultramarinos.

–Eso es verdad –convino ella–. ¿Así que esto es lo que me estaba perdiendo? –preguntó señalando al hombre del que estaban hablando. Incluso desde allí, parecía tener la copa agarrada con fuerza–. ¿Ver como Larry se emborracha?

Ray se rio suavemente y el sonido se le coló directamente bajo la piel.

–Eso y algunas cosas más –señaló.

«Como tú», pensó Holly sin poder evitarlo.

–¿Por ejemplo? –preguntó en voz alta, sabiendo que eso era lo que él esperaba.

–Por ejemplo el brillo de la luna llena sobre la superficie del lago en algunas noches muy especiales. O el seductor aroma de la madreselva que circula por el aire con la brisa de junio.

Esas imágenes se materializaron vívidamente en su mente. Le pareció que ambas sonaban increíblemente románticas.

Pero era demasiado realista como para pensar que su mejor amigo estaba intentando seducirla verbalmente. Estaba hablando sin más, diciendo lo primero que se le ocurría.

Aun así, Holly no pudo evitar tomarle el pelo.

–¿Estás practicando? –preguntó.

–¿A qué te refieres? –preguntó él.

–Sabes perfectamente a lo que me refiero –le dijo Holly. Al ver que él no decía nada más, decidió que necesitaba dar una explicación–. Estás utilizando las frases que ibas a decirle a Emma si no hubieras venido en mi ayuda.

–Yo no tengo frases –le informó Ray ligeramente ofendido.

Holly apretó los labios en un intento por no sonreír. No lo consiguió del todo.

–Lo siento. Aunque conozco a algunas personas que no estarían de acuerdo con ese punto.

–¿Como quién? –preguntó Ray. Empezaba a haber mucho ruido en la zona de la barra en la que se encontraban, así que la agarró del brazo y la condujo a un rincón un poco más tranquilo.

Cuando dejaron de moverse, Holly obedeció y le dio la lista de las últimas diez mujeres que habían sido admiradoras o novias suyas.

–¿Me he dejado a alguien fuera? –preguntó cuando hubo terminado–. Alguien actual, quiero decir. De lo contrario, probablemente podamos sacar un censo actualizado en el que aparezcan todas las mujeres solteras del pueblo de entre dieciocho y treinta y cinco años, ambas incluidas. Creo que con eso estarían todas cubiertas, ¿no te parece?

Ray negó con la cabeza.

–Tienes mucha imaginación, ¿lo sabías?

–Y tú tienes mucho encanto. Hace que a una chica le resulte imposible decirte que no –de hecho dudaba que muchas lo hubieran rechazado, aunque no era algo que deseara averiguar. Era un claro caso de «ojos que no ven, corazón que no siente»–. ¿Sabes? Te resultará muy difícil sentar la cabeza si sigues yendo de mujer en mujer como si fueran pañuelos de

papel desechables.

–No voy de mujer en mujer como si fueran pañuelos –protestó él–. ¿Y quién dice que quiera sentar la cabeza?

Cierto, nunca le había oído decir nada parecido a eso. Pero los hombres no siempre hablaban de esas cosas; eso implicaría hablar de emociones, un tema que la mayoría de los hombres evitaba como si fuera la peste y del que pocos sabían algo.

–Casi todos los hombres quieren –respondió ella.

–Yo no soy casi todos los hombres.

No lo era, y Holly sabía que estaba mal sentirse tan feliz por el hecho de que su mejor amigo acabara de repetir sus intenciones de no mantener una relación que durase más de dos o tres semanas.

Pero, si pensaba ir de mujer en mujer, eso significaba que no tenía planes de casarse con ninguna de ellas y, mientras no estuviese casado, estaría disponible. Podría ocurrir cualquier cosa, ¿no? Al fin y al cabo, a pesar de todos esos sueños, jamás habría imaginado que Ray fuese a besarla algún día.

Cierto, el beso había empezado de forma accidental, pero lo importante era que Ray no se había apartado de inmediato. En su lugar, había prolongado aquel contacto casi erótico. Y ambos habían disfrutado de lo que cualquiera catalogaría como un beso muy real.

O al menos ella lo había disfrutado.

Capítulo 7

HOLLY disimuló un bostezo al abrir la puerta de la cafetería. Eran las seis y media de la mañana del día siguiente y no había dormido mucho. Había estado demasiado alterada por lo sucedido como para dormir, y se había pasado casi toda la noche mirando al techo… sonriendo.

Esperaba que no empezaran a llegar muchos clientes antes de que se le despejara la mente. Una parte de ella sentía como si estuviese caminando sonámbula. Podría haberse acurrucado en una de las mesas y haberse quedado dormida en ese instante.

Pero eso no iba a ocurrir. Tenía un día muy largo por delante.

Tomó aliento y entró en el establecimiento.

La señorita Joan estaba en el otro extremo limpiando el mostrador, a pesar de que ya estuviese limpio. Holly sabía que era idiosincrasia suya. Albergaba la esperanza de que la mujer no se fijara en ella, pero sabía que eso sería imposible. Su jefa debía de tener visión periférica que le permitía ver los trescientos sesenta grados a su alrededor en cualquier momento.

Al oír abrirse la puerta, levantó la cabeza y la vio entrar. Holly suspiró con resignación y cerró tras ella.

–¿Qué tal fue? –preguntó la señorita Joan.

Holly se quitó la chaqueta y la dejó por el momento en el respaldo de una silla. Sacó después su delantal de detrás del mostrador.

–¿Qué tal fue qué? –preguntó inocentemente mientras se lo anudaba a la cintura.

El ceño fruncido de la señorita Joan indicó que no esperaba sacarle información con facilidad.

–No te pongas impertinente conmigo, niña. Ya sabes de lo que estoy hablando. ¿Qué tal fue la noche?

Mantener la mente en blanco no estaba funcionando. La pregunta de su jefa le hizo recordar inmediatamente el baile con Ray. Pero sobre todo le hizo pensar en el mágico beso que había compartido con él.

Solo con pensar en ello se le aceleraba el pulso.

–Estuvo bien –respondió, haciendo un tremendo esfuerzo por que su voz sonara neutral.

La señorita Joan se carcajeó y entornó los párpados.

–No es eso lo que yo he oído.

Claro que no. Se trataba de la señorita Joan, la mujer que conseguía enterarse de todo lo que sucedía incluso antes que las personas implicadas.

Aun así, Holly se hizo la inocente un poco más.

–Ah. ¿Y qué ha oído?

La señorita Joan siguió limpiando el mostrador, que ya estaba tan limpio que brillaba.

–Que el pequeño de los Rodríguez y tú os disteis un apasionado beso en la pista de baile después de que él te librara de las garras de un vaquero muy pesado.

Holly comenzó a deambular entre las mesas para llenar los azucareros.

–¿Hay algo que no sepa usted?

La señorita Joan no dudó antes de responder.

–Bueno, habiendo empezando así, no sé por qué no disfrutasteis de la compañía del otro durante el resto de la noche. Pero, en vez de eso, te fuiste a casa con Laurie y con tus otras amigas –la última parte sonó más como una acusación.

Tampoco era que Holly hubiera tomado la decisión de manera consciente, pero seguía las normas del buen comportamiento.

–Había accedido a salir con Laurie y las demás, así que lo lógico era que me fuera a casa con ellas.

–Pero fuiste a Murphy's con Ray –señaló la señorita Joan.

Normal que también se hubiera enterado de eso. Si se hubiera tratado de otra persona, le habría sorprendido lo mucho que sabía sobre la velada. Pero se trataba de la señorita Joan, y esa mujer tenía ojos en todas partes.

–¿Lo organizó usted? –le preguntó a la dueña de la cafetería. Al ver que no respondía, Holly se explicó–. Que me recogiera Ray en vez de Laurie.

La expresión de la señorita Joan era inescrutable.

–¿Por qué iba yo a hacer algo así?

Holly se dio cuenta de que la mujer no lo negaba, sino que en su lugar hacía otra pregunta para distraer su atención. O esa era su esperanza.

–Oh, no sé –respondió Holly–. Tal vez por la misma razón por la que me envió ese bonito vestido azul.

La señorita Joan se limitó a asentir, sin negar ni admitir la acusación.

–De nada –contestó.

Holly sabía que la señorita Joan actuaba con buena intención y que sabía que Ray le gustaba, pero no le gustaba la idea de que alguien manipulase su vida, aunque fuese la señorita Joan.

–No recuerdo haber dicho «gracias».

Su jefa levantó la mirada del mostrador, pero su expresión seguía siendo la misma de hacía un momento.

–Pero lo harás, niña –predijo–. Si tienes cerebro dentro de la cabeza, lo harás.

Holly pensó que estaba siendo demasiado sensible. No tenía sentido fingir con la señorita Joan. Esa mujer tenía la capacidad de captar todas las mentiras, aunque fueran las más pequeñas.

–El vestido sí que era precioso –admitió Holly finalmente.

–No. Tú estabas preciosa –matizó la señorita Joan–. El vestido no era más que el accesorio. Tú hiciste que brillara y le diste vida –insistió la mujer–. El pequeño de los Rodríguez es como un caballo. Tienes que guiarlo hasta el abrevadero y meterle la cara en el agua antes de que se dé cuenta de lo que tiene que hacer.

A Holly le daba miedo preguntar qué se suponía que tenía que hacer Ray. La señorita Joan era lo suficientemente deslenguada como para decírselo, y Holly no tenía claro que quisiera oír cómo su jefa le contaba

su futuro; un futuro que nunca ocurriría.

–¿Cuál es el especial del día? –preguntó en su lugar–. Para saber qué poner cuando escriba el menú en la pizarra.

–Lo que Angel quiera que sea –respondió la señorita Joan.

La cocinera tenía carta blanca en lo que a la dueña respectaba. Angel llevaba con ella poco más de un año, y la esposa de Gabe era una trabajadora milagrosa en lo referente a cocina creativa. Además, trabajaba bien con cualquier ingrediente que estuviera disponible.

–Te dirá lo que va a hacer cuando llegue aquí –le aseguró la señorita Joan–. Pero tendrás que tener el menú escrito mucho antes, porque hoy no estarás aquí a la hora de la comida.

–¿Por qué no estaré aquí?

–Porque te he reclutado –respondió su jefa sin más. Después levantó la mirada para ver si Holly entendía lo que quería decir–. ¿No recuerdas qué día es hoy?

Holly lo pensó durante un segundo.

–Uno de diciembre –respondió, y se quedó mirando la cara de la señorita Joan para ver si se le estaba olvidando algo.

Pero la dueña de la cafetería suspiró y puso los ojos en blanco.

–Así que se te ha olvidado –concluyó–. También es el primer sábado del mes. Recuerdo cuando eras una niña y contabas los días que quedaban hasta el primer sábado de diciembre –explicó con cierto tono de tristeza.

Holly rebuscó en su cabeza durante unos instantes, intentando unir los puntos, hasta que lo recordó.

–¿Se refiere a ir a buscar el árbol de Navidad para el pueblo?

–¡Vaya! –exclamó la señorita Joan riéndose–. Te has acordado. Tal vez todavía haya esperanza para ti, niña.

Era la primera vez que la mujer le pedía que fuese con ella a buscar el árbol. Aunque Holly todavía no tenía claro que estuviera pidiéndole eso.

–¿Quiere que vaya con usted?

La señorita Joan se encogió de hombros ligeramente.

–Pensaba que tal vez ya era hora de que hicieras tú también el viaje –le dijo a Holly–. Le dije al resto del equipo de este año que estuviera aquí a las once para que pudiéramos salir todos juntos. Supongo que va a ser complicado.

Holly sabía que cada año la señorita Joan reclutaba para aquella tarea a algunos hombres a los que consideraba bien cualificados. A los que le resultaban útiles se lo pedía año tras año. A los que no estaban a la altura de sus expectativas los dejaba fuera al año siguiente.

¿A qué se referiría cuando decía que iba a ser complicado?

–¿Por qué?

La señorita Joan la miró con incredulidad.

–¿Alguna vez miras por la ventana? –le preguntó. Como si quisiera demostrar a lo que se refería, la señorita Joan se acercó al ventanal delantero de la cafetería y señaló en la distancia–. ¿Ves algo que llame tu atención?

Holly se acercó a ella y miró a través del cristal, como le había pedido. No vio nada fuera de lo común. Era el mismo terreno estéril de siempre.

–Mira todo el conjunto –insistió su jefa cuando Holly no respondió.

–Allí es donde vais a buscar el árbol, ¿no? –preguntó ella, refiriéndose a la montaña situada en la distancia.

–Ahí es donde vamos, sí –confirmó la señorita Joan. Su tono indicaba que estaba esperando a que se le encendiera la bombilla.

–No… –Holly estaba a punto de decir que no sabía lo que estaba buscando, pero entonces se dio cuenta de lo que estaba hablando la señorita Joan–. Hay nieve en la montaña.

–Por fin. Empezaba a pensar que necesitabas gafas.

No nevaba con frecuencia en aquella zona de Texas, y desde luego nunca nevaba en Forever. Pero las montañas eran lo suficientemente altas como para tener algo de nieve en lo alto en caso de que hubiera nevado, cosa que obviamente había sucedido.

–Mick tendrá que ponerle las cadenas a la camioneta, si es que las tiene –murmuró la señorita Joan–. Ese hombre nunca está preparado para los imprevistos. Piensa que, si necesita algo, podrá conseguirlo cuando llegue el momento. Si no tiene cadenas, vamos a tener que conducir con mucho cuidado.

Ahora que pensaba en ello, Holly empezaba a entusiasmarse con el evento.

–¿De verdad quiere que vaya yo también?

–Pensé que te gustaría. Eres bastante racional… la mayor parte del tiempo –contestó la señorita Joan–. Y el pueblo necesitará a alguien que elija el árbol si yo no estoy.

Holly la miró fijamente.

–¿Por qué no iba a estar? –preguntó, y de pronto se preocupó–. Señorita Joan, ¿se encuentra bien? No le pasa nada, ¿verdad? ¿Hay algo que no me ha contado?

–Hay muchas cosas que no te cuento –respondió su jefa–. Pero, en lo referente a mi salud, no ocurre nada.

Entonces, ¿dónde estaba el drama? Holly no entendía nada.

–Entonces, ¿por qué…?

–Porque no viviré para siempre –respondió la señorita Joan–. Nadie vive para siempre y, cuando yo haya muerto, quiero asegurarme de que el pueblo siempre tenga el mejor árbol que podáis encontrar en la montaña cada año.

–Usted no va a ninguna parte –le dijo Ray, que acababa de entrar–. Tiene demasiado mal genio para morir –le recordó a la mujer.

La señorita Joan se volvió para mirarlo.

–Bueno, en cualquier caso no sucederá pronto –respondió mientras se limpiaba las manos–. ¿Quieres lo de siempre? –le preguntó a Ray. Cuando este asintió, en vez de ir a preparárselo ella misma, se volvió hacia Holly–. Prepárale a Ray lo de siempre. Esta mañana invita la casa, teniendo en cuenta que voy a tener que utilizar esa espalda tan fuerte que tienes –le informó a Ray.

Por el rabillo del ojo, la señorita Joan vio que Holly no se había movido para ir a buscar el café y el dónut de Ray.

–¿Alguien te ha pegado los pies al suelo, niña? –le preguntó.

Holly apenas era consciente de que la señorita Joan le hubiera dicho algo. Su mente había dejado de procesar las palabras nada más enterarse de que Ray iba a ir a buscar el árbol con ellas.

–¿Vas a venir con nosotras a por el árbol? –le preguntó a Ray, porque tenía que asegurarse de haber oído bien.

–No. He decidido echarme un amante y estoy seduciéndolo con dónuts de mermelada –contestó la señorita Joan con ironía–. Sí, viene con nosotras. Por eso le invitamos al desayuno, que por cierto me parece muy poco saludable, si quieres saber mi opinión –agregó antes de centrar su atención en Holly–. Entonces, ¿vas a ir a por el café y el dónut o has enseñado a los dónuts a venir solos cuando los llamas?

Holly por fin reaccionó. Se dio la vuelta y se metió detrás de la barra para prepararle el café a Ray.

Tal vez la señorita Joan se esforzara en parecer malhumorada, pero no importaba lo que dijera ni cómo lo dijera, porque acababa de crear el día perfecto para ella. Iban a subir a la montaña para buscar un árbol de Navidad gigante para el pueblo, y ella no solo iba a formar parte del grupo que seleccionaba el árbol, sino que además iba a hacerlo con Ray.

–Si sonríes un poco más, vas a empezar a ir más despacio –le advirtió la señorita Joan.

–Sí, señora. Nada de sonrisas –contestó Holly automáticamente. En aquel momento, habría hecho cualquier cosa que la señorita Joan le hubiera pedido.

–¿He dicho yo eso? –preguntó su jefa–. He dicho «un poco más». Eso significa que puedes mantener la sonrisa como está para que no se te metan bichos en la boca –entonces entraron tres hombres más en la cafetería y la señorita Joan frunció el ceño al mirar el reloj–. ¿Es que nadie sabe decir la hora? Dije a las once, no a las siete. Hay cuatro horas de diferencia.

Eli, uno de los hermanos mayores de Ray, se sentó en un taburete situado junto a la barra. Saludó a la dueña con la cabeza y se quitó el sombrero.

La señorita Joan le dirigió una sonrisa. Siempre había sentido debilidad por Eli. Lo consideraba el más sensible de los hermanos Rodríguez.

–Quizá estemos demasiado entusiasmados para esperar –le dijo Eli–. Es como cuando éramos pequeños y esperábamos a que viniera Papá Noel. Parecía que las horas se alargaban eternamente.

–Si sigues creyendo en Papá Noel, Eli, creo que entonces tenemos un problema.

–No estropees la diversión, Joannie. Si quieren creer en Papá Noel, deja que lo hagan –dijo Harry, el marido de la señorita Joan, al acercarse a ella y rodearla con los brazos para darle un beso en la mejilla. Había entrado en la cafetería hacía no más de tres minutos, discretamente, como tenía por costumbre. Le gustaba decir que disfrutaba viendo a su esposa en acción.

La señorita Joan no pareció muy contenta mientras se apartaba de él tras aguantar el abrazo durante unos segundos.

–¿Qué te he dicho sobre lo de llamarme Joannie en público? –le

preguntó con un susurro.

–Me dijiste que no lo hiciera –contestó Harry–. Pero, cariño, Holly y estos chicos son como de la familia. No tienes por qué avergonzarte estando en familia.

–Mucho sabes tú –respondió la señorita Joan. Si Laurie hubiera estado allí, en vez de llegar tarde como de costumbre, su nombre de pila habría corrido como la pólvora por todo el pueblo–. ¿Qué estás haciendo aquí, por cierto?

–Había pensado en ir también –le dijo Harry–. Ayudaros a elegir qué árbol cortar. Ya sabes, el tipo de cosas que un marido hace por su esposa.

–Y lo dice el hombre que se queda mirando tres pares de calcetines negros por la mañana intentando decidir cuáles ponerse. Tú te quedas aquí, Harry –le informó ella con seriedad–. Me retrasarás, y no quiero tener que preocuparme por ti.

–No hay razón para preocuparse –le aseguró Harry–. Tengo el mismo equilibrio que una cabra montés.

La señorita Joan estuvo a punto de carcajearse.

–Una cabra vieja –especificó–. Y quiero asegurarme de que sigues envejeciendo. Y no podrás hacerlo si te caes y te rompes el cuello. Fin de la discusión. Te quedas aquí.

–Entonces tú también –le dijo Harry a su esposa–. Puedo ser tan testarudo como tú, Joannie.

Rick se había acercado a la barra en busca de una taza de café solo. Holly le sirvió la taza automáticamente y la colocó frente a él.

–No te ofendas, Harry, pero ni siquiera Dios es tan testarudo como la señorita Joan –le dijo Rick al marido de la dueña–. No es vergonzoso retirarse, si es frente a la señorita Joan –le garantizó–. Todos lo hemos hecho.

–Sí, pero vosotros no estáis casados con ella –señaló Harry.

–Y tú sí lo estás, lo cual demuestra lo decidido que eres. Puedes quedarte aquí, discutiendo con ella, pero perderemos el tiempo porque no va a ceder y, si no cedes tú, no habrá árbol en la plaza del pueblo hasta Semana Santa –predijo Holly–. Hazlo por el pueblo, Harry. Necesitamos que te quedes aquí.

–No le digas a mi marido lo que tiene que hacer –declaró la señorita Joan con los puños apretados a la altura de la cintura–. Puedes venir, Harry. Pero quédate en la camioneta. Hay nieve en la montaña y no quiero que te caigas y te rompas algo de lo que me haya encariñado –le dijo a su marido con una sonrisa sorprendentemente sexy.

–Lo que tú digas, cariño –convino Harry. Era evidente que, cuando le miraba así, Harry dejaba de tener ganas de discutir.

–De acuerdo, todo listo –anunció la señorita Joan aliviada. Se volvió hacia Ray y hacia dos de los hombres que habían aparecido–. Que uno de vosotros vaya a sacar a Mick de la cama y le diga que necesitamos cadenas para los neumáticos. Y, si no tiene, será mejor que encuentre la manera de conseguirlas… deprisa.

–Yo me encargo –se ofreció Cash.

–Bien –le dijo la señorita Joan a su hijastro, y un segundo después ya

había pasado al siguiente detalle de su lista. Los demás escucharon atentamente. Todos sabían que sería mejor no interrumpir a la señorita Joan cuando empezaba a hablar.

Capítulo 8

MILAGROSAMENTE, Mick Henley, residente de Forever y único mecánico del pueblo, tenía varios juegos de cadenas para neumáticos. Las tenía guardadas en su almacén, donde habían estado desde que las trasladara con él años atrás desde su antigua tienda en Utah. Por tanto, tenían cadenas suficientes para el 4x4 de la señorita Joan, para la camioneta de Joe Lone Wolf y para el camión que la señorita Joan había confiscado en un garaje de Pine Ridge el día anterior.

Pero colocar las cadenas en los vehículos llevó su tiempo. Así que, mientras Holly esperaba a que estuvieran listos, la señorita Joan le pidió que siguiera atendiendo a los clientes que entraban a tomar un desayuno rápido o uno lento y relajado, dado que era sábado y no tenían otro sitio al que ir.

Holly intentaba calmar el entusiasmo que sentía por todo el cuerpo, pero no estaba teniendo mucho éxito.

Además de eso, le parecía que el local estaba especialmente abarrotado para ser sábado por la mañana, y Laurie ya llevaba veinte minutos de retraso.

Holly conocía a todos por su nombre y por su pedido. Poco después de empezar a trabajar allí, había descubierto que la mayoría de la gente era predecible. Si encontraban algo que les gustaba, se aferraban a ello en vez de experimentar y probar otras cosas.

Suponía que ella hacía lo mismo consigo misma. En su caso no era a la comida a lo que se aferraba, sino al amor.

Concretamente, al amor por Ray.

Echando la vista atrás, no recordaba haber sentido atracción por otro chico u otro hombre desde que viera por primera vez al pequeño de los Rodríguez.

Y dudaba que alguna vez fuese a sentirla.

Con frecuencia miraba a través de la ventana para ver cómo iba Mick con las cadenas. Tenía la mente dividida entre lo que pasaba dentro de la cafetería y lo que pasaba fuera. Estaba tan ocupada que estuvo a punto de servir el café fuera de la taza de Gabe Rodríguez en vez de dentro.

Se sonrojó al darse cuenta de que el hermano de Ray movía la mano ligeramente hacia la izquierda para que el café entrase dentro de la taza.

–Oh, Dios. Lo siento mucho, Gabe –le dijo, horrorizada por lo que había estado a punto de hacer. Al no prestar atención podría haberle quemado la mano. Normalmente se le daba mejor hacer varias cosas a la vez.

–No pasa nada –le aseguró Gabe–. ¿Qué es lo que tanto llama tu atención? –preguntó mirando por la misma ventana por la que había estado mirando ella.

–Es que estoy esperando a que Mick termine de poner las cadenas al coche de la señorita Joan y a los demás vehículos –le explicó a uno de los tres ayudantes del sheriff.

–¿Para qué necesita cadenas la señorita Joan? –preguntó Gabe, y en esa ocasión giró el taburete para mirar hacia donde Holly estaba mirando–. Ah, espera –de pronto lo recordó, antes de poder ver exactamente lo que el mecánico estaba haciendo–. Hoy es cuando va a buscar el árbol para el pueblo, ¿verdad? –volvió a mirar a la sonrojada camarera–. Y tú eres una de las personas que ha elegido para que vaya con ella este año, ¿no es así? –Holly se limitó a asentir con la cabeza–. ¿Y sabes quién más va este año?

Holly enumeró algunos nombres y dejó a Ray para el final, con la esperanza de sonar despreocupada, o al menos indiferente. Supo entonces que su futuro no estaba en el mundo de la interpretación.

Pero, si Gabe sospechaba que le gustaba su hermano, no lo demostró ni dijo nada al respecto.

En su lugar, el ayudante del sheriff siguió hablando como si nada.

–Mi padre mencionó que Ray parecía tener mucha prisa cuando salió de casa esta mañana –concretamente, su padre le había llamado para preguntarle qué le pasaba a Ray y por qué se había levantado y vestido tan temprano sin estar obligado. De todos ellos, Ray era al que más le gustaba dormir hasta tarde–. Así que hace falta un árbol de Navidad para sacar a la Bella Durmiente de la cama. Yo habría jurado que sería necesario un rifle apuntándole directamente a los pies –pero, mientras hablaba, Gabe se dio cuenta de que el árbol de Navidad probablemente tuviese poco que ver con el hecho de que su hermano se hubiera levantado temprano.

Por lo que le habían contado unos amigos que habían estado en Murphy's la noche anterior, Gabe estaba más inclinado a pensar que a su hermano le motivaba más la idea de que su mejor amiga fuese a ir también a buscar el árbol.

El ruido de la campanilla que colgaba sobre la puerta llamó de inmediato la atención de Holly. Lo primero que pensó fue que alguien había ido a buscarla.

Pero se trataba de Laurie, que llegaba a trabajar.

Bien, eso significaba que ella podría salir y esperar fuera a que Mick terminara con las cadenas.

Su alegría duró poco. La otra camarera parecía dormida, como si le costase trabajo enfocar la mirada. En vez de meterse detrás de la barra a buscar su delantal, Laurie se sentó en el taburete más cercano y apoyó los codos en la barra. Utilizó las manos alternativamente para sujetarse la cabeza.

–Café –le dijo a Holly–. Por favor. Pínchamelo directamente en vena si es posible –al apoyar la cabeza con más fuerza sobre la palma de su mano, calculó mal. La barbilla resbaló y estuvo a punto de chocar contra la barra, lo que hizo que se despertarse de golpe.

Holly se apresuró a llevarle el café solo.

–Oye, ten cuidado, no vayas a perder el sentido –le advirtió al ver lo que había estado a punto de pasar.

–¿Por qué tú pareces tan despierta? –le preguntó Laurie mirándola

acusadoramente. Antes de que Holly pudiera decir nada, a la otra camarera se le ocurrió una respuesta–. No me digas que de verdad te quedaste en casa después de que te dejáramos anoche.

Holly se encogió de hombros sin entender bien qué estaba diciendo su amiga.

–Vale, no te lo diré. Pero, ¿por qué no? –no pudo evitar preguntar.

–Porque nosotras no lo hicimos, por eso –pensó en su propia noche–. Jimmy Evans se pasó a buscarme en su Jeep después de que yo dejara a las demás –explicó con una sonrisa anhelante.

–¿A qué hora has vuelto? –le preguntó Holly.

Laurie miró el reloj, intentó concentrarse en los números, pero se dio cuenta de que sus ojos aún no estaban preparados para semejante tarea.

–¿Qué hora es ahora? –le preguntó a Holly.

–No has vuelto a dormir a casa, ¿verdad? –adivinó Holly–. Solo has pasado para cambiarte de ropa antes de venir aquí, ¿no?

–A nadie le gustan las pedantes –murmuró Laurie. Acto seguido, pareció encontrarse peor que cuando había entrado–. Haz tú mi turno, Holly –le rogó de pronto.

–No puedo –respondió Holly, pensando en la tarde que le esperaba. No quería perderse el formar parte de aquello, sobre todo porque Ray también iba a formar parte.

Pero Laurie no estaba dispuesta a rendirse aún.

–Por favor. Por favor. Te entregaré a mi primer hijo.

–Por muy tentador que suene, no puedo. La señorita Joan quiere que vaya con ella –y esa era la razón principal por la que no iba a quedarse y a hacer el turno de Laurie. Porque, cuando la señorita Joan te decía que fueras, eso era lo que tenías que hacer, aunque hubiera obstáculos en tu camino.

–La señorita Joan quiere a una camarera que esté consciente –señaló Laurie. Sujetando la taza con ambas manos, se la bebió de un trago y después esperó a que la cafeína hiciera su efecto. No lo hizo. La impaciencia se juntó con el nerviosismo–. Tienes que hacer mi turno, Holly. Si no duermo un poco, me voy a morir –se lamentó.

–Error. Si intentas pasarle tu turno a otra persona, entonces sí que vas a morir –dijo la señorita Joan al entrar en la cafetería. Como tenía por costumbre, había captado la conversación que más le interesaba. Miró entonces a Holly con sus ojos de color avellana–. Ya estamos listos. Puedes salir.

Holly tenía muchas ganas de ir, pero tenía a alguien en apuros justo delante. ¿Cómo iba a pasárselo bien sabiendo que había abandonado a Laurie en aquellas condiciones?

–Pero es que Laurie no se encuentra bien –explicó, resignándose a ocupar el lugar de la otra camarera–. Necesita irse a casa.

–Laurie tiene resaca –declaró la señorita Joan–. Lo que necesita es ponerse firme para poder hacer su turno y el tuyo –se detuvo un instante para agarrarle la barbilla a la otra camarera y examinar su rostro con atención antes de soltarla–. Sobrevivirás –le dijo a Laurie–. Nadie se muere de resaca. Solo te entran ganas de morir. Ahora sal ahí fuera –le ordenó a

Holly–. Nos vamos en cinco minutos.

Holly sabía que la señorita Joan era fiel a su palabra y, si no estaba fuera en cinco minutos, se irían sin ella. No quería que eso pasara.

Tomó una decisión, se quitó el delantal y agarró la chaqueta, que había dejado colgada en el respaldo de una silla vacía. Los sábados eran días informales y la señorita Joan permitía a sus camareras llevar vaqueros, lo cual era una suerte para ella, pensó mientras se ponía la chaqueta y seguía a su jefa hacia la calle.

–¿Ha estado alguna vez en el ejército, señorita Joan? –le preguntó mientras aceleraba el paso. Oyó a lo lejos al marido de la señorita Joan riéndose por la pregunta.

–En una ocasión intenté alistarme, cuando era mucho más joven –admitió ella–, pero me dijeron que era demasiado dura para ellos.

Holly apenas podía creerlo.

–¡Buena suerte! –oyó que Gabe gritaba tras ella. Holly se dio la vuelta para despedirse de él antes de salir por la puerta.

No pudo evitar preguntarse si el ayudante del sheriff realmente pensaría que iba a necesitar suerte o si lo habría dicho de manera automática.

Segundos más tarde, se olvidó por completo de Gabe y del posible significado de sus palabras.

Vio a Ray de pie junto a la cabina del camión, con la puerta del copiloto abierta.

–Tú vas con Ray –le dijo la señorita Joan con el tono que empleaba cuando no estaba dispuesta a tolerar discusiones–. Le he dicho que conduzca el camión. El resto ya tenéis vuestros puestos asignados –les informó a los otros siete hombres que había reclutado para la misión de conseguir el árbol de Navidad–. Muy bien, caballeros, y Holly, vámonos –ordenó, se colocó al volante de su coche y esperó a que su hijastro se montara a su lado.

Como ya había avisado, los vehículos partieron hacia la montaña en menos de cinco minutos.

A ninguno se le habría ocurrido hacer esperar a la señorita Joan.

***

–La señorita Joan dirige esto como si fuera una operación militar –comentó Ray a medida que se acercaban a su destino.

–La señorita Joan tiene tendencia a dirigirlo todo como si fuera una operación militar –le recordó Holly.

Ray asintió.

–Tal vez fuera hija de militares –imaginó. Era una posibilidad.

Nadie en el pueblo sabía mucho sobre su pasado antes de llegar a Forever, y la señorita Joan no era muy abierta, a no ser que deseara serlo específicamente, cosa que no sucedía con frecuencia.

–Creo que probablemente le guste la precisión del ejército, así que es lo que imita. Eso y que le gusta dar órdenes a la gente –añadió Holly con una sonrisa–. Pero tiene buen corazón, así que supongo que lo compensa.

De todos era sabido que, si había alguien en apuros, la señorita Joan

intervenía para ayudar y no pedía nada a cambio.

Holly vio que se acercaban al final del viaje. Cada vez más entusiasmada, de pronto se volvió hacia Ray y preguntó:

–¿Cómo es la nieve?

La pregunta le pilló por sorpresa. Estaba seguro de no haber oído bien.

–¿Qué?

Holly decidió replantear la pregunta. Tal vez Ray tampoco hubiera visto nunca la nieve. Desde luego nunca le había mencionado nada al respecto.

–¿Sabes cómo es la nieve?

Ray la miró como si hubiera perdido un tornillo.

–Claro que sí. ¿Es que tú no?

Holly se encogió de hombros. Había cometido un error al preguntar. Pero se trataba de Ray, y ambos compartían todo tipo de pensamientos. Sabía que no había sido su intención hacer que se sintiera una idiota por preguntar sobre la nieve. Solo esperaba que no pensara que era rara por no haber tenido nunca una bola de nieve en la mano.

–No –respondió.

Ray pensó que estaba tomándole el pelo. Estaba lo suficientemente lejos del vehículo de la señorita Joan como para no chocarse contra él. Así que miró un instante a su mejor amiga antes de devolver la atención a la carretera.

Quería aclarar aquello.

–¿Nunca has tocado la nieve? –le preguntó con incredulidad.

–No importa –dijo Holly–. Olvida que te lo he preguntado –no debería haber hablado. A veces era demasiado sincera, demasiado confiada.

–No –insistió él–. Tú lo has empezado y ahora siento curiosidad. No puedo creer que no sepas cómo es la nieve. Ya ha nevado en la montaña en el pasado. Recuerdo al menos dos ocasiones en las que nevó.

–Puede ser –no iba a discutir con él sobre eso, pero nunca había nevado a aquella altitud–. Nunca antes había subido a la montaña.

Ray no podía creérselo. ¿Cómo podía no saber aquello sobre ella? Intentó recordar si alguna vez habían hablado algo que tuviera que ver con la nieve y se dio cuenta de que el tema nunca había surgido.

–¿Por qué no? –le preguntó.

Ella lo miró y se dio cuenta de que estaba preguntándoselo en serio.

–Bueno, desde que cumplí ocho años, siempre estuve ocupada ayudando a mi madre. Fue entonces cuando mi padre…

–Murió –concluyó Ray. Se reprendió a sí mismo por su falta de tacto… y de memoria–. Sí, ahora me acuerdo. Lo siento.

–No tienes nada que sentir –le dijo Holly–. Al fin y al cabo, no fui la única que perdió a un padre. Tú perdiste a tu madre.

–Sí, y tú estuviste a mi lado –recordó él.

Echando la vista atrás, supo que nunca habría podido superarlo de no haber sido por Holly. Había sido la amiga con la que había descargado toda su rabia y todos sus sentimientos. Era la amiga que le había visto llorar, cuando él se mantenía firme con todos los demás, incluyendo su propia familia. Holly le conocía mejor que nadie.

–¿Sabes? –le dijo–. Siempre has sido mejor amiga para mí de lo que yo

lo he sido para ti.

–No es un concurso, Ray. Pero, si quieres ayudarme ahora… –sugirió Holly mientras él detenía el camión. La señorita Joan ya había parado su coche. El plan era seguir desde ahí a pie.

–¿Sí? –preguntó él, esperando a que terminara.

Holly estaba nerviosa por la idea de pisar la nieve por primera vez. No quería quedar en ridículo.

–Si me resbalo, sujétame para no quedar en ridículo delante de todos.

Ray sonrió antes de bajar del camión.

–Yo te cubro, muñeca –le prometió.

Conmovida, Holly abrió su puerta y contempló el suelo completamente blanco a sus pies. Le parecía inofensivo. No podría ser tan malo.

Así que saltó. Acto seguido, sintió que sus botas se hundían en la nieve en busca del suelo.

Ella soltó un grito sin darse cuenta.

Capítulo 9

–¡RAY!

Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se pusieron alerta.

De pie al otro lado de la cabina del camión, incapaz de ver a Holly, solo podía guiarse por su voz, que era una mezcla de pánico y sorpresa.

Antes de que su imaginación tuviera tiempo de dispararse, Ray había bordeado la cabina del camión y había visto cuál era el problema. Holly no tenía dónde apoyarse.

Le dio la mano para evitar que siguiera hundiéndose en la nieve y, además de mantenerla erguida, tuvo que hacer un esfuerzo por no reírse al ver la expresión de angustia de su cara.

Se dio cuenta de que Holly no bromeaba. Aquella era su primera experiencia en la nieve.

–Tardarás un poco en acostumbrarte –le dijo.

–No me digas –murmuró ella en voz baja, molesta consigo misma.

–¿Vais a venir, o queréis seguir intentando hacer ángeles de nieve? –gritó la señorita Joan mientras el resto del equipo se reunía a su alrededor y esperaba instrucciones. Todo grupo necesitaba un líder que se encargara de la organización, y la señorita Joan era claramente el suyo.

–Ya vamos –respondió Holly. Dando pasos cortos, mantuvo los brazos estirados para no perder el equilibrio e intentando no parecer un gorrión recién nacido que quisiera echar a volar.

–Ya lo estás consiguiendo –le dijo Ray, y le dio la mano para que tuviera un punto de apoyo con el que mantenerse de pie.

–Si tú lo dices –respondió Holly, sin molestarse en disimular su sonrisa.

Imaginó que, al fin y al cabo, la nieve tenía ciertas ventajas. Cualquier cosa que hiciera que Ray tuviera contacto físico con ella no podía ser mala.

–Manteneos juntos –les ordenó la señorita Joan. La advertencia iba dirigida al grupo, pero estaba mirando específicamente a Holly cuando dio la orden–. No quiero ser yo la que tenga que pedirle al sheriff que envíe a una patrulla de búsqueda. Siempre y cuando os aseguréis de tener a la vista a un par de personas en todo momento, no os perderéis. Bien, pongámonos manos a la obra. Cualquiera que encuentre un árbol digno de consideración, que avise a los demás con un grito. Recordad que tenemos que encontrarlo rápido. Lo último que queremos es estar aquí cuando empiece a oscurecer.

Con las palabras de la señorita Joan resonando en sus oídos, Holly y los demás se dividieron, y cada pareja escogió una dirección distinta.

–Todos parecen bonitos –comentó Holly mirando a su alrededor y contemplando los maravillosos especímenes que se alzaban hacia el cielo–.

¿Cómo escogemos solo uno? –le preguntó a Ray. Para ella, el primero que vieron resultaba perfecto.

–Bueno, en este caso en particular, el tamaño sí que importa –le dijo Ray, y descartó el árbol que estaba admirando. No debía de llegar ni a los tres metros y medio.

–De acuerdo, ¿y qué me dices de aquel? –preguntó Holly al ver otro árbol más alto.

–Mejor –convino él al acercarse.

–Y es lo suficientemente alto –añadió Holly innecesariamente.

–Cierto –sin embargo, había vuelto a pasar algo por alto–. Pero no lo olvides. Tenemos que ser capaces de transportar el árbol hasta el pueblo.

Nada más ver aquel árbol gigantesco se dio cuenta de que no podrían llevarlo al pueblo en el camión, ni siquiera aunque la plataforma fuese extralarga.

–A no ser que encontremos la manera de lanzarlo montaña abajo.

–Ya lo pillo –respondió ella. Comenzaron a caminar en busca de un nuevo candidato–. Supongo que encontrar el árbol correcto va a ser como el cuento de los tres osos.

Ray se quedó mirándola sin entender de qué estaba hablando.

–¿Perdón?

–Ya sabes –dijo ella–. Ni demasiado grande ni demasiado pequeño, ha de tener el tamaño justo –explicó utilizando la voz aguda que empleaba cuando le leía cuentos a su sobrina.

–Me alegra que lo hayáis entendido –les dijo la señorita Joan sarcásticamente al acercarse a ellos un momento para ver cómo iban–. Ahora, veamos si podéis encontrar algo que sirva.

–Sí, señora –respondió Ray por los dos.

Estuvo tentado de saludarla al estilo militar, pero tuvo la sensación de que lamentaría su intento de sarcasmo. En lo referente a utilizar el sarcasmo, la señorita Joan no tenía rival.

Encontrar el árbol adecuado resultó ser más complicado de lo que Holly había imaginado. Fue difícil encontrar un árbol entre todos los altos que fuese lo suficientemente pequeño para poder transportarlo, pero lo suficientemente grande para la plaza del pueblo. En concreto, lo suficientemente grande para que todo aquel que quisiera pudiera decorar un trozo del árbol. La señorita Joan insistía en que el árbol debía ser lo suficientemente grande como para que todos los habitantes de Forever sintieran que les pertenecía.

Al fin, tras caminar durante casi dos horas, encontraron un candidato digno de consideración. Joe Lone Wolf, el ayudante del sheriff, fue quien lo encontró, y llamó al resto del grupo para que todos dieran su opinión.

–No hay duda. Es un árbol precioso –comentó Holly, y tuvo que protegerse los ojos del sol mientras contemplaba lo alto que era–. Es alto y está bien poblado. Como usted ha dicho –le dijo a la señorita Joan.

La señorita Joan, que no era dada a la efusividad ni siquiera aunque se encontrase con la perfección absoluta, asintió con la cabeza.

–Supongo que tendrá que valer. De acuerdo, chicos –declaró girándose hacia varios de los hombres que había reclutado en anteriores ocasiones–, ya sabéis lo que tenéis que hacer. ¡Adelante, hacedlo!

–¿Qué puedo hacer yo? –preguntó Holly dando un paso al frente.

–Cuando corten el árbol, tendréis que cargarlo entre todos hasta el camión. De momento, lo mejor que puedes hacer es quitarte de en medio, a no ser que quieras arriesgarte a que te golpee una rama.

Ray la apartó cuando Cash y otros dos regresaron con las motosierras que habían llevado para cortar el árbol.

–Tú solo mira –le dijo a Holly.

Holly frunció el ceño. Nunca le había gustado quedarse al margen mientras los demás trabajaban, y no se le daba muy bien.

–Me siento como si fuera una piedra –se quejó a Ray.

–Bueno, pues no lo pareces –respondió él con una carcajada–. Además, si no haces lo que te dice la señorita Joan, ya sabes que te comerá viva.

Holly suspiró. Sabía que tenía razón.

La zona alrededor del árbol se llenó de actividad mientras los hombres se preparaban para ponerse manos a la obra. Holly obedeció y se quitó de en medio. Como cada vez saltaban más virutas de madera por los aires, ella siguió alejándose más.

Cuando de pronto perdió el equilibrio, soltó un grito y empezó a caer hacia atrás. Al oírla, Ray acudió en su ayuda.

O lo intentó.

Sin embargo, en esa ocasión, en vez de detenerla, Holly le hizo perder el equilibrio y, cuando cayó hacia atrás, le arrastró con ella.

A pesar de tensar el cuerpo, Ray acabó cayendo encima de ella.

Ambos se quedaron sin aire. Tanto que, durante unos segundos, se quedaron allí tendidos, pegados el uno al otro, con las caras a escasos centímetros de distancia.

Pero, en vez de sentir frío, tirados en la nieve como estaban, ambos empezaron a sentir calor; sobre todo Holly.

Mucho calor.

Tanto que Holly tuvo la sensación de estar hundiéndose más aún en la nieve debido a la alta temperatura de su cuerpo.

–¿Estás bien? –le preguntó Ray, todavía algo asombrado y sin intentar levantarse.

Holly se quedó mirándolo a los ojos.

–Nunca he estado mejor –susurró, y le sorprendió que sus palabras resultaran audibles, pues competían con los latidos desbocados de su corazón.

–No te he hecho daño, ¿verdad?

Sin dejar de mirarlo, Holly negó con la cabeza. Sentía como si todo su cuerpo estuviera en llamas.

No pudo evitar preguntarse si sería eso lo que se sentía. Lo que se sentía al desear a alguien de verdad.

Nunca había tenido intimidad con nadie; no le parecía que tuviera sentido. Nunca había sentido por nadie algo lo suficientemente especial como para experimentar aquel momento de intimidad entre dos personas.

Le había entregado su corazón a Ray desde el principio y nunca se había molestado en intentar recuperarlo.

Ahora entendía por qué.

Porque se habría perdido aquello, aquel torrente de adrenalina que recorrió su cuerpo al estar tan cerca de él.

Y resultaba tremendamente íntimo.

Ray sabía que debía levantarse antes de que alguien mirase hacia allá y los viese en esa posición. Antes de que la señorita Joan se acercarse e hiciese uno de sus comentarios enigmáticos y sarcásticos.

Aquello no era más que un accidente, el resultado de un tropiezo. Si continuaban así, se convertiría en otra cosa y él estaría aprovechándose de la situación.

Pero el resto de su cuerpo no parecía hacer caso a lo que le decía su cabeza. En vez de ponerse en pie, siguió tumbado encima de Holly, no para protegerla, sino para saborear y absorber el calor de su cuerpo incluso a través de las múltiples capas de ropa que ambos llevaban.

A los pocos segundos, en vez de levantarse, en vez de ofrecerle la mano, Ray le rodeó la cara con las manos y la besó.

Si era posible experimentar un Cuatro de Julio a principios de diciembre, debía de ser algo parecido a aquello.

Probar su boca fue como si un sinfín de fuegos artificiales explotaran a su alrededor. Eso le hizo aumentar la presión del beso y desearla más.

¿Desearla?

¿Qué diablos le pasaba?

Aquella era Holly. Era a Holly a la que deseaba con todo su cuerpo. Holly, que había sido como otra hermana para él. Holly, con la que había ido a nadar desnudo cuando eran pequeños.

Y aun así era como si no fuera Holly, al menos no esa Holly. Aquella mujer era alguien que despertaba su deseo como ninguna otra mujer antes.

Y eso le daba miedo.

Le asustaba, pero no lo suficiente como para huir, ni siquiera lo suficiente como para apartar la boca.

Al menos hasta que oyó a la señorita Joan decir:

–¿Has encontrado una nueva manera de hacer la respiración boca a boca, chico? ¿O es que se os ha olvidado cómo hacer ángeles de nieve? Si el problema es ese, se supone que debéis estar uno al lado del otro, no encima.

Ray se puso en pie y le ofreció la mano a Holly.

Avergonzada, intentando controlar su rubor, Holly aceptó la mano y se levantó apresuradamente del suelo.

–Me he resbalado –le dijo a la señorita Joan sin mirarla a los ojos.

–Eso ya lo veo –murmuró su jefa con ironía–. ¿Creéis que podréis manteneros de pie el tiempo suficiente para ayudar a cargar el árbol en el camión? –les preguntó.

–Claro que sí –respondió Holly con más convicción de la que sentía.

Pero por dentro era como si estuviese hecha de mantequilla.

–Usted primero –le dijo Ray a la señorita Joan. Su voz sonaba rígida y

formal. No le gustaba que le avergonzaran y la señorita Joan lo había conseguido.

–Oh, claro que yo primero –les aseguró la mujer–. Pero ¿podréis seguirme?

–Claro –respondió Holly.

–Sin problema –agregó Ray.

La señorita Joan se rio en voz baja, como diciendo «ya lo veremos», pero por una vez mantuvo la boca cerrada.

Cash había dado marcha atrás con el camión para que estuviera paralelo al árbol. Había suficiente espacio alrededor del espécimen para que todos pudieran rodearlo.

La señorita Joan les ordenó a todos que se agacharan y colocaran un brazo y un hombro bajo su parte del pino.

–Muy bien, preparado todo el mundo. ¡Adelante! –ordenó.

El primer intento no tuvo mucho éxito, y fue acompañado de una cacofonía de quejidos y lamentos.

–¿A eso le llamáis intentarlo? –preguntó ella, claramente decepcionada con el esfuerzo–. Un grupo de niños pequeños podría hacerlo mejor.

–Tal vez debamos esperar a que lleguen –murmuró uno de los hombres, Gary Walker.

–Esto no es un diálogo, Walker –respondió la señorita Joan–. A no ser que quieras ser tú quien les diga a los niños de Forever que este año no tienen árbol. ¿No? Ya me parecía. De acuerdo. Ahora vamos a intentarlo de verdad. Colocaos bajo las ramas, agarrad con la mano vuestra parte de la plataforma y adelante. A la de tres –ordenó–. Uno. Dos. ¡Tres!

En esa ocasión el tronco se levantó del suelo. El árbol se tambaleó y pareció que iba a volver a caer, pero entre todos lograron estabilizarlo y, entre quejidos y gemidos, consiguieron cargarlo en el camión.

Agotadas, las diez personas que la señorita Joan había seleccionado para su equipo se quedaron apoyadas contra el camión.

–No sé tú, pero yo ya tengo mi regalo de Navidad –oyó Holly que Cash le decía a alguien mientras contemplaba el árbol con absoluta satisfacción.

–Sí, yo también –convino Ray, pero, cuando Holly levantó la cabeza, vio que no estaba mirando el árbol. Estaba mirándola a ella.

Y un escalofrío recorrió su espalda en aquel momento.

Capítulo 10

DADO que el equipo que la señorita Joan había reclutado para seleccionar el árbol de Navidad de aquel año había logrado su objetivo bastante rápido, acabaron regresando al pueblo mucho antes del atardecer.

La noticia se extendió con rapidez y pronto los habitantes de Forever se acercaron a la plaza para dar su opinión sobre el pino en cuestión.

Como si estuviera dirigiendo una caravana en el Salvaje Oeste, la señorita Joan detuvo su camioneta en el centro del pueblo, se bajó del vehículo e hizo que los otros se detuvieran.

–¡Hemos conseguido otra belleza! –anunció ante el mar de personas que se habían reunido allí.

En vez de dejar el árbol donde estaba hasta el día siguiente, la señorita Joan consideró que aún había suficiente luz, y suficientes manos, para bajarlo del camión y colocarlo en mitad de la plaza.

–Habéis elegido a otro ganador –le dijo Harry con orgullo a su esposa antes de darle un beso en la mejilla.

–Deja eso para luego, Harry –respondió ella–. Ahora mismo necesito arneses y cabrestantes. Ya sabes cómo va –le dijo a su marido.

–Está todo detrás del taller de Mick –le informó Harry. Llamó a algunos hombres para que fueran con él y pudieran trasladar el equipo necesario para levantar el árbol y asegurarlo en la posición deseada.

La señorita Joan renunció al control de aquella parte de la operación y permitió que su marido se encargase. Harry estuvo encantado de ocuparse del trabajo, ayudado de Cash y de algunos jóvenes más. Trabajaron en armonía, pues ya habían hecho aquello antes o lo habían visto hacer año tras año.

Noventa minutos después de entrar en el pueblo con el pino, el árbol ya estaba colocado en la plaza, listo para ser decorado.

Cualquiera que lo deseara, sin importar su edad, podía formar parte de aquella fase del proceso. La única norma era esperar a que las luces estuvieran puestas, cosa que no tardó en suceder gracias a la precisión casi militar de Harry. Más allá de eso, no había normas que seguir, salvo la de pasárselo bien.

Mucha gente deseaba participar en aquella parte de la ceremonia, pues era una tradición que gustaba a todos.

Ray miró a su alrededor y no solo vio a su padre, que era el mejor amigo de Harry y podría estar en el pueblo por razones que no tuvieran que ver con la decoración del árbol, sino que también estaban sus hermanos y su hermana. Cierto que Alma y Gabe trabajaban en el pueblo, pero sus trabajos no consistían en estar en la plaza, esperando su turno

para adornar el árbol de Navidad.

Tampoco formaba parte del trabajo de Olivia Santiago. Aparte de ser la esposa del sheriff, era abogada y había creado un bufete con Cash, el marido de Alma. Los sábados eran para ponerse al día en el despacho o para intentar comprimir siete días de vida familiar en dos. Pero allí estaba, con todos los demás. Entre Olivia y su marido, era difícil saber cuál de los dos iba vestido de manera más informal, pues ambos solían ir ataviados con ropa formal.

Ray sonrió al ver la escena. Todo el pueblo había salido de casa para la ocasión, que todos consideraban un día de celebración no oficial.

–Habéis escogido un árbol muy bonito, Holly.

Holly se dio la vuelta al oír su nombre y vio que incluso su madre se había acercado a la plaza. Más concretamente el hermano de Ray, Eli, y su esposa, Kasey, seguidos de su hijo de dos años, habían llevado la silla de ruedas de Martha hasta el centro del pueblo para esperar la llegada del árbol.

Martha, que era bastante independiente, agradecía la ayuda, pues en ese momento tenía las manos ocupadas.

Holly vio que su sobrina, Molly, iba cómodamente sentada en el regazo de su madre. Sin embargo, al ver a Holly, la niña se bajó de encima de su abuela y corrió hacia la mujer a la que consideraba más como una madre que una tía. Lo que le faltaba en estatura lo compensaba con su energía y con su entusiasmo.

–¡Holly, Holly, Holly! –exclamó la niña mientras se abrazaba a sus piernas–. ¡El árbol está aquí!

–Lo sé, monito. Yo he ayudado a traerlo –le dijo Holly a su sobrina mientras la tomaba en brazos–. Deduzco que te gusta.

–Mucho –respondió Molly asintiendo con la cabeza muy seriamente, como si fuera una persona mayor encerrada en el cuerpo de una niña.

–Te dejamos en buenas manos –le dijo Kasey a Martha mientras su marido y ella se apartaban con su hijo.

–¡Gracias! –respondió Martha en agradecimiento a la pareja.

–Mamá, ¿qué estás haciendo aquí? –le preguntó Holly.

–Lo mismo que todos. Esperar a que me toque decorar el árbol. El hecho de que no pueda levantarme no significa que esté dispuesta a que me destierren al cementerio de elefantes todavía. Aún me quedan un par de telediarios.

–Lo sé, mamá. No pretendía… –empezó a decir Holly, hasta que fue interrumpida por su sobrina.

Molly, mayor en espíritu que en años, miró horrorizada a su abuela.

–¡No te vayas al cementerio de elefantes, abuela! ¡Por favor, no te vayas! No quiero que te vayas –le dijo.

Entre risas, Holly le dio un beso a su sobrina en la coronilla.

–Nadie va a ninguna parte, monito. Tu abuela estará con nosotras mucho tiempo. ¿Entendido?

La niña parecía estar a punto de echarse a llorar.

Pero de pronto su expresión cambió, y asintió con tanta fuerza que Holly imaginó que iba a rompérsele el cuello. Sin embargo, Molly ni

siquiera se mareó.

Tras evitar la crisis, Holly agarró un adorno en forma de estrella que había en una de las mesas que habían llevado a la plaza. Había mesas en dos lados de la plaza para que todos pudieran tener acceso a los adornos.

–Muy bien, monito, veamos lo alto que puedes llegar –le dijo a su sobrina al ofrecerle el adorno.

Molly examinó la estrella, ladeó la cabeza y contempló el inmenso árbol.

–¿Vas a levantarme? –le preguntó.

–Eso es hacer trampas –respondió Holly. Molly volvió a constreñir la cara y pareció triste.

–No lo es. Soy una niña pequeña. No puedo llegar muy alto sin ti. Por favor, Holly.

–No seas abusona, muñeca –le dijo Ray al reunirse con las tres generaciones que conformaban la familia de su mejor amiga. Se quedó mirando a la niña–. ¿Quieres que te levante yo, Molly?

Molly estaba embobada con Ray desde hacía un mes y sonrió de oreja a oreja al oír la sugerencia.

–Sí, por favor –dijo estirando los brazos con entusiasmo.

Como era de mayor estatura que Holly, Ray podía levantar a la niña más alto y durante más tiempo que ella.

Lo último resultó ser muy necesario, pues resultó que a Molly le costó decidirse sobre la ubicación exacta en la que quería colocar el adorno. Tras cambiar de opinión un total de tres veces, se decantó por una rama.

Cuando la estrella quedó colocada en su lugar, a Ray le permitieron bajarla al suelo.

–Típico de las mujeres. No pueden decidirse –dijo con una carcajada.

–Yo no soy típica –protestó Molly con indignación–. La abuela dice que soy especial.

–Claro que lo eres –convino Holly revolviéndole el pelo a la niña. Después se volvió hacia su madre–. Mamá, ¿quieres colgar tú otro adorno? –le preguntó, dispuesta a seleccionar un segundo adorno de una mesa cercana. Su madre ya había colgado uno en una rama baja mientras esperaba a que Molly colgara el suyo.

Pero Martha prefirió no hacerlo. Estaba allí para observar y para cuidar a su nieta.

–No, estoy bien, cariño. Solo quiero ver a los demás decorar el árbol, si no te importa.

A Holly no le gustaba que su madre se quedase atrás. No era propio de ella. ¿Significaba que le pasaba algo? En vez de preguntarle, y recibir una respuesta negativa porque sabía que su madre odiaba quejarse, intentó abordar el tema de otro modo.

–No me importa –le dijo a su madre–. Pero tienes que colgar al menos un adorno más, mamá. Esas son las normas, ya lo sabes. Si vienes, tienes que colgar –añadió, citando la norma que la señorita Joan supuestamente había impuesto años atrás.

–Le diré una cosa, señora Johnson. Usted elija un adorno y yo la acercaré para que pueda colgarlo un poco más arriba –le ofreció Ray.

Martha asintió.
–Eso me encantaría, Ray.
–Se te dan bien las mujeres Johnson –le dijo Holly en voz baja.
Él le dirigió una sonrisa mientras guiaba la silla de ruedas de su madre hacia las mesas donde se encontraban los adornos.
El árbol no estaría terminado aquel día. Nunca terminaban de decorarlo en un solo día, pero al menos habían empezado con buen pie.
Las escaleras más altas del pueblo, que normalmente estaban guardadas en el granero de Silas Malcolm, habían sido colocadas contra el árbol para que, además de colgar las luces, la gente pudiera decorar la parte superior del árbol.
Holly se echó hacia atrás y vio cómo la gente iba subiendo por turnos a las escaleras para decorar el árbol, hasta que cayó finalmente la noche sobre la plaza y les privó de la luz que tanto necesitaban.
–Esto es todo por hoy –anunció la señorita Joan–. Comenzaremos mañana a primera hora –explicó, más por costumbre que por necesidad, ya que las normas nunca cambiaban.
Igual que tampoco cambiaba el ritual que tenía lugar después.
–Muy bien. Café y tarta para todos –declaró.
Entrelazó el brazo con el de su marido y condujo a todos hacia la cafetería. El café era para todos los participantes de más de quince años. Los menores recibían un vaso de leche para ayudarles a bajar su ración de tarta… o de galletas, si así lo preferían.
–Me encanta esta época del año –le confesó Holly a su madre al colocarse detrás de su silla de ruedas con la intención de llevarla a la cafetería, que estaba situada a escasas manzanas de la plaza del pueblo.
–A mí también –convino Martha, pero su voz sonaba algo cansada. Si le quedaba alguna duda, lo que dijo a continuación confirmó sus sospechas–. Mira, estoy un poco cansada. Y al parecer Molly lo está más aún –Martha señaló a la niña, que estaba dormida acurrucada en su regazo–. Nos vamos a casa.
–De acuerdo –contestó Holly sin protestar, y giró la silla en la dirección contraria.
–No, Holly. Nos vamos Molly y yo, tú no –aclaró su madre–. Quiero que vayas a la cafetería con los demás.
Holly no pensaba dejar que su madre se fuese sola a casa.
–No importa, mamá.
–Sí que importa. Insisto –dijo Martha con firmeza–. Sé lo que estás pensando. No me trates como si fuera una inválida. Soy capaz de llevar a mi nieta a casa y meterla en la cama. No tienes por qué interrumpir tu velada para cuidar de mí.
–Y menos si tiene ayuda –intervino Miguel Rodríguez padre, que quitó a Holly de en medio y agarró los mangos de la silla de ruedas de su madre.
Martha se dio la vuelta y miró a Miguel.
–Miguel, tampoco necesito tu ayuda.
El padre de Ray asintió con comprensión.
–Lo sé –respondió con su voz suave y acentuada–. Pero puede que yo necesite hacer algo caballeroso y esta sería una gran oportunidad. No me

arruines la diversión, Martha. Deja que finja que he venido a rescatarte. Además, así podrás usar ambas manos para sujetar a tu nieta sobre tu regazo en vez de intentar evitar que no se caiga mientras doblas las esquinas.

Martha se rindió con un suspiro.

–Si insistes.

–Sí que insisto –le dijo Miguel, después miró a Holly por encima del hombro antes de empezar a empujar la silla en dirección a la casa de las Johnson. Le guiñó un ojo y se pareció mucho a su hijo pequeño–. Ve a divertirte un poco. No lo haces muy a menudo… y deberías.

–Sabes que tiene razón –dijo Ray, le puso las manos sobre los hombros y la giró hacia la cafetería–. Ya casi nunca te relajas. Recuerdo que de niña te lo pasabas mucho mejor.

–Los niños tienen que pasárselo bien –señaló Holly, pero ya había empezado a caminar en la dirección indicada–. Los adultos tienen que trabajar.

–En eso estoy de acuerdo… en general. Pero en ningún sitio pone que el trabajo tenga que durar las veinticuatro horas del día, y todos los días de la semana. Hasta las máquinas se estropean con ese ritmo.

Holly dejó de caminar y se dio la vuelta para mirarlo un momento. ¿Ya se le había olvidado?

–Hoy me he tomado el día libre –le recordó.

–No es cierto –respondió él. Holly abrió la boca para protestar, pero él habló primero–. No has trabajado todo el día en la cafetería, pero sí que has acabado sudando –señaló–. Eso también es trabajo.

–Hay muchas maneras de acabar sudando que no tienen nada que ver con el trabajo.

A juzgar por la manera de mirarla, Holly supo que Ray le había dado a sus palabras un significado que no era el que ella había pretendido necesariamente.

Sintió que volvía a sonrojarse.

–¿Te sonrojabas tanto cuando eras más joven? –le preguntó Ray en tono de broma–. No lo recuerdo, pero creo que no.

Holly aceleró el paso deliberadamente para adelantarse a él y que no pudiera verle la cara.

–Date prisa, pedazo de tortuga –le dijo–. Vamos, antes de que se acabe la tarta.

–Siempre y cuando lleguemos a la barra antes que el gran Jim Zucoff, no pasará nada –le dijo Ray, que también aceleró el paso–. Ese hombre se comerá cualquier cosa que no se lo coma a él primero, y nunca había conocido a nadie con tanta debilidad por el dulce como el gran Jim.

–La señorita Joan lo tendrá vigilado –le aseguró Holly. A su jefa le gustaba que todo fuese justo y se aseguraba de que nadie estuviera en desventaja. Y era cierto que el gran Jim podía comer más rápido que cualquier otra persona que hubiera conocido–. Recuerda que ya lo hizo el año pasado.

–Pero este año es más grande –señaló Ray con una carcajada–. No creo que haya nada capaz de contenerlo, salvo echarle el lazo y atarlo a un

árbol.

–Bueno, si alguien puede hacerlo, esa es la señorita Joan –respondió Holly, pero en realidad no pensaba en el hombre del que estaban hablando, ni en el café y la tarta de la señorita Joan, ni siquiera en el árbol de Navidad que ella había ayudado a llevar al pueblo.

Daban igual las palabras que salieran de su boca, porque Holly no podía dejar de pensar en aquellos maravillosos segundos durante los cuales el tiempo se había detenido cuando Ray había vuelto a besarla.

Salvo que aquella ocasión, a pesar de no haberlo creído posible, había resultado mucho más íntima y estimulante que la primera vez que Ray la había besado.

A su modo de ver, nada de lo que pudiera encontrar bajo el árbol la mañana de Navidad podría competir con lo que ya había experimentado.

En lo que a ella respectaba, ya había tenido su milagro navideño, y le duraría muchas Navidades más.

Capítulo 11

SENTADA frente a su anticuado ordenador, Holly sentía que le pesaban los párpados. Intentaba mantener los ojos abiertos, pero no era fácil.

Se había levantado temprano, como siempre, para estudiar un poco. Los exámenes se acercaban y tenía que estar preparada si quería conseguir su objetivo de convertirse en enfermera. Sin embargo, levantarse temprano, acostarse tarde, trabajar, estudiar y atender las necesidades de Molly y de su madre suponían un gran desafío.

Aunque no dejaba de repetirse a sí misma que, si no fuera desafiante, si todo aquello fuese fácil para ella, entonces la vida habría sido extremadamente aburrida. Trabajar duramente era algo que iba en su naturaleza, y siempre le habían gustado los desafíos.

Simplemente era algo difícil trabajar tan duramente y tener tantos desafíos. Debía admitir para sí misma que no le habría importado tener menos desafíos de vez en cuando.

–Maldita sea –murmuró en voz baja. Habían vuelto a cerrársele los ojos. Tenía que dejar de hacer eso o suspendería.

A no ser, claro, que encontrara la manera de absorber toda esa información por ósmosis.

Improbable.

–¿Has vuelto a quedarte dormida frente al ordenador?

Holly abrió los ojos al oír a su madre entrar en el pequeño dormitorio que había sido habilitado como su zona de estudio. Pensaba que su madre seguiría en la cama. ¿Cuánto tiempo llevaría dormida?

–No –respondió alegremente, y apretó los labios para evitar bostezar–. Solo estaba descansando los ojos, nada más.

–Ya –murmuró Martha con escepticismo–. Deberías intentar descansar el resto de tu cuerpo de vez en cuando. Si sigues consumiéndote tanto a todas horas, llegará el día en que no puedas más. Lo sabes, ¿verdad?

Holly cerró el ordenador. Era hora de irse a la cafetería a trabajar.

–Claro que sí, mamá –se apartó del ordenador y le dio un beso a su madre en la mejilla antes de levantarse de la silla–. Ahora, si me disculpas, tengo que irme a trabajar.

–¿Por qué no llamas, dices que estás enferma y duermes un poco? –le sugirió su madre.

–Porque la señorita Joan no me paga por estar guapa, mamá –respondió ella–. Me paga por ir a trabajar.

Holly se acercó a la entrada y rebuscó en el armario del recibidor hasta encontrar su chaqueta. La temperatura había bajado en los últimos días y por las mañanas hacía bastante frío. Suponía que, dado que estaban en diciembre, no debía quejarse. Gran parte del país se enfrentaba a

auténticas tormentas de nieve, así que una pequeña bajada de las temperaturas no era nada en comparación.

–Tampoco te paga por estar hecha polvo –señaló Martha.

–¿Quién está hecha polvo? –preguntó Holly, fingiendo confusión.

Martha frunció el ceño.

–No te hagas la tonta, Holly. No se te da bien. Incluso siendo un bebé, siempre estabas alerta, como si entendieras todo lo que estaba pasando.

–¿Y no tendrás cierto prejuicio, mamá? –preguntó Holly riéndose.

Martha levantó la barbilla como si aquello hubiera sido un desafío.

–Claro que no.

–Quizá le des demasiada importancia, tratándose de un bebé, mamá. Incluso aunque ese bebé fuese yo.

Martha suspiró, levantó las manos y se resignó como siempre en lo referente a su hija.

–No sé por qué sigo dándome cabezazos contra un muro. Nunca haces caso a nada de lo que te digo.

–Claro que te hago caso, mamá. Simplemente me reservo el derecho de elegir qué consejos seguir y qué consejos dejar para otra ocasión –respondió Holly con tacto. Ambas sabían que el segundo tipo de consejos no lo dejaba para otra ocasión, sino que lo olvidaba para siempre–. Estaré bien, mamá, de verdad. Por favor, deja de preocuparte. Te prometo que pronto me relajaré un poco.

–Claro, cuando acabes en el hospital de Pine Ridge.

–Siempre tan optimista, mamá –contestó Holly riéndose.

–No. Lo que soy es realista, Holly. Simplemente no puedes seguir así sin que haya consecuencias.

–No pienso seguir así –le prometió Holly. Iba a llegar tarde, pero no podía marcharse si su madre estaba tan disgustada con ella. Tenía que tranquilizarla y hacerle entender que, por el momento, debía mantener ese ritmo durante un poco más de tiempo–. Me graduaré en menos de seis meses, suponiendo que apruebe los exámenes, y con suerte se me abrirán nuevas puertas. Se nos abrirán a todas.

Martha no parecía muy convencida.

–Si para entonces no te has muerto de tanto trabajar.

–No ocurrirá, te lo prometo –contestó Holly con la mano derecha levantada, como si estuviera haciendo un juramento solemne–. No lo permitiré.

Su madre murmuró algo en voz baja sobre que no dependía todo de ella, pero Holly estaba decidida a marcharse cuando todavía tenía ventaja. Quería mucho a su madre, pero Martha Johnson podía matar a una persona de aburrimiento cuando empezaba a hablar de un tema. Y, en ese momento, Holly tenía la energía justa para irse a trabajar y no quedarse dormida.

Tenía todo el día por delante. Si perdía el tiempo discutiendo con su madre, eso le absorbería la energía necesaria para trabajar, para estudiar esa noche y para dedicarle a Molly algo de tiempo.

«¿Y qué pasa contigo? ¿Cuándo tienes tiempo para ti?», preguntó una vocecilla en su cabeza.

Lo que Holly había descubierto sobre las vocecillas era que podía ignorarlas si quería. Era todo cuestión de proponérselo.

–Defiende el fuerte hasta que yo vuelva, mamá –le dijo a su madre antes de volver a darle un beso en la mejilla–. Hablaremos de esto entonces.

–No, no lo haremos –predijo Martha mientras Holly salía de casa.

«De nuevo tienes razón, mamá», pensó ella.

Caminó velozmente hacia la cafetería. Pasó por la plaza y vio el precioso árbol de Navidad, que se alzaba como un enorme centinela. Todos los adornos estaban colgados ya; si no todos con sumo cuidado, al menos sí con sumo cariño.

Sonrió al pasar frente a él. Para ella el árbol era un símbolo de la armonía que existía en Forever. Le encantaba vivir en un pueblo que tuviera tradiciones como aquella. En el fondo de su corazón sentía pena por la gente que vivía en las grandes ciudades, la gente que se cruzaba con sus vecinos por la calle y no tenía idea de quiénes eran.

«Deja las reflexiones profundas para luego, Holly. Si no aceleras el paso, vas a llegar tarde», pensó.

Eso era lo que pasaba por quedarse dormida frente al ordenador. Tendría que volver a repasar esas últimas páginas que se suponía que ya había estudiado. Al intentar recordarlas, se le quedaba la mente en blanco. Si esas páginas caían en el examen, acabaría suspendiendo.

Las sombras le acompañaban por las calles, marcando su camino a medida que avanzaba hacia la cafetería. El amanecer aún no había iluminado el horizonte con los primeros rayos de sol.

Aunque se había prometido a sí misma no hacerlo, Holly miró el reloj. Eran las seis y cinco. No estaba mal para llegar tarde. Sin duda la señorita Joan ya estaría allí. Si no fuera porque sabía que su jefa vivía con su marido en casa de este, habría jurado que la señorita Joan dormía en la cafetería para poder estar allí veinticuatro horas al día los siete días de la semana.

Pero, cuando Holly llegó a la cafetería, descubrió que la puerta estaba cerrada con llave.

Se quedó mirándola sorprendida.

¿Quién lo hubiera pensado? Había superado a la señorita Joan.

Sacó su llave y abrió la puerta. La señorita Joan le había dado su propia llave por si acaso ella llegaba antes, pero ninguna de las dos había pensado nunca que eso pudiera llegar a suceder.

Esperaba que no hubiera pasado nada. Se quitó la chaqueta al entrar, la dejó en el respaldo de una de las sillas y se fue directamente a las cafeteras. Tenía que empezar a preparar el café.

Estaba llenando la última cafetera con agua cuando oyó que la puerta se abría tras ella. Miró por encima del hombro y vio a la señorita Joan en la puerta. La mujer parecía asombrada.

–Me has ganado –dijo.

Aliviada al ver que la señorita Joan parecía estar bien, Holly respondió:

–Tenía que ocurrir alguna vez.

–No, no tenía –replicó su jefa.

–Bueno. Puedo marcharme y volver a entrar –sugirió Holly.

La señorita Joan frunció el ceño mientras dejaba su bolso tras la barra y se quitaba el abrigo.

–No seas condescendiente conmigo, niña.

–No soy condescendiente –protestó Holly–. Solo intento averiguar qué es lo que desea.

–Ni siquiera Dios puede hacer eso –comentó Ray al entrar en la cafetería.

La señorita Joan, que obviamente no esperaba a nadie tan pronto, se dio la vuelta y lo miró.

–Vaya, mira lo que ha entrado por la puerta –murmuró–. Es prácticamente medianoche, al menos para ti. ¿Qué haces levantado tan pronto, chico?

Ray se encogió de hombros, como si no se hubiera dado cuenta de que era el primer cliente de la cafetería, un hecho del que era plenamente consciente.

–Quería empezar temprano el día para variar –le dijo a la señorita Joan sin mirar a Holly. La dueña del local sabía leer la mente y no quería que pensara que estaba allí por Holly. Ni siquiera él se permitía a sí mismo pensar en eso–. Tengo muchas cosas que hacer hoy.

–¿Como por ejemplo sentarte en un taburete y ver la vida pasar? –preguntó la señorita Joan mientras se ataba el delantal–. ¿O has venido para ver trabajar a mi camarera?

–He venido a tomar una taza de café y un fantástico dónut de mermelada de frambuesa –le informó Ray.

La señorita Joan se rio negando con la cabeza.

–Bueno, te diré una cosa, chico. Las mentiras cada vez te salen con más soltura. ¿A ti qué te parece, Holly? ¿Ray miente cada vez mejor?

Las rutinas de primera hora de la mañana eran algo a lo que Holly estaba tan acostumbrada que podía realizarlas medio dormida, cosa que algunas mañanas era una suerte. Pero no podía ir sonámbula si su mañana incluía a Ray. Era consciente de cada movimiento que hacía, igual que de los que hacía él.

–Creo que su café y sus dónuts de mermelada siguen gustándole igual que siempre –respondió ella mientras esperaba a que el pulso volviese a su ritmo normal.

La señorita Joan se quedó mirándolos a ambos.

–Llevas dos años encargándote de los pedidos de dónuts y, si no recuerdo mal, también eres la que prepara las primeras cafeteras de la mañana. Creo que eres tú la que debería recibir los cumplidos de este chico, no yo.

Ray se sentó a la barra en el taburete más cercano a Holly.

–¿El café está preparado ya? –le preguntó.

–Estás de suerte –respondió ella–. La primera cafetera ya está lista –las otras dos estaban en proceso.

Holly sirvió el café en una taza, colocó esta sobre un platito y se la acercó a Ray. Después seleccionó un dónut de mermelada de frambuesa de la caja que habían recibido la noche anterior, lo colocó en un plato y puso el plato en la barra. Depositó la leche al otro lado.

Ray empezó a beberse el café de inmediato. A juzgar por la rapidez, pensó que lo necesitaba para despertarse.

Ray se relajó y la miró con placer. Ya había consumido dos tercios de la taza cuando volvió a dejarla en el plato.

–Me siento como un hombre nuevo –declaró.

–El viejo no tenía nada de malo –contestó Holly sin ni siquiera pensarlo.

Sorprendido, Ray sonrió mientras la señorita Joan soltaba una carcajada.

–Obviamente no sabes juzgar a las personas, Holly –comentó la dueña–. Pero ya aprenderás –se volvió entonces hacia Ray–. ¿Qué tal van los preparativos de la boda?

Sobresaltado, porque claramente tenía la mente en otra parte, Ray miró a la mujer con cierto nerviosismo.

–¿Qué boda?

–La boda de tu hermano Mike –especificó la señorita Joan mirándolo fijamente–. No se habrá cancelado, ¿verdad?

Claro que estaba hablando de la boda de Mike. ¿A qué otra boda iba a referirse? Desde que había besado a Holly, su cerebro le jugaba malas pasadas y le hacía plantearse cosas sobre las que nunca antes había pensado.

–No –respondió. Después se aclaró la garganta y repitió la palabra con más convicción–. No. Que yo sepa, sigue en pie.

–¿Y qué más sabes? –preguntó la señorita Joan con una extraña sonrisa en los labios. Una sonrisa que le hizo encogerse por dentro.

–¿Sobre la boda? –preguntó Ray, sin saber si seguían hablando del mismo tema.

La señorita Joan suspiró y negó con la cabeza.

–No, sobre cuánto viven los osos panda. Claro que sobre la boda. ¿Piensan invitar a todo el pueblo o han entrado en razón y decidido fugarse para casarse? –miró entonces a Holly–. Fugarse es la mejor manera. Solo tú, tu prometido y el Señor… y el cura, claro.

Holly no dijo nada, pero le parecía buen plan. Cualquier cosa le parecía buen plan, siempre que incluyese a Ray.

Ray se rio con la sugerencia de la señorita Joan.

–Bueno, sé que a Mike le gustaría mucho esa idea, pero teniendo en cuenta que Samantha apenas tiene familia, creo que le gusta la idea de tener una gran boda llena de gente. Y a Mike le gusta verla feliz, así que sí, invitarán a todo el pueblo a la boda.

La señorita Joan se sirvió una taza de café, se apoyó en la barra y miró a Ray intensamente.

–¿Algo más?

Él no sabía dónde quería llegar con todo aquello, o si acaso tenía algún destino en mente. Hacía tiempo había descubierto que, con la señorita Joan, nada era lo que parecía ser.

–¿Como qué? –preguntó inocentemente.

–Como si vas a formar parte de la comitiva de la boda –sugirió Holly.

–¿Yo? Dios, no –contestó él–. Eso significaría que tendría que ponerme un traje de mono.

–Siempre podrías llevar ese precioso traje que llevas puesto –dijo la señorita Joan señalando la chaqueta de piel de oveja, la camisa y los vaqueros gastados que llevaba en aquel momento.

Pero Holly tenía una pregunta muy seria en mente.

–¿Quieres decir que no soportarías un poco de incomodidad por el bien de tu propio hermano?

Ray se puso a la defensiva.

–Oye, tampoco es que sea mi único hermano. Y no dirías «un poco de incomodidad» si hubieras tenido que soportarlo como yo en la última boda, cuando Rafe se casó con Val. O la anterior, cuando Angel y Gabe hicieron lo mismo –recordó.

Ahora que había empezado, era como si se hubieran abierto las compuertas de una presa.

–Y luego estaban Eli y Kasey. Y Alma y Cash lo empezaron todo cuando se casaron –él había estado allí por sus cuatro hermanos. Eso, a su modo de ver, era mucho más de lo que le exigía el deber–. Tal como yo lo veo, he cumplido mi condena.

–¿Así que vas a dejar tirado a Mike? –preguntó Holly.

A juzgar por cómo lo dijo parecía una acusación. En vez de ofenderse, Ray se limitó a encogerse de hombros.

–Tampoco es que vaya a echarme de menos –respondió.

–Claro que sí –dijo Holly–. Os he visto juntos. Os hacéis los duros, como si no os importara el resto de vuestra familia, pero en el fondo eso no es cierto y lo sabes. Todos os queréis y estaríais dispuestos a ir a la tumba defendiendo a los demás.

Ray se puso en pie.

–Tengo que irme antes de que empieces a cobrarme por esta sesión de psicoanálisis –declaró mientras buscaba el dinero en el bolsillo. Sacó varios billetes y los dejó sobre la barra.

–Quédatelo –dijo la señorita Joan devolviéndole el dinero–. Invita la casa. Vas a necesitar el dinero para alquilarte ese precioso traje de mono del que te quejabas.

Tras unos instantes, Ray recogió los billetes y volvió a guardárselos en el bolsillo.

–Gracias –murmuró.

Holly se dio cuenta de que no se había molestado en negar lo que la señorita Joan había dicho. Parecía que Ray iba a formar parte de otra comitiva nupcial. Lo que significaba que ella tendría otra oportunidad de verlo más guapo que cualquier otro hombre sobre la tierra.

No se dio cuenta de que estaba sonriendo mientras seguía trabajando.

Pero la señorita Joan sí.

Capítulo 12

CUANDO la puerta de la cafetería se cerró tras Ray, la señorita Joan se volvió hacia Holly.

–Bueno, como parece que lo tienes todo bajo control, voy a repasar las hojas de pedido –le dijo–. Si me necesitas, estaré en mi despacho.

Holly asintió. Trabajaba más deprisa cuando estaba sola.

–De acuerdo. Yo tengo muchas cosas que hacer aquí.

Oyó que la puerta de entrada volvía abrirse un par de minutos más tarde.

–¿Se te ha olvidado algo? –preguntó sin molestarse en darse la vuelta. Había dado por hecho que Ray habría vuelto a la cafetería por alguna razón.

Debería haber sabido que no era él cuando el vello de la nuca no se le puso de punta como sucedía siempre que estaba cerca.

–Sí –dijo una voz de mujer–. Se me ha olvidado cómo son mis pies –las palabras fueron acompañadas de un suspiro profundo.

Sobresaltada, Holly se dio la vuelta y vio a Alma acercarse a la barra con el paso de un caracol con artritis. Holly miró el reloj de manera automática.

–Llegas temprano –comentó. A lo largo de los dos últimos meses, Alma se había acostumbrado a pasarse por allí cada mañana a la misma hora para pedir un té de hierbas para llevar. Pero normalmente aparecía más cerca de las nueve, no de las siete.

–Lo sé –contestó Alma con la mano en la espalda–. Pensé que, si me presentaba temprano en la oficina del sheriff, podría marcharme también temprano.

–¿Para irte a casa, poner los pies en alto y estar más cómoda? –sugirió Holly mientras regresaba a la barra para preparar el té de la ayudante del sheriff.

Alma soltó una carcajada breve y sarcástica.

–Holly, estoy embarazada de ocho meses y medio y llevo dentro un elefante gigante. No hay ninguna postura en la que me encuentre cómoda sin que antes haya perdido el conocimiento.

Holly le dirigió una sonrisa comprensiva.

–Te compadezco. ¿Lo de siempre? –preguntó mientras agarraba la jarra de agua caliente.

–Lo de siempre –confirmó Alma mientras intentaba sentarse en un taburete y redistribuir su peso para encontrar el equilibrio. Pero se le desencajaron los ojos antes de que pudiera sentarse–. Hablando de lo de siempre –comentó con un profundo suspiro–. Parece que tengo que ir otra vez al cuarto de baño. Creo que debería elegir un retrete y hacer que me

envíen todo el correo allí. Es como si tuviera que ir cada tres minutos y medio. O el niño o la niña se pasa el día encima mi vejiga o mi vejiga ha encogido hasta tener el tamaño de un guisante.

–Puede que sea un poco de las dos cosas –especuló Holly–. Deduzco que aún no sabes si vas a tener un niño o una niña.

Alma negó con la cabeza.

–Quiero sorprenderme –dijo mientras comenzaba su andadura hacia la parte de atrás de la cafetería, donde se encontraban los baños.

–Bueno, tú tienes mucha más fuerza de voluntad que yo, Alma –reconoció Holly–. Si fuera yo, querría saberlo.

–A mí me gustan mucho las sorpresas –contestó Alma con una sonrisa cansada antes de fruncir el ceño–. Mejor ponme un té extragrande, Holly. Necesito algo que me asiente el estómago. Desde ayer por la mañana me siento muy mareada.

–Tal vez debas ir al médico –sugirió Holly.

–Voy esta tarde. Cuando acabe mi turno –le informó Alma antes de desaparecer al doblar la esquina–. Hasta entonces, necesito té.

–Marchando un té gigante, agente –gritó Holly mientras buscaba bajo la barra uno de los vasos extragrandes que la señorita Joan guardaba allí.

Lo colocó sobre la barra, sacó dos bolsitas de té del bote y las metió en el vaso. Después lo acercó a la jarra y vertió el agua caliente con cuidado.

Mientras se preparaba la infusión, volvió a lo que estaba haciendo para preparar la cafetería para la clientela de la mañana, que comenzaría a llegar en una hora.

Habían pasado casi diez minutos cuando se acordó del té.

Al hacerlo, frunció el ceño. El té estaba más oscuro de lo que Alma solía beberlo. Claro que, al haberlo pedido más grande de lo normal, tal vez no le importase que el té estuviese más fuerte.

–Espero que te guste fuerte, Alma –dijo Holly, dando por hecho que Alma se habría parado a mirar algo en la parte de atrás después de salir del cuarto de baño. Al no obtener respuesta, miró por encima del hombro–. ¿Dónde estás?

«Tal vez deba ir a ver cómo está», pensó con cierta preocupación.

Rodeó la barra, se dirigió hacia la parte de atrás y esperó encontrarse con Alma en cualquier momento.

Pero, cuando llegó a la puerta del baño, la ayudante del sheriff aún no había salido.

Ladeó la cabeza, aguardó un segundo y escuchó con atención por si oía algún movimiento al otro lado de la puerta.

No se oía nada.

Empezaba a ponerse nerviosa. Alma estaba tardando demasiado. Algo no iba bien.

–Alma, ¿estás ahí? –preguntó.

No hubo respuesta.

¿Por qué?

Sabía que Alma no podría haberse marchado sin que ella se diese cuenta. Solo había una salida, y la ayudante del sheriff tendría que haber pasado frente a la barra para abandonar el establecimiento. Tampoco es

que el local estuviese lleno de gente.

¿Habría ido a ver a la señorita Joan por alguna razón? La mujer era su suegra, así que tal vez quisiera hablar de algo con ella.

Pero, a pesar de ser una excusa convincente, sentía que no era eso.

Algo iba mal, lo sentía en los huesos.

–¿Alma? –preguntó de nuevo–. Voy a entrar, ¿de acuerdo?

Empezó a abrir la puerta muy lentamente para darle a Alma la oportunidad de decirle que se quedase fuera. Al no oír nada, abrió la puerta del todo.

Y fue entonces cuando la vio.

Alma estaba tirada en el suelo boca abajo. Parecía estar inconsciente. ¿Se habría desmayado?

Por un segundo pensó en salir corriendo a buscar ayuda, pero no podía moverse. Tal vez hubiera pasado ya demasiado tiempo y aquella fuese una de esas ocasiones en las que cada segundo era crucial. Esa idea hizo que se quedara pegada al suelo.

En vez de abandonar a Alma, gritó:

–¡Necesito ayuda!

Se arrodilló frente a la embarazada y entonces se dio cuenta de que estaba arrodillándose sobre algo húmedo.

Alma había roto aguas.

Le puso la mano en el hombro e intentó despertarla.

–¿Alma? Alma, ¿puedes oírme? –preguntó angustiada–. Alma, soy Holly. ¿Puedes decirme qué ha ocurrido?

Dado que Alma estaba boca abajo sobre el suelo, lo único que Holly pudo ver fue un párpado agitándose ligeramente. Fue suficiente para darle esperanzas.

–Eso es, Alma. Despierta. Puedes hacerlo. Vamos, intenta incorporarte.

Holly le pasó un brazo por debajo del hombro y oyó entonces su grito de dolor.

Alma abrió los ojos de golpe.

–No puedo. Es… el bebé… Estoy… de parto –explicó entre gritos.

–Tengo que llevarte al médico –le dijo Holly intentando no entrar en pánico. Se trataba de un proceso natural, ¿no? Las mujeres llevaban siglos dando a luz, con o sin ayuda.

Pero, cuando intentó mover a Alma, la mujer se aferró a su brazo para intentar impedírselo.

–No. No puedo… no puedo.

–De acuerdo, no tienes que levantarte –dijo Holly mientras se ponía en pie–. Voy a ir a llamarle para que venga…

No tuvo ocasión de terminar la frase, porque Alma le agarró la muñeca con fuerza.

–No… Quédate… por favor –le rogó–. Ya… Viene… ¡Ya! –exclamó con los dientes apretados.

Holly tomó aliento. Aquello no iba bien.

–De acuerdo, me quedaré, Alma. Me quedaré –le prometió. E intentó centrarse con gran esfuerzo–. Y no te preocupes. En realidad no es la primera vez que hago esto. Yo traje a Molly al mundo.

Por un segundo recordó el caos de aquella noche, con su hermano dándole órdenes y su novia gritando y llorando. Y allí estaba ella, en el ojo del huracán, rezando para hacerlo todo bien.

Molly había nacido en cuestión de minutos y todo había salido bien.

–Jill se puso de parto tres semanas antes de lo esperado y tampoco hubo tiempo de llevarla al médico. Y ahora sé más de lo que sabía entonces porque estoy estudiando Enfermería, así que todo saldrá bien. Confía en mí.

Estaba haciendo todo lo posible por tranquilizar a Alma, pero al parecer no estaba consiguiéndolo. Alma seguía asustada.

–Pero, Alma, voy a necesitar la mano –le dijo Holly amablemente. La ayudante del sheriff no pareció registrar sus palabras–. Suéltame la muñeca, Alma.

Finalmente, Alma abrió la mano y se clavó los dedos en sus propias palmas. El dolor estaba a punto de hacer que se desmayara.

–Lo siento… –murmuró.

–No tienes nada que sentir –le aseguró Holly–. Lo entiendo.

Se quitó el delantal e intentó colocarlo debajo del cuerpo de Alma. Desde aquella nueva posición, podía verle mejor la cara. Tenía un corte abierto justo encima del ojo derecho. No resultaba difícil imaginar lo que había sucedido. Alma debía de haberse golpeado la cabeza con el lavabo al desmayarse.

Pero en aquel momento eso era algo poco importante. La prioridad era traer al bebé al mundo sano y salvo.

–Esto… es… horrible –gimió Alma.

–Acabará pronto, te lo prometo –le dijo Holly.

Con determinación, le levantó la blusa y le quitó los pantalones elásticos que llevaba puestos.

–Aquí empieza a ser personal, Alma –murmuró–. Pero, como te he dicho, acabará pronto –«aunque a ti no te lo parecerá», añadió para sus adentros.

Nada más echar un vistazo tuvo claro que el bebé empezaba a asomar la cabeza y que además iba a nacer aunque ninguna de las dos estuviera preparada para el parto.

–Muy pronto –le dijo.

–¿Holly? –preguntó Alma con incertidumbre.

Solo con oír su nombre, Holly supo lo que Alma estaba preguntándole.

–El bebé ya viene, Alma. Necesito que presiones hacia abajo y empujes –le pidió–. Yo me encargaré de sacarlo –Alma soltó un alarido al sentir el dolor desgarrador–. De acuerdo, esa parte la dominas. ¡Ahora empuja! –ordenó Holly con voz de hierro.

En ese momento se abrió la puerta a sus espaldas.

–He oído eso desde el otro lado de la cafetería. ¿Qué diablos está pasando…? ¡Dios mío! –exclamó la señorita Joan al ver a su nuera tirada en el suelo del cuarto de baño y darse cuenta de lo que eso significaba–. Alma, cariño, ¿estás bien?

–Está bien, señorita Joan –le dijo Holly intentando sonar tranquila–. Está a punto de ser abuela. Si no está muy ocupada, ¿podría ponerse

detrás de ella y sujetarle los hombros?

Por primera vez en su vida, la señorita Joan pareció indecisa.

–Iré a buscar al médico…

–No hay tiempo –respondió Holly con impaciencia–. Que vaya otro. Necesito que se coloque detrás de Alma, señorita Joan. ¡Ahora!

Sin decir nada más, la señorita Joan obedeció. Salió del baño, llamó a la única persona que había en la cafetería, Angel, y la envió a buscar al médico. Volvió a entrar al cuarto de baño, se arrodilló detrás de su nuera y le apoyó los hombros contra su cuerpo para incorporarla un poco.

–Muy bien, Alma –dijo Holly–. Ahora vuelve a empujar. Con más fuerza.

–Ya… empujo… con más… fuerza.

–¡Otra vez! –ordenó Holly.

Segundos más tarde se oyó otra voz mucho más aguda en el cuarto de baño.

Llorando.

–Es una niña. ¡Es una niña preciosa! Tienes una niña, Alma –dijo la señorita Joan entre sollozos.

Holly, que tenía al bebé en brazos, se lo entregó a su abuela.

La señorita Joan estaba temblando cuando tomó a la niña en brazos.

–Perfecta –declaró sin apartar la mirada de su nieta.

Holly se echó hacia atrás sobre sus talones y respiró profundamente. Aquella había sido la experiencia más excitante que había vivido en mucho tiempo. Recordaba la emoción de tener a Molly en brazos tras asistir el parto. Era una sensación embriagadora.

Comenzó a levantarse.

–Voy a por un cuchillo para cortar el cordón –le dijo a Alma.

Tuvo una sensación de *déjà vu* al ver que Alma le agarraba la muñeca de nuevo y ponía cara de dolor.

–Holly –dijo la ayudante del sheriff con una mezcla de sorpresa y certeza al mismo tiempo–. Aún no he acabado. Voy a tener gemelos.

Holly volvió a apoyarse sobre los talones y estuvo a punto de preguntarle de qué estaba hablando, pero de pronto ya no hizo falta. Volvió a ponerse en el suelo junto a Alma y vio que había otra cabeza asomando.

¿Gemelos?

–¿Qué sucede? –preguntó la señorita Joan. Desde su posición, detrás de Alma, no podía ver lo que sucedía.

–Cash y yo no se lo habíamos dicho a nadie. Queríamos que… fuera nuestro… secreto…

–Sí que te gustan las sorpresas –murmuró Holly–. ¡De acuerdo, aquí viene el número dos! –anunció–. Ya sabes cómo va esto, Alma. ¡Empuja!

Alma obedeció y empujó.

Holly le ofreció todo el aliento que pudo y le dijo que empujara a intervalos regulares. Tras soportar los minutos más largos de su vida, se encontró a sí misma ayudando a traer al mundo al segundo nieto de la señorita Joan.

El grito de Alma no fue nada en comparación con el grito que había hecho que la señorita Joan fuese corriendo al cuarto de baño.

Holly sujetó al bebé contra su pecho y experimentó un calor recorriendo su cuerpo que poco tenía que ver con la temperatura del recién nacido.

–Es un niño, Alma –anunció–. Tienes uno de cada –con todo el cuidado que pudo colocó al bebé en brazos de su madre–. No te ofendas, Alma, pero sinceramente espero que ya hayas terminado por hoy –agregó.

Pero no hubo más sorpresas.

Por segunda vez, Holly se dispuso a ponerse en pie. Al contrario que la primera vez, en esa ocasión lo consiguió.

–Voy a por trapos limpios para envolver a los bebés –les dijo a Alma y a la señorita Joan.

Dudaba que alguna de las dos la hubiese oído, pero no importaba, porque estaban ambas muy ocupadas en otros asuntos, pensó con una sonrisa mientras salía del cuarto de baño.

Y se dio de bruces contra Ray.

–¿Qué diablos te ha pasado? –le preguntó él al ver el estado de su uniforme.

Por primera vez desde que lo conocía, no se había disparado su *Raydar*, como llamaba a su capacidad para sentir su presencia siempre que él andaba cerca.

–Acabo de recibir una llamada de Cash diciéndome que Alma no contestaba al móvil y el sheriff ha dicho que debería haber llegado hace media hora. Sé que primero pasa por aquí a por su té, así que quería preguntarte si la habías visto.

Pronunció las palabras apresuradamente mientras contemplaba la sangre de su uniforme.

Holly asintió con la cabeza.

–Ahora mismo Alma se encuentra en el lavabo.

–¿Está bien? –preguntó Ray al tener la sensación de que aquella sangre no era de Holly.

Holly tomó aliento e intentó calmarse.

–Ahora sí. Ah, por cierto, enhorabuena –dijo con una sonrisa–. Eres tío.

Que él supiera, Alma no salía de cuentas hasta dos semanas más tarde. El médico había calculado que el bebé nacería justo después de Navidad.

–¿Qué? –le preguntó a Holly.

–Alma acaba de dar a luz a su bebé –explicó ella lentamente–. A sus bebés.

Ray aún estaba procesando la primera parte de la frase.

–¿Aquí?

Ella asintió. Abrió un cajón situado a un lado y sacó varios trapos limpios.

–No podían esperar.

–Espera… ¿Qué? ¿Podían? –repitió Ray, claramente confuso. Se quedó mirando a Holly, intentando decidir cuál de los dos había perdido la cabeza–. ¿Qué quieres decir con que no podían esperar? ¿Quiénes?

–Tu sobrino y tu sobrina. Alma ha tenido gemelos –le dijo a Ray–. Parece que Cash y ella se lo tenían guardado. Solo lo sabían el médico y ellos. Por cierto, ¿dónde está el médico? La señorita Joan había enviado a alguien a buscarle.

Pero Ray no parecía estar haciéndole caso. Se había quedado parado al oír la palabra «gemelos». Nunca antes le había visto quedarse pálido.

Capítulo 13

–¿GEMELOS? –repitió Ray–. ¿Dos bebés? –se quedó mirándola como si acabara de decirle que habían llegado los extraterrestres de Marte–. ¿Estás segura?

Era asombroso que los hombres cuestionaran ciertas cosas. ¿Acaso pensaba que no sabía contar?

–Los he traído al mundo uno detrás de otro, así que sí, estoy segura. ¿Cómo llamarías tú a dos bebés que nacen con pocos minutos de diferencia?

–Una sorpresa –respondió Ray automáticamente–. Oh, Dios mío. Cash no sabe que ha dado a luz ya, ¿verdad?

–No. A no ser que haya una cámara oculta en el lavabo de señoras. ¿Puedes ir a buscarlo? –le preguntó ella–. Y ya de paso averigua por qué el doctor Davenport tarda tanto. Iría yo, pero ahora mismo estoy un poquito agotada –confesó.

–Soy un idiota –se dio cuenta Ray en ese instante. Se había quedado tan sorprendido por la noticia y tan preocupado por su hermana que había ignorado que Holly había ayudado a Alma cuando esta más lo necesitaba–. ¿Quieres algo? –preguntó. Miró a su alrededor para ver qué podría ofrecerle, pero no estaba muy familiarizado con la cafetería más allá de la zona de la barra.

Holly se quedó sorprendida y conmovida por la pregunta de Ray. Le quitó importancia, aunque en el fondo le hacía ilusión.

Probablemente Ray no supiera lo dulce que estaba siendo, pero no importaba. Ella lo sabía, y eso era lo único que importaba.

–No, estoy bien –le dijo–. Alma ha hecho todo el trabajo duro. Yo solo le he dado instrucciones. Pero, si pudieras traer al médico y a Cash, eso aseguraría el bienestar de Alma en todos los aspectos. Parece estar bien, pero oírselo decir al doctor Davenport hará que se sienta mejor.

Ray asintió y se dirigió hacia la puerta, pero, antes de salir, se dio la vuelta y regresó junto a ella.

Sorprendida, Holly lo miró con incertidumbre.

–¿Ocurre algo?

–No, nada –entonces la agarró por los hombros y le dio un beso en los labios–. ¡Eres la mejor! –declaró con entusiasmo.

Después la soltó y salió por la puerta mientras a ella el corazón amenazaba con salírsele del pecho.

Si antes no le temblaban las rodillas, ahora sin duda lo hacían.

Antes era debido a la tensión. Cierto que sabía lo que hacía y, gracias a sus estudios y al parto de Molly, tenía más experiencia que cualquier persona normal a la hora de ayudar a una mujer en el doloroso proceso de

dar a luz. Pero siempre existía el peligro de que algo saliese mal, de que entrase una variable imprevista en la ecuación.

Sin embargo, ahora las rodillas le temblaban como si fueran de mantequilla porque Ray acababa de besarla y le había dicho que era la mejor.

Sabía que la razón por la que había ocurrido era que Ray se sentía aliviado de que su hermana estuviera bien y agradecido porque ella hubiera ayudado a Alma en vez de venirse abajo como podría haberle pasado a cualquier otra persona, sobre todo al tener que traer al mundo a dos bebés, no solo a uno.

Pero, fuera cual fuera la razón, la había besado y había dicho esas palabras mágicas. Palabras que hacían que se sintiera especial, aunque solo fuera por unos segundos.

–¿Se te ha olvidado dónde guardamos los trapos, niña? –preguntó la señorita Joan, que de pronto había aparecido junto a ella. Sobresaltada, y aún eufórica, Holly se quedó con la boca abierta–. ¿Estás bien? Creí que te habías ido a comprar los trapos a la tienda.

–Estoy bien –se apresuró a asegurarle Holly, y después explicó por qué no había regresado–. Ray ha estado aquí. Venía buscando a Alma. Le he enviado a buscar a Cash y a ver qué pasa con el médico.

–Bien pensado. Yo iré a por los trapos, tú haz compañía a Alma y a los bebés –contestó la señorita Joan señalando hacia el cuarto de baño.

–No. Yo me encargo –insistió Holly–. Usted vuelva con Alma para ver a sus nietos.

Imaginaba que su jefa se daría la vuelta y volvería a entrar en los lavabos, pero, en su lugar, la mujer se quedó mirándola y, en un momento de ternura inesperada, le dio un beso en la mejilla.

Cuando Holly se quedó mirándola, asombrada, murmuró:

–Gracias.

–Como acabo de decirle a Ray, Alma ha hecho todo el trabajo.

–Pero tú le has explicado cómo –señaló la señorita Joan. Acto seguido se dio la vuelta y desapareció en dirección al lavabo.

Como si de pronto hubiera salido de un trance, Holly corrió hacia el armario para buscar los trapos.

Un minuto más tarde entró Cash, corriendo como si estuviera intentando huir de una estampida de ganado.

–¿Dónde? –preguntó estresado al ver a Holly.

–En el lavabo –respondió ella señalando con la mano.

En cuanto Cash desapareció para ir a conocer a su nueva familia, Ray y Angel regresaron con el único médico del pueblo.

–Perdón –se disculpó Dan–. Estaba tratando el brazo roto de Zack Riley y no podía dejarlo así. Necesito otro médico que me ayude –le dijo a Holly–. ¿Dónde está mi paciente? ¿O debería decir pacientes?

–Alma y los bebés están en el lavabo. Cash y la señorita Joan también.

–Parece que tendré que entrar con calzador –comentó el médico mientras caminaba en dirección a los lavabos.

–¿Doctor? –le dijo Holly. Cuando el médico se detuvo y la miró por encima del hombro, ella le entregó los trapos que había sacado del

armario–. Puede que quiera llevarse esto. Ahora mismo los bebés están envueltos en delantales.

Dan aceptó los trapos.

–Eres una joven muy resuelta, Holly Johnson –le dijo con admiración en la mirada.

Ella se encogió de hombros, como si quisiera quitarle importancia al cumplido. Estaba acostumbrada a mantenerse al margen, en un segundo plano, a no destacar por nada.

–Cuando hay una urgencia, tienes que apañártelas como puedas –contestó a modo de justificación.

Dado que en el lavabo no se oía ningún ruido, Dan se permitió una pausa más larga.

–Ray me ha dicho que estás estudiando para ser enfermera y que terminarás el curso en seis meses. ¿Es cierto?

A Holly le sorprendió que Ray hubiera prestado tanta atención a lo que ella le había contado. Normalmente sus conversaciones iban sobre él o sobre la nueva mujer que hubiese despertado su interés. En las raras ocasiones en las que la conversación giraba en torno a ella, Holly daba por hecho que lo que decía le entraba por un oído y le salía por el otro.

–Así es –respondió ella, negándose a dejar volar su imaginación.

Dan sonrió. Parecía que por fin iba a tener algo de ayuda.

–Puedes contar esto como prácticas. Estaré encantado de escribirte una carta de recomendación y, si necesitas más experiencia para graduarte, ven a verme luego y ya se nos ocurrirá algo. Me vendría bien una buena enfermera en la clínica.

Holly se quedó mirándolo. Se habría pellizcado a sí misma, pero no quería correr el riesgo de despertarse.

–Lo haré –le dijo, como si de pronto estuviera completamente recargada de energía y pudiera seguir haciendo cosas durante horas.

Ray le dirigió una sonrisa y levantó los pulgares mientras seguía al médico hacia el lavabo.

Si Holly pensaba que tendría más tiempo para saborear aquel nuevo cambio en su vida, se dio cuenta de que estaba equivocada. Tras ella, oyó el ruido de la gente entrando en la cafetería. Gente hambrienta que empezaba su día desayunando en la cafetería de la señorita Joan.

Se dio la vuelta para ver las caras de las personas que entraban y buscó entre ellas a Angel o a Eduardo, la cocinera y el cocinero de la señorita Joan. Con energía o sin ella, Holly sabía que no iba a poder tomar pedidos y servir a los clientes después de haber cocinado primero esos mismos pedidos.

Cuando vio entrar a Eduardo, prácticamente lo agarró del brazo y tiró de él hacia la cocina.

–Oh, gracias a Dios.

El cocinero, que llevaba peleándose verbalmente con la señorita Joan más de lo que cualquiera pudiera recordar, la miró y se rio.

–Muchas mujeres me han dicho eso al verme, pero me temo que eres un poco joven para mi gusto.

–Y tú demasiado joven para el mío –respondió ella–. Pero esta mañana

estamos escasos de personal y necesito que lleves la cocina.

–¿Acaso no hago eso siempre? –preguntó él mientras abría las puertas de la cocina–. Por cierto, ¿dónde está la gruñona de nuestra jefa?

Por el momento, Holly pensó que lo mejor sería no decir nada sobre lo que había ocurrido en el lavabo de señoras.

–Está en la parte de atrás –se limitó a decir–. Ocupada. Ahora mismo solo estamos tú y yo para encargarnos de todo.

–Ah –contestó Eduardo con placer en la mirada–. Bien –declaró con un guiño antes de desaparecer en la cocina.

Holly estiró los hombros, se preparó para tener un día muy largo y fue a atender a la mesa situada al otro extremo del local.

Holly empezaba a sentir que el día no iba a acabar nunca.

La señorita Joan acabó saliendo a ayudar en la cafetería, después de que se llevaran a Alma y a los gemelos a Pine Ridge para que los examinaran debidamente.

Sabiendo que, a pesar de su actitud, la señorita Joan estaba preocupada por Alma y por los bebés, Holly le dijo que podía irse con su nuera. Como era de esperar, su jefa se negó.

–Ahora mismo necesitan estar a solas, aunque estar a solas es lo que les ha llevado a esto –comentó la señorita Joan con una sonrisa. Tomó aliento y miró a su alrededor–. Veo que has sabido defender el fuerte bastante bien.

–No tenía otra opción –respondió Holly mientras llevaba corriendo tres pedidos de tortitas y zumo–. Además, Eduardo está ayudándome, así que no es tan malo como podría ser –si hubiera tenido que cocinar ella, las cosas tal vez hubieran ido más lentas.

–¿Dónde está Laurie? –preguntó la señorita Joan, mirando a su alrededor por segunda vez. Laurie tenía que trabajar también aquella mañana.

–Llamó para decir que iba a llegar tarde –contestó Holly sin mirarla.

Su jefa se quedó mirándola fijamente.

–No ha llamado, ¿verdad?

Holly frunció el ceño. Si había algo que odiaba más que mentir era que la pillaran mintiendo.

–No –admitió–, pero llegará. Siempre aparece.

–Deja que te dé un consejo muy importante –dijo su jefa, le pasó un brazo sobre los hombros e hizo que se detuviera un instante–. Nunca juegues al póquer, niña. No tienes buena cara de póquer.

Aún con la bandeja llena en las manos, Holly asintió.

–Intentaré recordarlo –contestó–. Pero ahora mismo estoy ocupada intentando recordar quién quiere qué en la mesa cuatro.

–No importa. Ese tío del bigote que hay en la cocina puede hacer que hasta una bota sepa bien. Y, si alguna vez le dices que he dicho esto, te despido, ¿de acuerdo?

–Entendido –le aseguró Holly.

–Muy bien. Ahora vuelve al trabajo.

–Eso era lo que pretendía, señorita Joan. Eso era lo que pretendía –murmuró Holly en voz baja mientras se dirigía hacia la mesa cuatro.

Sentía como si hubiera estado trabajando sin parar durante todo el día. Sumado a eso, en un momento dado, la señorita Joan la había dejado al cargo y se había ido con Harry a visitar a Alma al hospital de Pine Ridge.

Habían decidido que sería mejor que Alma pasara la noche en el hospital, donde estaría bien atendida, antes de comenzar su vida como madre de gemelos, cosa que algunos definían como lanzarse a un río revuelto en barca y sin remos.

Tras llamar a su madre para decirle que acostara a Molly porque ella todavía tardaría algunas horas en llegar, Holly se quedó también al tercer turno después de haber hecho los dos primeros.

Su torrente de adrenalina se había agotado por completo cuando por fin terminó la jornada aquella noche. Arrastrando los pies uno detrás del otro, se acercó a la puerta y cerró. Una vez hecho todo, suspiró aliviada.

Justo cuando se dio la vuelta, oyó que alguien llamaba a la puerta. Una parte de ella quiso fingir que no lo había oído y seguir andando hasta llegar al despacho.

Pero iba en contra de su naturaleza darle la espalda a alguien. Así que, a pesar de que las demás camareras y los cocineros se hubieran marchado y solo quedara ella en la cafetería, Holly se dio la vuelta para volver a la puerta. Dispuesta a dejar entrar a aquella ave nocturna, pensaba advertirle a la persona que lo único que tenían disponible era medio pastel y los restos del café.

Cuando vio a Ray de pie al otro lado de la puerta, se le aceleró el pulso como siempre, pero no por la razón habitual. Ray había estado ausente casi todo el día, en el hospital con el resto de su familia. Que estuviera allí solo podía significar una cosa.

–¿Les ha ocurrido algo a Alma o a los bebés? –preguntó casi sin aliento mientras abría la puerta para dejarle entrar.

Ray la miró de manera un poco extraña cuando entró.

–No, que yo sepa. ¿Por qué?

Holly se quedó mirándolo perpleja.

–Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

Él se rio.

–Pensé que tal vez la mujer del momento quisiera que la llevaran en coche a casa. Imagino que habrás estado sin parar un instante desde las seis de la mañana.

–Desde las cinco –especificó ella–. Llevo levantada desde las cinco –le parecía que había pasado una eternidad–. Pero ya no llevo la cuenta –dejó de moverse y se quedó mirándolo de nuevo, tan sorprendida como hacía un segundo, cuando le había dicho el motivo por el que estaba allí–. ¿De verdad has venido para llevarme a casa?

–Claro –respondió él–. ¿Por qué no? Eres mi mejor amiga –le recordó–. Y hoy has hecho mucho más de lo que haría cualquier mejor amiga –añadió con una gran sonrisa–. Así que quería hacer algo por ti a cambio.

Mientras suspiraba, Holly se permitió relajarse por un instante y sentir el peso del cansancio. Le parecía interminable.

–Agradezco la oferta –le dijo–. Porque, ahora que he dejado de moverme, siento que estoy agotada –confesó. Pero, incluso aunque Ray acabara de decir que simplemente estaba devolviéndole el favor, sintió que tenía que hacer algo a cambio por él por ser tan considerado–. ¿Quieres algo de postre y un café? –preguntó señalando el pastel cubierto de chocolate que seguía en la vitrina.

Ray asintió con entusiasmo.

–Pastel y café suena bien, siempre que tú te lo tomes conmigo.

Holly estuvo a punto de poner pegas como tenía por costumbre, pero entonces lo pensó mejor. Al fin y al cabo ya había terminado de trabajar.

–Claro. Pero dame un minuto.

Recorrió la cafetería apagando las luces de todas las zonas salvo la luz situada en la parte de atrás, que no podía verse desde la puerta.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó él. Si no hubiera sabido que era imposible, habría pensado que estaba creando una atmósfera romántica en vez de cerrar el local sin más.

–Ya hemos cerrado, así que, si alguien se asoma, no quiero que vea las luces encendidas. Si no, pensarán que sigue abierto. Llamarán con más fuerza esperando una respuesta y yo me sentiré culpable por no dejarles entrar. Es mucho más fácil si apago todas las luces menos esa última –explicó señalando con la cabeza hacia la mesa situada en un rincón.

Él se rio. Aquello era típico de Holly.

–Es muy propio de ti –le dijo mientras se metía detrás de la barra para ir a por la cafetera–. Vamos a dividirnos el trabajo. Tú te encargas de las luces y yo del pastel y del café –sugirió.

–No importa. Yo puedo… –pero Holly no tuvo ocasión de terminar la frase.

–No me discutas –le dijo–. Ya es hora de que alguien te sirva a ti para variar.

Holly no sabía cómo responder a eso.

Así que no respondió.

Capítulo 14

–¿CÓMO está Alma? –preguntó cuando se sentó a la mesa frente a Ray. Sabía que había ido aquel día al hospital de Pine Ridge para ver a su hermana y a los gemelos.

Además de querer saber cómo estaba la nueva madre, Holly estaba intentando pensar en algo que no fuera el hecho de que la cafetería de pronto parecía un lugar muy romántico, con todas las luces apagadas salvo la más cercana a la mesa en la que se encontraban ellos.

Solo habría sido más romántico si en vez de la luz hubiera habido velas. Eso habría sido su perdición.

–Inquieta –respondió Ray–. Ya conoces a Alma. Le cuesta tomarse las cosas con calma, pero está bien. Gracias a ti.

Holly cambió de postura en su asiento. Tal vez lo del café y el pastel hubiera sido una mala idea. Se le pasaban muchos pensamientos por la cabeza, pero ninguno tenía que ver con la conversación, sino con el hombre con quien estaba manteniéndola.

–Ya te dije que Alma hizo todo el…

Ray puso los ojos en blanco.

–¿Vas a aprender alguna vez a aceptar un cumplido? –le preguntó–. Nadie va a pensar que eres una creída si dices «gracias» cuando alguien dice algo positivo sobre lo que has hecho.

Holly resopló y murmuró:

–Gracias.

Ray sonrió con satisfacción en sus ojos marrones.

–¿Ves? ¿Tan difícil ha sido?

–No, pero…

–No, no, no –dijo Ray negando con un dedo frente a ella para que no siguiera hablando–. Déjalo ahora que aún estás a tiempo –toda su familia quería darle las gracias a Holly y él no pensaba permitir que le quitara importancia a lo que había hecho por Alma–. Además, Alma nos ha dicho que sintió que se desmayaba y, a juzgar por el corte de la frente, creo que debió de golpearse la cabeza contra el lavabo al caer. Si no la hubieras encontrado tú, ¿quién sabe cuánto tiempo habría estado inconsciente?

Cierto, había despertado a Alma, pero seguramente no se habría quedado inconsciente durante mucho más tiempo.

–Probablemente hasta sentir la primera contracción realmente fuerte, creo yo –respondió.

En esa ocasión fue él quien se calló. Holly era demasiado modesta para su propio bien. En aquel aspecto, era lo contrario a él. A él le gustaba llamar la atención; al parecer ella estaba más a gusto en la sombra. Pensó que podrían aprender el uno del otro, sobre todo él de ella, aunque no

pensaba admitirlo. Al menos por el momento.

–Lo único que sé es que Alma ha dicho que no habría salido todo tan bien si tú no hubieras estado allí. Por cierto –añadió mientras comía pastel–, a Alma y a Cash les gustaría que fueras la madrina de los gemelos.

Holly dejó caer su tenedor en el plato y se quedó mirándolo, pero no por la belleza de su rostro, sino por lo que acababa de decirle.

–¿Qué?

–Madrina –repitió él más despacio y pronunciando cada sílaba–. ¿No estás familiarizada con el concepto de madrina? –le preguntó.

–Claro que sí –respondió ella–. Es que… ¿no prefiere que la madrina sea alguien más cercana a ella?

–Ahora mismo, la única persona más cercana que tú es Dios –contestó él riéndose–. Mi padre quiere adoptarte. Y Cash me ha pedido que te dijera que será tu abogado de por vida… y gratis. Según Alma, y la señorita Joan, mantuviste la calma durante todo el proceso, de principio a fin. Eso ayudó mucho a que Alma se calmara también.

A Holly le pareció que estaba mirándola de manera extraña. ¿Habría algo que no le había contado? Rebuscó en su mente intentando encontrar una respuesta. Pero no se le ocurrió nada.

–¿Qué? –le preguntó.

Ray no se había dado cuenta de que se había quedado mirándola.

–Estoy impresionado, nada más. Sigo pensando en ti como la niña flacucha con la que iba a nadar al lago todos los veranos –dijo antes de sonreír. Sonreír de verdad.

Holly no podía quitarle los ojos de encima. Cuando sonreía así, le llegaba al corazón. Algo pasaba. Algo que no tenía nada que ver con que hubiera ayudado a Alma a dar a luz.

–¿Ahora qué? –preguntó.

–Acabo de acordarme –respondió él con gran misterio.

A aquel hombre había que sacarle las palabras con sacacorchos.

–¿Acordarte de qué?

La sonrisa parecía cada vez más sexy y a ella empezaba a costarle trabajo quedarse allí sentada sin moverse.

–Que algunas de esas veces íbamos a nadar desnudos.

–Teníamos ocho y nueve años –le recordó ella–. Por entonces no había ninguna diferencia –al menos ninguna por la que ella se sintiese insegura.

–Oh, claro que las había –respondió él con una mirada sexy y traviesa.

Holly se estiró e hizo lo posible por parecer indignada, aunque sabía que no se le daba bien.

–Solo dices eso para ponerme nerviosa y avergonzarme –pero no pudo evitar sentir curiosidad–. ¿Tú te fijabas? –le preguntó. Que ella recordara, lo único que querían por entonces era meterse en el agua para refrescarse.

–Que yo recuerde, yo era un chico de sangre caliente –contestó él–. Claro que me fijaba –vio que se le sonrojaban las mejillas increíblemente–. ¿Ahora vas a ruborizarte? ¿Quince años después?

Completamente avergonzada, Holly se encogió de hombros y apartó la mirada.

–No creí que te fijaras –murmuró.

–Si no lo hice, debería haberlo hecho –contestó Ray.
–Así que en realidad no te fijabas –dedujo ella, y suspiró aliviada.
–Puede que no –admitió Ray. No quería avergonzarla por algo que había sucedido en el pasado. Sin embargo el presente era otra historia bien distinta. Habría tenido que estar ciego para no fijarse en sus atributos.
¿Cómo era posible que no se hubiera fijado nunca antes de recogerla aquella noche para ir a Murphy's?
La miró de arriba abajo y detuvo la mirada en sus pechos mientras ella intentaba regular su respiración.
–Pero ahora sí que me fijo.
Holly habría jurado que podía sentir sus palabras acariciando su piel. Le parecía que cada vez hacía más calor allí.
–Puede que no te hayas dado cuenta, pero ahora mismo no estamos nadando desnudos –señaló ella, y se felicitó a sí misma por haber podido pronunciar las palabras a pesar de tener la garganta y la lengua secas.
–Pero podríamos estarlo –contestó él–. No estamos muy lejos del lago.
–Estamos a mitad de diciembre –dijo ella. A nadie se le ocurría ir a nadar al lago en diciembre.
–El agua se mantiene más caliente que la tierra –le recordó Ray sin dejar de mirarla a los ojos.
¿Por qué nunca antes se había dado cuenta de lo realmente guapa que era? ¿O habría ido sufriendo esa metamorfosis de manera gradual, delante de sus narices, sin que él se diera cuenta?
No estaba seguro. Lo único que sabía era que ahora se daba cuenta de todas esas cosas y que eso le producía un nudo en el estómago que apenas le dejaba respirar.
–Estoy demasiado cansada para ir a nadar desnuda al lago –le dijo ella. Además, lo último que deseaba era parecer una mujer desesperada y pegajosa, dispuesta a comerse cualquier migaja que él quisiera lanzarle.
–Entonces lo dejamos para otro día –respondió él con una voz tan seductora que a Holly le costó concentrarse.
–Para otro día –convino ella. Sentía que la cabeza le daba vueltas, como si no formarse parte del resto de su cuerpo.
Se obligó a concentrarse en sus alrededores, a comportarse como si todo fuera normal con él, y lo normal era que Ray nunca le prestara atención.
Pero en aquel momento sí lo hacía.
Holly miró su plato y vio que se había comido la porción de pastel que le había servido.
–¿Te apetece otro trozo de pastel? –preguntó automáticamente.
Sin dejar de mirarla a los ojos, Ray negó lentamente con la cabeza. Entonces, antes de responder verbalmente, estiró el brazo por encima de la mesa y le agarró la mano para impedir que se levantara.
–No –respondió–. No deseo más pastel.
¿Por qué aquello parecía una frase para ligar? ¿Y por qué le costaba cada vez más esfuerzo respirar? Como si el aire de sus pulmones se hubiera solidificado y no pudiera aspirar más.
«No lo digas, no lo digas», se ordenó a sí misma. Sería como lanzarse a un precipicio.

Aun así, a pesar de sus advertencias, se oyó a sí misma pronunciando las palabras.

–Entonces, ¿qué es lo que deseas?

Ray se puso en pie y, por un instante, ella pensó que iba a marcharse.

Pero no lo hizo.

En su lugar, tiró de su mano y le obligó a levantarse. Holly se levantó del asiento como si estuviera en trance, sin apartar la mirada de él. El corazón empezó a golpearle con tanta fuerza las costillas que le sorprendió poder oír su respuesta.

–A ti.

Holly tragó saliva e hizo todo lo posible por que le salieran las palabras de la boca.

–Yo no estoy en la carta –dijo al fin sin apenas mover los labios.

Ray sonrió antes de hablar.

–Bien, porque me gusta pedir cosas que no estén en la carta de siempre.

Un escalofrío recorrió su espalda.

No tenía sentido y, a la vez, tenía todo el sentido del mundo.

Pero no tuvo tiempo de interpretarlo porque, acto seguido, Ray le rodeó la cara con las manos y la besó; con tanta suavidad que le pareció estar fantaseando.

Cuando la sangre empezó a calentársele, el calor de sus labios se le coló dentro e hizo que la cabeza le diera vueltas como si estuviera montada en un tiovivo. Sabía que lo que estaba experimentando era real. Movido por el agradecimiento, por la oportunidad o por la casualidad, Ray estaba besándola. Besándola y, al mismo tiempo, cambiando su vida para siempre.

Holly se dejó llevar, se apoyó en su cuerpo y le rodeó el cuello con los brazos antes de entregarse por completo a las sensaciones que recorrían su interior.

Estaba segura de que aquello solo ocurriría una vez. Después Ray entraría en razón, se disculparía y nunca volverían a hablar del tema. Lo sabía igual que sabía cómo se llamaba, pero no le importaba.

Lo único que le importaba, lo único que deseaba, era disfrutar de aquella ocasión única, permitir que se convirtiera en un recuerdo que pudiera revivir una y otra vez cuando más sola se sintiera, solo para poder experimentar aquel deseo indescriptible.

Gimió al sentir sus manos resbalando por los costados de su cuerpo, se derritió cuando él intensificó el beso y volvió a gemir cuando Ray deslizó los labios por su cuello, cubriéndolo de besos sensuales.

Sentía que su interior palpitaba, anhelando sus caricias, anticipando la unión que, aunque breve, haría que siempre perteneciera a él, sin importar dónde les llevase la vida. Desde aquella noche, Holly sería suya.

Sin ser plenamente consciente de lo que hacía, empezó a tirarle de la camisa mientras, con dedos torpes, le desabrochaba los botones y lo besaba con la misma pasión con que él la besaba a ella.

Envuelta en un calor cegador, notó que Ray la empujaba hacia atrás, hacia el único lugar de la cafetería donde había un sofá.

El despacho donde hacía inventario, donde Tina Davenport, la mujer del

médico, repasaba las cuentas y desde el que la señorita Joan llevaba el negocio.

Holly sabía que no debían estar allí. Y desde luego no debían estar haciendo lo que estaban haciendo allí, pero, mientras le desabrochaba el cinturón y se lo quitaba, supo que en esa ocasión no buscaba decoro. Antes de que ocurriera algo que les hiciera parar, deseaba que Ray hiciese el amor con ella una vez, solo una vez.

Y después de pensar que nunca iba a ocurrir, que Ray siempre iría detrás de otras mujeres y nunca detrás de ella, por fin iba a ocurrir.

***

La deseaba.

Holly estaba derribando sus barreras como si estuvieran hechas de papel y se vinieran abajo con cada caricia.

Aunque tampoco tenía muchas barreras. Nunca las tenía, al menos en lo referente a las mujeres. Pero aquella era Holly. Holly, su amiga, a la que le contaba sus secretos… Y ahora se daba cuenta de que ella siempre había guardado un gran secreto que jamás había compartido con él.

Ray nunca habría imaginado que, bajo aquella fachada tranquila y discreta, se escondiera una mujer ardiente y sensual. Una mujer que jamás habría creído que existía.

Pero sí que existía. Y le resultaba excitante de una manera indescriptible.

Una cosa llevó a la otra como si todo estuviera diseñado y, antes de poder darse cuenta, Ray le había quitado el uniforme azul que tantas veces le había visto puesto. Al caer al suelo, la prenda dejó ver un cuerpo que le estimulaba y, al mismo tiempo, le hacía sentir humilde.

–Tienes razón –le susurró a Holly al oído antes de seguir besándole el cuello–. Sí que has cambiado desde que íbamos a nadar desnudos al lago. Has cambiado mucho.

El tono de su voz le produjo una alegría en el corazón que jamás hubiera creído remotamente posible. Si antes ya le amaba, ahora estaba completamente enamorada de él.

En vez de responder o decir algo, comenzó a besarlo con toda la pasión que había intentado contener, la pasión que había luchado por disimular durante todos esos años cada vez que hablaba con él.

Ya no podía aguantar más porque, mientras Ray deslizaba la mano por las zonas más sensibles de su cuerpo, en su interior iban desencadenándose las sensaciones, una detrás de otra, hasta que creyó que iba a morirse de placer.

Mientras se retorcía contra sus caricias, sin saber si podría aguantar más, Holly abrió los ojos, que ni siquiera era consciente de haber cerrado.

–Haz el amor conmigo, Ray –susurró–. Haz el amor conmigo ahora.

Su sonrisa le llegó directa al corazón mientras Ray la recostaba sobre el sofá.

–Creí que eso era lo que estaba haciendo –murmuró él en tono de broma.

Pero su mirada hablaba en serio cuando se tumbó encima. Apoyó el peso sobre sus codos y restregó su torso musculoso sobre su cuerpo húmedo. Primero la besó en la boca, después dejó caer el cuerpo y la penetró.

La resistencia que Ray notó al hacerlo le sorprendió. Su primer impulso fue apartarse, y lo habría hecho si ella no le hubiera rodeado con las piernas para mantenerlo ahí.

Aquello le obligó a seguir hacia delante en vez de retirarse.

Entonces ya no quedó lugar para los pensamientos ni para las dudas. Solo quedó la llama ardiente del deseo.

Al notar cómo Holly se movía bajo su cuerpo, fue aumentando el ritmo, moviendo las caderas cada vez más rápido, hasta acabar jadeando a medida que se acercaban ambos a la cima del placer.

Sintió que el orgasmo le envolvía.

Ni siquiera sintió dolor cuando Holly le mordió el labio en respuesta a los espasmos de su cuerpo.

Cuando cesó aquel ritmo frenético, a Ray el pulso aún le latía erráticamente. La cabeza tardó unos segundos en dejar de darle vueltas.

Y, durante todo ese tiempo, mantuvo a Holly pegada a él, temiendo que pudiera desaparecer si no lo hacía, incluso mientras se apoderaba de él la incredulidad ante lo que acababa de suceder.

Capítulo 15

HOLLY aún sentía la euforia mientras su pulso iba recuperando el ritmo normal.

Pero, a pesar de esa euforia tan increíble, la realidad comenzaba a abrirse paso en su conciencia.

Y la realidad iba muy ligada al miedo.

Miedo al futuro, a lo que le esperaba en lo referente a su amistad con Ray.

Por mucho que le entusiasmara la idea de haber hecho el amor con Ray, le aterrorizaba que aquello fuese a tener unas consecuencias irreversibles. Consecuencias que, con el tiempo, supondrían el final de su amistad.

Holly intentó expulsar eso de su mente durante un rato más y se acurrucó junto a él para absorber el calor que salía de su cuerpo. Le encantaba oír el corazón de Ray latiendo deprisa bajo su mejilla. Deseaba con todas sus fuerzas poder encontrar la manera de congelar el tiempo, de mantener aquel momento indefinidamente. Aquel era el momento álgido de su vida. No iba a poder ser mejor y probablemente desde ahí fuese cuesta abajo.

–No me lo habías dicho –sobresaltada, Holly oyó y sintió el tono acusador de aquella frase.

Intentó buscar en su mente el significado de aquellas palabras enigmáticas, pero no lo encontró. Estaba en blanco. El miedo había hecho prisioneros a todos sus pensamientos.

–¿Decirte qué? –preguntó al fin.

De nuevo sintió sus palabras resonando contra su mejilla.

–Ya lo sabes.

Holly levantó la cabeza y lo miró. Ray no estaba tomándole el pelo ni jugando a las adivinanzas. Estaba serio y además parecía incómodo.

Lo sabía.

Sabía que, cuando pasara aquel frenesí, Ray se sentiría incómodo con ella porque se habían acostado.

¿Iba a perder su amistad por aquel paso en falso?

¿Cómo podría resolver aquello?

–Si lo supiera –dijo en un susurro–, no te estaría preguntando qué quieres decir. No me gustan los juegos, ¿recuerdas? ¿Hace cuánto que me conoces?

Estaba intentando utilizar el factor tiempo en su favor, para recordarle que llevaban años siendo amigos, y amantes menos de una hora. A medida que se le aclaraban las ideas, se daba cuenta de que no deseaba sacrificar su amistad por una hora de placer, por muy maravilloso que hubiera sido… y había sido absolutamente maravilloso. Pero, maravilloso o no,

deseaba tener a Ray en su vida más allá de esa noche.

«Entonces deberías haberte ido a casa», se dijo a sí misma con rabia.

–¿Que cuánto hace que te conozco? –repitió él–. No lo sé. Una hora, quizá menos.

Ahora sí que no entendía nada. ¿Sería todo un juego al fin y al cabo?

–¿De qué estás hablando? Me conoces desde hace muchos años.

–Pensaba que te conocía desde hacía muchos años –precisó Ray–. Pero obviamente nunca te he conocido. Esta es una nueva faceta tuya que no conozco. Y nunca lo habías mencionado.

–¿Mencionar qué? –preguntó ella. ¿Que le quería? ¿Que deseaba estar con él? ¿Que no podía soportar que hablase de otras mujeres cuando deseaba ser ella la que estuviera entre sus brazos? Con la que hiciera el amor y con la que quisiera tener hijos.

A Ray le llevó varios intentos decírselo. Cada vez que comenzaba, sentía que se le trababa la lengua.

–Que… que eras… que eras virgen.

Holly se quedó mirándolo. ¿Estaba quejándose de su falta de experiencia? ¿Había acabado decepcionándolo al final? ¿Era ese el tema de aquella conversación tan incómoda?

¿En qué momento preciso pensaría Ray que debería haberle dado esa información concreta?

–No es muy buena manera de iniciar una conversación –respondió ella mientras intentaba incorporarse. Cuando lo logró, recogió del suelo su uniforme–. Siento haberte decepcionado.

–Decepci… –Ray no terminó de decir la palabra–. No se trata de eso –le dijo, frustrado y furioso al mismo tiempo. Frustrado con ella por no decirle que era virgen, furioso consigo mismo por lo que acababa de hacer.

–Entonces, ¿de qué se trata?

¿Acaso no lo entendía? ¿Por qué tenía que explicárselo con detalles?

–Maldita sea, muñeca. Te he arrebatado algo. Te he arrebatado tu inocencia, tu virginidad.

De pronto Holly se dio cuenta de que no se sentía decepcionado, se sentía culpable.

–No me has arrebatado nada que yo no deseara darte –insistió. Tomó aliento e intentó bajar la voz un par de decibelios. Tal vez Ray deseara que hiciera como si no hubiera pasado nada. Podría darle ese capricho… o fingir que lo hacía.

–Mira, lo que ha pasado ha pasado. Seguiremos con nuestras vidas –le dijo, rezando para que fuera cierto, para que Ray no se distanciara de ella como se había distanciado del resto de mujeres con las que había estado.

–¿No lo comprendes? –le preguntó él, intentando no pagar su rabia con ella–. Deberías haberme dicho que eras virgen.

«Deja el tema, Ray. Deja el tema», pensó ella.

–Por si no te has dado cuenta, no hemos hablado mucho. Mira, si sientes que has perdido el tiempo, lo pillo. No necesitas explicarme…

–¿Perder el tiempo? –repitió él–. Holly, he perdido el tuyo. Tu primera vez debería haber sido especial.

Holly lo miró y supo que iba a arriesgarlo todo al decir lo que estaba a

punto de decir. Pero también supo que debía ser sincera con él. La sinceridad formaba parte de su personalidad. Si le daba la espalda a eso, estaría dándole la espalda a su alma también.

–Lo ha sido –confesó mirándolo a los ojos.

Aquello le desarmó. Ray no tenía idea de qué decirle. Se quedó sin palabras, sin el encanto que habitualmente le salía sin esfuerzo.

Era su mejor amiga. Acababa de hacer el amor con su mejor amiga. Y ni siquiera estaba borracho para poder echarle la culpa al alcohol.

Sabía que por la mañana iba a tener que darle muchas vueltas para solucionarlo. ¿Y si no podía solucionarlo? Pero en aquel momento estaban allí, en aquella pequeña habitación, con nada salvo el calor que ambos habían generado.

No era el momento de ceñirse a las normas. Era el momento de empezar a crear nuevas normas.

–¿La señorita Joan vuelve aquí alguna vez después de haber cerrado? –le preguntó a Holly.

Ella lo pensó durante unos segundos y negó con la cabeza.

–No, que yo sepa –confesó–. Solo había cerrado un par de veces antes. Nunca ha dicho nada sobre volver. Cuando se marcha, la señorita Joan pasa el resto de la noche con Harry. A veces dice que siente que le engaña al trabajar tantas horas –ladeó la cabeza y lo miró–. ¿Por qué?

–Bueno –respondió Ray, y escogió sus palabras con calma mientras deslizaba los dedos por su pelo–. Solo quería asegurarme de que no íbamos a tener que vestirnos apresuradamente porque volviera a la cafetería a por algo.

–En fin, supongo que siempre cabe esa posibilidad –admitió ella, e hizo todo lo posible por disimular la sonrisa que se asomó a sus labios.

Su corazón le decía que todo saldría bien.

–¿Qué me dices? ¿Te sientes afortunada? –le preguntó Ray. La miró a la cara e intentó interpretar su expresión. ¿Estaría tomándole el pelo o hablaría en serio?

–Tal como yo lo veo –respondió Holly–, ya soy afortunada.

–De acuerdo. Entonces, ¿qué me dices? ¿Uno para el camino?

–El camino –dijo ella mientras acercaba su boca a la de él– puede esperar.

Segundos más tarde ya no hubo lugar para las palabras.

Ray no sabía si había empezado él a besarla o si había sido ella la que había tomado la iniciativa. Solo sabía que sus labios volvían a estar unidos.

Sintió que la deseaba de nuevo, que la deseaba con una pasión que jamás había experimentado. Sabía que, dadas las circunstancias, aquella segunda vez debería ser más cariñoso, más cuidadoso, pero se sentía más voraz.

Y durante todo ese tiempo, una vocecilla le susurraba en la cabeza: «Es Holly, tu mejor amiga. Holly. ¿Cuánto tiempo hace que lleva sucediendo esto sin que te dieras cuenta?».

No tenía ni idea y, en aquel momento, no estaba dispuesto a resolver el misterio. Lo único que deseaba era volver a hacer el amor con ella hasta

quedar permanentemente satisfecho, como siempre le ocurría.

Varios días más tarde, Ray pensó que no iba a lograr su deseo. No iba a quedar saciado de forma permanente para poder seguir con su vida. Cada vez lo tenía más claro.

Porque siempre que hacía el amor con Holly, y habían encontrado la manera de hacerlo al menos una vez al día desde aquella primera noche, lo único que deseaba era volver a hacerlo.

Una y otra vez.

Y, cuando no podía, solo pensaba en la próxima vez que pudiera hacerlo.

«¿Qué diablos te ha ocurrido?», se preguntó mentalmente, asombrado y frustrado mientras intentaba aliviar la tensión colocando el heno detrás del granero principal.

Fue allí donde Rafe le encontró.

En vez de saludarle, el hermano gemelo de Gabe se quedó allí en silencio durante unos minutos, viendo cómo su hermano pequeño descargaba sus preocupaciones con los fardos de heno.

–¿El heno ha hecho algo que te haya ofendido, hermano? –preguntó finalmente al acercarse a Ray.

Ray se detuvo con la horqueta en la mano y miró a Rafe.

–¿De qué diablos estás hablando? –preguntó.

–Bueno –respondió Rafe–. Tienes agarrada la horqueta como si pensaras apuñalar con ella todos los fardos de paja. Me preguntaba si te habrían hecho algo. O si hoy has empezado temprano a beber whisky.

A Ray ya le costaba suficiente trabajo intentar comprender sus sentimientos y aquella situación extraña en la que se encontraba; nunca había deseado más a una mujer después de poseerla. Siempre había sido al revés. Tener que soportar el humor absurdo de Rafe era pedir demasiado.

–¿No tienes nada mejor que hacer que verme separar el heno? –le preguntó.

–En este momento, no. Esto es bastante entretenido –confesó Rafe. Pero entonces se puso serio–. ¿Hay algo que te moleste, Ray?

Ray se quedó mirando a su hermano con rabia.

–¿Además de ti?

–Eso se da por hecho, sí.

–Entonces, no –respondió Ray. Con su siguiente movimiento, no solo el heno salió volando, sino también la horqueta. Maldijo en voz baja y volvió a mirar a Rafe–. No digas ni una palabra –le advirtió.

–Solo una pequeña observación –dijo Rafe sin poder evitarlo–. Lo harás más deprisa si sujetas bien la horqueta.

Ray se acercó al lugar donde había aterrizado la horqueta, la recogió del suelo y regresó donde estaba trabajando.

–Quizá lo haga más deprisa si la uso contigo y así consigo que te calles.

–Eso no resolverá tu problema, Ray.

–Tú eres mi problema, Rafe.

–No –le contradijo Rafe–. Soy lo que mi mujer llama «el coro griego».

–¿Qué diablos es eso?

–Algo que usaban en el teatro antiguamente. Sirve para resumirle al público lo que está sucediendo, por si alguien ha perdido el hilo. Lo explica todo con palabras.

–Para mi gusto, ya estás empleando demasiadas palabras –respondió Ray mientras volvía a darle la espalda.

Rafe se movió para colocarse de nuevo frente a su hermano pequeño y no permitir que le ignorase.

–Mira, ya no pasamos mucho tiempo juntos, y dentro de poco habrá aún menos tiempo, porque todos nos estamos casando, ya sabes. No pierdas el poco tiempo que tenemos fingiendo que no te pasa nada. Corre el rumor de que ya no eres un mujeriego. ¿Quieres contarme qué pasa?

–No especialmente –respondió Ray con frialdad, intentando ignorar a Rafe de nuevo.

–Pues cuéntamelo de todos modos –en esa ocasión sonó más como una orden que como una petición.

Ray estuvo tentado de decirle a su hermano por dónde podía meterse su sugerencia, pero se contuvo y dijo:

–Estoy ocupado.

–Nunca estabas demasiado ocupado para disfrutar de la compañía femenina, ni siquiera cuando estabas en primero. Así que dime qué sucede –exigió Rafe mirando a su hermano atentamente–. Has conocido a alguien –agregó de pronto–. Y va en serio. Y eso te da mucho miedo.

–¿Quién ha bebido alcohol ahora? –preguntó Ray dándole la espalda de nuevo a Rafe. Su hermano empezaba a acercarse demasiado a la verdad y él no deseaba hablar del tema, ni siquiera brevemente.

Pero Rafe volvió a ponerse delante de él.

–Mírame a los ojos y dime que no hay nadie.

Ray apretó los labios.

–No hay nadie –respondió con rabia.

Rafe no pareció muy convencido y negó con la cabeza.

–Mentiroso.

Ray se hartó y le lanzó la horqueta a su hermano.

–Ya que parece que tienes todo el tiempo del mundo, encárgate tú del heno durante un rato.

–¿Mientras tú vas a visitar a esa mujer misteriosa? –preguntó Rafe.

–No –respondió Ray–. Mientras voy a buscar a un buen loquero en Pine Ridge, porque obviamente necesitas uno –sin más, se alejó en dirección a la casa.

–¿Con quién vas a venir a la boda de Mike? –preguntó Rafe tras él.

–Con Holly –la respuesta fue espontánea, antes de poder pensarla y darse cuenta de que acababa de caer en la trampa.

–Claro –dijo Rafe, asombrado. Y entonces sonrió de oreja a oreja–. Holly, ¿eh? Debería haberme dado cuenta antes.

Ray estiró los hombros, como un hombre preparado para pelear, pero en su lugar se obligó a seguir andando.

–No hay nada de lo que darse cuenta –respondió con la esperanza de sonar indiferente.

Pero era demasiado tarde. Rafe era capaz de ver a través de la cortina de humo.

–Si tú lo dices, Ray.

Ray oyó que su hermano se reía y aceleró el paso. Intentar contradecirle empeoraría las cosas.

Para todos.

Capítulo 16

HASTA que Ray no se presentó en su puerta, Holly no estaba segura de si iría a llevarla a la boda de su hermano Mike o no.

Extraoficialmente, todo el pueblo estaba invitado, y habría podido ir tanto a la ceremonia como al banquete sin ningún problema. Nadie habría dicho nada, y menos después de haber ayudado en el parto de los gemelos de Alma y de Cash.

Pero Ray había hablado sobre la posibilidad de ir juntos antes de que se hicieran amantes, y ella no sabía si, después de que la relación diese aquel giro inesperado, seguiría queriendo que fuera, o si dejarse ver con ella en público le haría sentir incómodo por alguna razón.

Y, por mucho que ella deseara asistir a la ceremonia y al banquete, por mucho que le importaran los hermanos de Ray, no deseaba estar allí si él no quería que estuviera.

Así que, cuando oyó el timbre de su casa, se quedó de piedra frente al espejo de la puerta del armario, incapaz de moverse porque de pronto las rodillas no le funcionaban.

–¡Yo abro! –gritó Molly, y Holly la oyó correr a través del salón hacia la puerta.

–No, tú no, jovencita –dijo su madre–. Quédate donde estás.

Cierto que aquello era Forever, donde las puertas siempre estaban abiertas porque todo el mundo se conocía. Pero la obediencia allí era tan valiosa como en cualquier otra parte, y a Molly le habían enseñado a no abrir la puerta a no ser que estuvieran con ella su abuela o su tía.

Martha llegó con su silla de ruedas a la puerta justo cuando Molly se detenía en seco. La niña miró a su abuela, cambiando el peso con impaciencia de un pie al otro, mientras agarraba el picaporte con las manos.

–¿Ya, abuela? ¿Puedo abrir ya?

La mujer maniobró con la silla hasta detenerse justo al lado de su nieta.

–Ya –dijo entonces.

Molly abrió la puerta con ambas manos.

–¡Tía Holly, es Ray! –gritó con todas sus fuerzas–. Y además está muy guapo –añadió la niña con una risita.

–Vaya, gracias –dijo Ray–. Esto es para ti –añadió ofreciéndole un paquete envuelto–. Me he cruzado con un señor gordo vestido de rojo y me ha preguntado si podía darte esto. Ha dicho que este año habías sido muy buena, así que no podría traerte todos los regalos a la vez. Y me ha asegurado que volverá con el resto cuando estés dormida.

Molly se quedó con la boca abierta y los ojos como platos.

–¿Has visto a Papá Noel? –preguntó con incredulidad–. ¿De verdad? –la

incredulidad se volvió alegría al ver el regalo que Ray tenía en las manos.

–¿Era él? –preguntó Ray con sorpresa–. Supongo que sí, ahora que lo pienso. Debí darme cuenta al verle con esos renos.

–¿Iba con los renos? –preguntó Molly con gran entusiasmo. Parecía que iba a ponerse a dar saltos en cualquier momento–. ¿Y cómo eran?

–Como en las fotos –respondió Ray, y se libró de tener que dar una descripción detallada que no estaba preparado para ofrecer.

–¡Tía Holly, tía Holly! –exclamó la niña al oír a su tía por el pasillo–. Mira lo que me ha traído Papá Noel. ¡Un regalo! ¿Puedo abrirlo, por favor?

Pero fue Martha quien contestó al ver la indecisión de su nieta.

–Ya conoces las normas, Molly. Cualquier regalo que tengas tiene que quedarse bajo el árbol hasta la mañana de Navidad.

Molly suspiró resignada, como si llevase el peso del mundo sobre los hombros y eso le obligase a comportarse como una adulta a pesar de no querer.

–De acuerdo, esperaré –declaró, aunque no parecía hacerle mucha gracia.

–Buena chica –le dijo Martha acariciándole la cabeza.

Ray se dio cuenta de que ni Molly ni Martha parecían vestidas para asistir a la ceremonia.

–¿Vosotras no venís a la boda? –preguntó.

Martha negó con la cabeza.

–Entre la ceremonia y el banquete, acabaríamos volviendo a casa mucho más tarde de la hora de acostarse de Molly. Además, no quiero que Holly se pase toda la boda llevándome de un lado a otro –Martha miró a su hija con cariño antes de volver a mirar a Ray–. Se merece un poco de diversión en vez de pasarse el día haciendo de niñera de alguien que le dobla la edad.

–Empujar tu silla de ruedas no es tan difícil, mamá –protestó Holly.

–Bueno, pero no es lo que suele llamarse «diversión» –insistió Martha–. Ray, por favor, llévatela de aquí antes de que empiece a darme la lata.

–Ya has oído a tu madre –le dijo Ray ofreciéndole un brazo.

Consciente de todos sus movimientos como si estuviera viéndolos a través de una lupa gigante, Holly aceptó su brazo y sintió que se movía a cámara lenta.

–Que os divirtáis. Es una orden –dijo Martha Johnson antes de cerrar la puerta tras ellos.

–Estás muy, muy guapa esta noche –le dijo Ray mientras le abría la puerta del copiloto de su camioneta.

Estaba anocheciendo, y Holly agradeció que la oscuridad parcial disimulara el molesto rubor que sentía en las mejillas. Iba a tener que esforzarse por controlar eso. No era una niña de doce años, era una mujer, y las mujeres no se sonrojaban. Ni siquiera las mujeres profundamente enamoradas.

–Gracias –murmuró–. Tú también –se montó en la camioneta, se

abrochó el cinturón y esperó a que Ray se montara junto a ella tras el volante–. No sabía si ibas a venir a recogerme.

–¿Por qué no? –preguntó él, confuso, mientras ponía en marcha el motor–. Dije que vendría.

Holly evitó mirarlo a los ojos y se quedó mirándose las manos, que tenía entrelazadas sobre su regazo.

–Lo sé, pero eso fue antes.

–¿Antes? –¿de qué estaba hablando? En general, Holly y él se entendían bien; principalmente porque ella no recurría a la palabrería femenina, algo que hacían casi todas las mujeres cuando deseaban confundir al hombre con el que estaban hablando–. ¿Antes de qué?

–Antes de que tú y yo… –Holly hizo una pausa e intentó encontrar la manera correcta y delicada de expresarlo– estuviéramos más unidos.

Obviamente no estaba logrando su objetivo, a juzgar por la respuesta de Ray.

–Siempre hemos estado unidos.

–No tan unidos –insistió ella.

Ray al fin se dio cuenta y se carcajeó mientras conducía hacia la iglesia donde tendría lugar la ceremonia.

–Tienes razón, pero eso no cambia el hecho de que eres mi mejor amiga y, después de lo que hiciste por Alma, mi padre me despellejaría si no te llevase a la boda… o si yo fuera la razón por la que decidieras no asistir –giró entonces la cabeza para mirarla–. Quieres asistir, ¿verdad? Lo que hay entre nosotros no hará que te sientas incómoda por venir, ¿verdad?

A Holly no se le había ocurrido pensar que Ray pudiera ver la situación desde su perspectiva, que pensara que tal vez ella no quisiera estar a su lado, en vez de al revés.

¿Sería posible que se sintiera… inseguro?

Le parecía improbable. Aun así, ¿cómo explicar si no que a un hombre cuyas relaciones duraban lo mismo que una mosca de la fruta pudiera preocuparle que ella no quisiera seguir con su relación porque le hacía sentir incómoda?

–No –respondió Holly con firmeza–. Lo que hay entre nosotros no hace que me sienta incómoda estando con tu familia. Es solo que no quiero cohibir tu estilo –le dijo, porque no se le ocurría otra manera mejor de expresar la razón por la que pensaba que tal vez no quisiera ir a buscarla.

–Mi estilo –repitió él con una sonrisa al oír su frase–. Con respecto a eso… –comenzó a decir, pero se detuvo.

–¿Sí? –preguntó ella. Quería que siguiese hablando, pero al mismo tiempo se preguntaba si acabaría arrepintiéndose de averiguar a qué se refería.

Era consciente de que, cuando se decían las cosas, no había marcha atrás. Y, mientras esas cosas no se dijeran, podría seguir fingiendo que todo era perfecto. A pesar de que la perfección fuese algo que en realidad no existía.

No pudo evitar preguntarse en qué momento se habría complicado tanto su vida.

–¿Cuál es mi estilo exactamente, Holly? –preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

–Eres el típico hombre encantador con lengua de plata en torno al que deambulan todas las mujeres solteras, y algunas no solteras –él lo sabía. ¿Por qué estaba pidiéndole que se lo explicara?–. ¿Cuál es el problema, Ray? ¿Necesitas que te suba el ego? ¿Tienes miedo de que quedarte conmigo pueda alterar algún tipo de equilibrio universal?

–¿De qué diablos estás hablando? –le preguntó él, completamente confuso.

Holly estaba siendo sincera con él. Le conocía desde hacía demasiado tiempo como para no serlo, además no sabía ser de otra manera. Nunca había tenido una pizca de mentira en su cuerpo.

Se humedeció con la lengua los labios, que se le habían quedado secos, antes de contestar.

–Estoy esperando a que caiga la espada.

–¿Qué espada? –preguntó él, igual de confuso que antes.

–La espada –repitió Holly. ¿Acaso no lo entendía?–. La espada de Damocles.

–¿De qué diablos hablas? ¿Esos cursos *online* que estás haciendo te están friendo el cerebro? –preguntó Ray, claramente confuso por no entender lo que estaba intentando decirle–. Soy un hombre simple, Holly. Así que habla claro.

Holly abrió la boca para responder, pero entonces volvió a cerrarla y se quedó mirándolo. Holly. Acababa de llamarla Holly. No muñeca, como hacía normalmente, sino Holly. No recordaba la última vez que le había oído utilizar su nombre real.

¿Eso sería buena señal, o debería prepararse realmente para algo serio?

Para algo malo.

–La espada de Damocles –repitió–. Todo lo que sube, baja. Siempre que sucede algo bueno, tiene que suceder algo malo después. ¿Me expreso con claridad?

Cuando casi habían llegado a la iglesia, Ray se echó a un lado de la carretera y detuvo la camioneta para poder centrar toda su atención en aquella conversación, que para él no tenía ningún sentido. Tal vez le resultara más fácil si no le distraía la conducción.

–Si por «claridad» te refieres a si me doy cuenta de que estás utilizando clichés y yéndote por las ramas, entonces sí. Lo entiendo. También sé que, de los dos, se supone que tú eres la optimista y yo soy el que quiere desanimarte, o cualquier cosa que les guste hacer a los pesimistas para que los optimistas cambien de opinión. Pero no siento nada de eso –insistió–. Aunque sí que me siento un poco confuso, porque nunca me había encontrado en esta situación.

–Vas a tener que ser un poco más específico, Ray –le dijo ella–. ¿Qué situación?

Ray se dio cuenta de que ya había hablado demasiado.

Se habría reído de no haber sido todo tan irónico. Normalmente tendría aquella conversación con su mejor amiga sobre lo que sentía por la mujer con la que estuviese saliendo en ese momento. Pero, en ese caso, su mejor amiga y la mujer con la que estaba saliendo eran la misma persona, lo cual

hacía que todo resultase muy complicado para él.

Siempre le había abierto su corazón a su mejor amiga, pero nunca a la mujer con la que salía.

Suspiró y se pasó una mano por el pelo, intentando aclarar sus pensamientos. No sirvió de nada.

Puso en marcha de nuevo la camioneta, consciente de que Holly estaba mirándolo. Esperando a que continuara.

Tendría que aclarar y solucionar ese problema él solo. Más tarde.

–No importa –murmuró. Y de pronto se dio cuenta de que estaban prácticamente en la iglesia–. Ya hemos llegado –anunció, dando a entender que no pensaba explicarle lo que estaba pasándosele por la cabeza porque ya habían llegado a la boda de su hermano–. No quiero llegar tarde –añadió mientras salía de la camioneta.

Según el reloj de Holly, llegaban quince minutos antes de la hora, pero no pensaba decírselo. Lo último que deseaba era parecer pesada. Iba a hacer todo lo posible por seguir siendo su mejor amiga… tal vez incluso mejor que eso.

«¿Y qué?», pensó. «¿Va a quedarse tan embobado contigo, con lo maravillosa que eres, y se va a emocionar tanto en la boda de Mike que te va a pedir matrimonio? Despierta y anticípate al rechazo, Holly. Solo así podrás sobrevivir».

Pero sabía que no quería sobrevivir. No sobrevivir sin más. Quería ser su mejor amiga y la mujer con la que se acostase por las noches… o al menos la mujer con la que desease acostarse.

«Sigue soñando», le dijo la molesta vocecilla de su cabeza.

Probablemente aquella fuese la mejor manera de describirlo, pensó mientras entraba en la iglesia junto a Ray. Un sueño. Eso era lo único que tenía y lo único que tendría jamás.

Daba igual lo mucho que deseara que fuese de otra forma. Ray Rodríguez no era de los que se casaban. Él mismo se lo había dicho algunas semanas atrás, cuando Mike anunció que pensaba casarse con Samantha en Nochebuena. Le había dicho que consideraba que sus hermanos estaban renunciando a su libertad uno tras otro y que pensaba que Mike era el último bastión de la soltería. Tras la caída de Mike, él sería el último abanderado.

Los abanderados no se casaban, no cuando se consideraban a sí mismos el epítome de la soltería. Además, de todos era sabido que Ray se divertía mucho estando soltero y siempre disponible. ¿Qué hombre que disfrutara de todo aquello iba a querer renunciar a ello por una mujer?

Sabía cuál era la respuesta.

Ningún hombre. Al menos, Ray no. Y en realidad no podía culparle por ello.

Lo cual significaba que se limitaría a disfrutar de aquel interludio que tenía con él, sin expectativas, sin esperanzas y sin ataduras.

No era más que eso: maravilloso y, sin duda, fugaz.

Con eso en mente, se levantó del banco de la iglesia al oír los primeros acordes de la *Marcha nupcial*.

Y, mientras la escuchaba, trató por todos los medios de contener las

lágrimas que inundaron sus ojos al darse cuenta de que aquella canción nunca sonaría para ella.

Capítulo 17

DADO que iba a hacer más frío de lo que habían pensado inicialmente, el día anterior a la boda habían decidido trasladar el banquete al rancho Rodríguez.

Los invitados que no se dejaban intimidar por las bajas temperaturas lo celebraron fuera, detrás de la casa, donde habían colocado varias carpas gracias a Valentine, la esposa de Rafe, y a sus contactos en la industria del cine, donde el uso de carpas en los rodajes era algo habitual.

Los invitados más delicados celebraron la boda dentro e inundaron la casa de cuerpos y de risas.

Al poder elegir, Holly se quedó fuera, donde el cielo estrellado hacía que la velada resultase más especial de lo que ya era. Eso y que la banda de Liam Murphy estaba tocando fuera, aunque lo suficientemente cerca de la casa como para que la música pudiera oírse también dentro.

Para su sorpresa, en vez de mezclarse con la gente y desaparecer, Ray se había quedado con ella toda la noche, a pesar de los intentos descarados de varias mujeres por llamar su atención.

En general resultó una velada mágica para ella. Pero hasta los cuentos de hadas terminaban, y aquella velada tenía que terminar también. Tenía que estar en otro sitio después de medianoche.

–No paras de mirar el reloj –advirtió Ray al llevarle otro vaso de ponche–. ¿Hay algo que debería saber?

Holly había intentado no ser muy descarada al respecto, y no creía que él se hubiera dado cuenta. Ray parecía ser más consciente de las cosas de lo que parecía.

–¿Como qué? –preguntó ella inocentemente.

–Como que te conviertes en calabaza a las doce. Ya sabes, lo de Cenicienta –sugirió Ray con una sonrisa. Sentía que estaba poniéndose nervioso, preguntándose si tal vez habría malinterpretado las señales después de todo. ¿Estaría ansiosa por abandonar la fiesta y abandonarlo a él también?

–No –respondió Holly–. No me convierto en calabaza, pero sí que quiero estar en casa en torno a esa hora para poder dejar el resto de los regalos de Molly debajo del árbol antes de que se despierte. En Nochebuena duerme con un ojo abierto intentando pillar a Papá Noel –le explicó con una carcajada–. Por cierto, ha sido muy amable por tu parte llevarle a Molly un regalo y decirle que era de Papá Noel.

Él se encogió de hombros como si no tuviera importancia.

–Bueno, soy un tipo muy amable.

«No tienes que convencerme de ello», pensó Holly. «Siempre he sido tu mayor admiradora».

–No tenías por qué, ya lo sabes.

–Lo sé –la verdad era que disfrutaba haciéndolo–. Hay algo mágico en esa edad, en creer en Papá Noel, en un hombre que les lleva juguetes a todos en una sola noche.

–A todos los niños en una sola noche –precisó Holly.

–¿Qué?

–Has dicho «a todos» –señaló ella–. Papá Noel les lleva regalos a los niños.

Ray frunció el ceño.

–¿Está escrito en alguna parte? –le preguntó, con tanta solemnidad que, por un momento, Holly pensó que hablaba en serio.

Y entonces se dio cuenta de que estaba tomándole el pelo, como hacía siempre.

–Debe de estarlo –contestó riéndose.

–Bueno, pues yo nunca lo he visto escrito en ninguna parte –continuó él como si estuvieran teniendo una discusión filosófica–. Y, hasta que no lo vea, seguiré creyendo que Papá Noel le lleva regalos a todo el mundo.

Holly negó con la cabeza.

–¿Cuánto vino y cuánta cerveza has bebido esta noche? –preguntó.

Ray se quedó mirándola unos segundos. El sonido a su alrededor pareció esfumarse cuando le dijo:

–Lo suficiente para poder ver las cosas con más claridad que de costumbre.

Estaba alargando aquello un poco, pero Holly sabía que al final acabaría haciendo un chiste.

–De acuerdo. Tú sigue pensando eso –volvió a mirar el reloj. Ya era casi medianoche. Tenía que irse antes de acabar exhausta–. Bueno, ha sido una velada encantadora y una ceremonia preciosa, pero voy a tener que pedirte que me lleves a casa. O mejor aún –miró a su alrededor mientras hablaba–, quizá le pida a uno de los hermanos Murphy que me lleve.

–¿Uno de los hermanos Murphy? –repitió él con el ceño fruncido–. ¿Por qué?

Cierto, Ray no olía como si hubiera estado bebiendo, pero algo pasaba. Actuaba de una manera extraña aquella noche, y ella daba por hecho que era por el alcohol. No quería que corriese el riesgo.

–Bueno, Brett y Liam no parecen estar bebiendo –le explicó– y, aunque no estemos en Dallas, es más seguro meterse en carretera estando completamente sobrio… sobre todo de noche.

Ray le agarró la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

–Hay tiempo de sobra para llevarte a casa –le aseguró cuando ella se quedó mirándolo–. Unos pocos minutos más no cambiarán nada. Baila conmigo –añadió al ver que Holly abría la boca, sin duda para protestar.

–No hay música –señaló ella.

Ray levantó la mano que tenía libre.

–Espera –le dijo, ladeó la cabeza y siguió su propio consejo.

Si de ella hubiera dependido, se habría quedado a su lado hasta que se acabara el mundo. Pero tenía que pensar en Molly y eso lo cambiaba todo.

–Ray, de verdad, tengo que…

–¿Ves? Ahí está –le dijo él cuando la banda de Liam, al terminar sus quince minutos de descanso, comenzó a tocar de nuevo. Era una canción lenta que a Ray le pareció perfecta–. Solo has de ser paciente –añadió mientras la arrastraba hacia la pista de baile que sus hermanos y él habían construido para la ocasión el día anterior. Habían tenido que trabajar todos juntos durante la noche para hacerlo realidad. Pero ese era el tipo de cosas que hacían sus hermanos y él; hacían lo imposible en poco tiempo.

–Eso sí que tiene gracia –murmuró ella mientras empezaba a relajarse.

Ray la miró a los ojos y se permitió perderse en ellos durante unos instantes.

–¿El qué?

–Que tú me digas que sea paciente –«llevo siendo paciente toda mi vida, Ray, esperando a que te fijaras en mí aunque fuera un poco».

–¿Estás insinuando que soy un impaciente? –preguntó él con una sonrisa, a pesar de intentar sonar serio.

–No. No lo insinúo –respondió ella con una carcajada que se reflejó en sus ojos–. Lo digo abiertamente.

–Puede que lo fuera –admitió él–. Pero ese era el antiguo yo. El nuevo yo es muy paciente.

«Sí, claro. Eso nunca pasa», pensó ella. Pero decidió seguirle la corriente.

–¿Y con qué está siendo paciente el nuevo tú? –preguntó, e hizo lo posible por no reírse. Todo el mundo sabía que Ray era la definición de la impaciencia.

Ray decidió que lo comprendería mejor más tarde.

–¿Por qué no seguimos hablando de eso luego?

–De acuerdo –convino ella, convencida de que, cuando llegara ese «luego», Ray ya se habría olvidado por completo del tema. Eso sí que sería típico de él.

No era que estuviera mintiendo a propósito, simplemente era incapaz de recordar todo lo que decía. Eso era parte de lo que era y ella lo aceptaba, lo aceptaba todo con tal de poder disfrutar de aquellos preciados momentos con él, para poder revivirlos después en su cabeza hasta haber agotado los recuerdos.

«Jamás me olvidaré de esto, Dios. Gracias», pensó.

–Ya casi es Navidad –le dijo Ray.

–Lo sé –respondió ella–. Te lo he dicho antes. Por eso tengo que irme a casa.

–No se abren los regalos hasta el día de Navidad, ¿no? –le preguntó él de pronto.

–Es una tradición –explicó ella–. Cuando no tienes muchos, te gusta alargarlo un poco, quedarte mirando tu regalo e imaginar qué podrá ser –se preguntó si Ray querría saber por qué su madre le habría dicho a Molly que pusiera su regalo bajo el árbol en vez de permitirle abrirlo en aquel mismo momento–. Mi madre y yo malcriamos a Molly, pero no le hará ningún mal esperar un poco, como hacía yo.

–Nunca pensé que fueras pobre –confesó él.

–Yo no me sentía pobre –respondió ella apresuradamente, pues no

quería que pensara que buscaba su compasión–. Pero, a posteriori, echando la vista atrás, me di cuenta de que no tenía muchas cosas, cosas materiales, igual que los demás niños. Sin embargo –añadió, porque siempre intentaba verle el lado positivo a cualquier situación–, eso me hizo ser más fuerte y menos materialista.

–Entonces, ¿los regalos no importan? –le preguntó él inocentemente.

Holly se rio. Ray era muchas cosas, pero no inocente.

–Yo no he dicho eso. Sí que importan –admitió libremente–. Porque no los espero y porque nadie tiene obligación de regalarme nada –había algo en sus ojos que Holly no entendía. No le gustaba la sensación de no poder interpretar su mirada–. ¿A qué viene hablar ahora de regalos? –preguntó sin poder evitarlo. Lo correcto habría sido dejarle hablar y después dejar el tema cuando él se cansara. Pero la curiosidad había podido con ella.

«¿Y si está tanteándote y quiere tu consejo para regalarle algo a una chica a medianoche? ¿Un regalo importante a medianoche?».

En vez de responder, Ray siguió bailando con ella y miró el viejo reloj que había colgado en la pared trasera de la casa.

La música terminó justo cuando el reloj dio las doce.

–Es medianoche –le dijo ella innecesariamente.

–Sí, lo es.

–¿Puedo irme ya a casa? –insistió Holly. Por mucho que le encantara estar entre sus brazos, bailando, tenía que marcharse antes de que fuera demasiado tarde.

–Dentro de un minuto –respondió Ray–. Tengo que enseñarte una cosa.

Holly tuvo que contener sus ganas de suspirar.

Tenía razón.

Ray tenía un regalo para alguna chica y quería saber su opinión. Tenía que marcharse. ¿Por qué no se lo habría enseñado antes?

«¿En serio? ¿Habrías preferido eso? ¿Pasar toda la noche sabiendo que estaba aquí contigo solo por amistad, y que la mujer con la que realmente deseaba pasar el tiempo iba a recibir un regalo de Navidad mientras tú te ibas a tu casa?».

–¿Adónde vamos? –preguntó mientras Ray se alejaba de las carpas. En pocos segundos ya habían dejado atrás la fiesta.

Ray deseaba seguir andando hasta que estuvieran a solas. Pero entonces también se quedarían sin luz porque, por muchas estrellas que hubiera en el cielo, no proporcionaban suficiente luz. Y quería que Holly pudiera ver lo que quería mostrarle; además, quería ver su expresión cuando lo viera.

Esperaba no tener que arrepentirse de aquello.

–Aquí –le dijo al detenerse–. Vamos aquí.

Holly miró a su alrededor. Estaban prácticamente en mitad del campo. Volvió a mirarlo sin entender nada.

–¿Qué hay aquí? –preguntó.

–Nosotros –respondió él sin más.

–Eso ya lo veo –dijo ella. Al ver que Ray vacilaba, lo miró preocupada. Nunca antes le había costado trabajo decirle nada.

¿Sería porque iba a dolerle? Fuera lo que fuera, la espera estaba empeorándolo. Quería acabar con eso lo antes posible, como quitarse una

tirita de golpe.
–¿Sucede algo? –le preguntó con la garganta seca.
–Bueno –respondió él lentamente–. Eso depende.
–¿De qué? –preguntó ella, y le sorprendió que pudiera pronunciar las palabras a pesar de tenerlas pegadas a la garganta.
–De lo que digas.
Holly se quedó mirándolo. ¿Desde cuándo su opinión importaba tanto? Normalmente le preguntaba lo que pensaba, pero la verdad era que Ray era un hombre independiente y al final hacía lo que quisiese hacer.
Que su respuesta fuese negativa no iba a cambiar nada, ¿por qué entonces estaba haciendo aquella tontería?
Aun así decidió seguirle la corriente.
–De acuerdo –le dijo–. Estoy preparada.
–Eso espero –respondió él, lo cual aumentó su confusión.
Antes de poder preguntarle qué quería decir, Ray se metió la mano en el bolsillo y sacó algo pequeño.
–Toma –dijo antes de enseñárselo.
Holly se quedó mirando la cajita de terciopelo que tenía en la palma de la mano.
–¿Toma qué? –preguntó ella. Se obligó a sí misma a no llorar, pero ya sentía que empezaban a escocerle los ojos. Pedirle opinión sobre el anillo que había comprado para otra mujer sería demasiado cruel.
–Toma –repitió él con más insistencia–. Ábrelo.
Holly sintió que el corazón se le caía hasta los pies. Su momento con él había terminado. No estaba preparada para ello, pero así era. Sin más.
Se obligó a levantar la caja y la abrió. Dentro estaba el anillo de diamantes más bonito que había visto jamás.
–¿Y bien? –preguntó él con impaciencia. Era evidente que a Holly le había gustado. ¿Por qué entonces no decía nada?
–Es precioso –susurró ella.
–¿Pero? –preguntó él al notar la vacilación en su voz.
–Pero nada. Es precioso –repitió Holly. Tomó aliento y lo miró a los ojos–. ¿Para quién es?
Ray estuvo a punto de quedarse con la boca abierta.
–¿Hablas en serio? –preguntó.
A Holly le escocían los ojos más que nunca. Era cuestión de tiempo que empezaran a brotar las lágrimas. Tenía que marcharse antes.
–Por favor, no juegues conmigo, Ray. Sí, hablo en serio. ¿Para quién es?
–Para ti, idiota –¿cómo era posible que no se diera cuenta?
–No soy idiota –respondió Holly indignada–. Soy… ¿Para mí? –se quedó mirándolo con la boca abierta al ser consciente de sus palabras–. ¿Me estás regalando a mí el anillo?
¿Por qué si no pensaría que se lo había dado?
–Sí –insistió él.
Cualquier otra persona habría dado saltos de alegría al saber que el anillo era suyo, pero Holly no era cualquier otra persona, y Ray tampoco. Con él había que dejarlo todo claro antes de permitirse dar rienda suelta a sus sentimientos.

–¿Por qué?

¿Todavía necesitaba explicaciones? Aquello era más difícil de lo que había esperado… pero por Holly merecía la pena.

–Porque pensaba que querrías que esto fuera algo tradicional.

–¿Esto? –preguntó ella, negándose aún a aceptar lo evidente por miedo a que le hiciera daño.

Ray no pudo más que quedarse mirándola. Estaba siendo muy claro. ¿Por qué se resistía?

–¿Por qué estás haciéndolo tan difícil? –le preguntó–. Estoy pidiéndote que te cases conmigo.

Holly se quedó sin palabras durante unos segundos.

–No es verdad. Lo que estás haciendo es confundirme. No se ha hablado de matrimonio –la cabeza empezó a darle vueltas y el corazón comenzó a latirle tan deprisa que pensó que iba a desmayarse–. ¿De verdad estás pidiéndome que me case contigo?

–¡Sí! –gritó él–. ¡Por fin! –añadió aliviado. Empezaba a pensar que no lo entendería nunca.

–¿Por qué?

–¿Qué quieres decir?

–¿Por qué? –repitió ella–. Son dos palabras muy sencillas. ¿Por qué me pides que me case contigo? ¿Has bebido demasiado? ¿Has apostado a que podrías casarte a medianoche o…?

–Es porque te quiero, maldita sea –respondió él–. Te quiero, y estas dos últimas semanas me he dado cuenta de que he estado perdiendo el tiempo, yendo de mujer en mujer cuando tengo a mi lado a la única mujer que necesito.

Se quedó mirándola a los ojos durante unos segundos, buscando alguna señal de compromiso, de aceptación.

–Eres mi mejor amiga y no puedo dejar de pensar en ti. No quiero dejar de pensar en ti. Nunca –enfatizó–. Cásate conmigo, Holly.

Estaba pidiéndole que se casara con él. Estaba pidiéndoselo de verdad. Aquello no era un sueño.

–¿Cuándo? –preguntó.

–Cuando estés lista. Ahora, si quieres que vaya a buscar al cura –le dijo él, dispuesto a sacar al hombre de su casa, situada detrás de la iglesia.

–Espera, espera. Esto va demasiado deprisa –una parte de ella aún pensaba que iba a despertarse en cualquier momento–. Aun a riesgo de arruinar algo que he estado esperando desde la primera vez que te vi, tengo que decirte algo –tomó aliento antes de continuar–. Has de saber que no solo te casas conmigo.

–¿No?

–No. Tengo responsabilidades, Ray. Tengo que cuidar de Molly. No puedo darle la espalda sin más.

¿Eso era todo? A él le encantaba Molly. Entre otras cosas porque podía hablar con ella. Eso no siempre era posible con niños de su edad.

–No te estoy pidiendo que lo hagas.

–Y además está mi madre –continuó Holly con nerviosismo. No quería ahuyentarlo, pero sus responsabilidades eran las que eran–. Es

independiente y testaruda, pero no puedo dejarla sola.

–Lo sé –contestó él con una sonrisa–. Me cae bien tu madre. Sé que a ella también le caigo bien. Y me dijo que te resistirías, pero que siguiera insistiendo hasta agotarte.

–Un momento –algo no tenía sentido–. ¿Has hablado con mi madre de esto?

–Sí –la conversación había sido larga–. ¿Por qué crees que no ha venido a la boda? No quería que estuvieras distraída cuidando de ella y de Molly. Tengo su bendición, por cierto –le dijo–. Lo que necesito ahora es la tuya.

¿De verdad creía que hacía falta preguntarlo?

–La has tenido desde el principio –respondió Holly, y dejó que las lágrimas resbalaran libremente por sus mejillas.

–Se supone que no has de llorar cuando dices que sí.

–¿Quién lo dice?

–No sé. Pero me parece una buena norma –dijo él mientras la estrechaba entre sus brazos–. Lo eres todo para mí, Holly, y por fin he sido lo suficientemente listo para darme cuenta –le había llevado mucho tiempo.

–Si tan listo eres, ¿por qué no te callas y me besas de una vez? –preguntó ella.

–Ahora llegamos a la parte buena –respondió Ray antes de besarla.

Y fue muy buena. La mejor de todas. Y se prometió a sí mismo que siempre sería así.

Epílogo

HOLLY estaba deseando decírselo.

Estaba deseando llegar a casa y decirles a su madre y a Molly que iba a casarse con el hombre con el que había soñado casarse toda su vida.

Aunque había una parte de ella que deseaba entrar en casa y fingir que había decidido rechazarle solo para hacer pagar a su madre por haberle ocultado el secreto.

Su madre debería habérselo dicho nada más enterarse.

Pero suponía que tenía sentido dejar que fuera Ray quien se lo preguntara. Al fin y al cabo, era su pregunta, así que se merecía ser él quien le sorprendiera.

Oírlo de sus labios había hecho que la proposición fuese perfecta.

Así que abandonó la idea de devolvérsela a su madre fingiendo que había rechazado a Ray. Además, dudaba que pudiera engañarla. No era tan buena actriz, y menos cuando su madre sabía lo loca que había estado siempre por Ray.

Como quería contárselo a su madre y a Molly al mismo tiempo, Holly sabía que eso significaría tener que llegar a casa bastante temprano.

Cuando le expuso el tema a Ray para saber su opinión, le sorprendió su respuesta.

–No tenemos por qué abandonar la fiesta –le dijo–. Al menos de forma permanente, si no quieres.

–¿Quieres decir que deberíamos esperar a mañana para decírselo a mi madre y a Molly? –preguntó ella.

–No. Quiero decir que podemos abandonar la boda durante un rato. Tomarnos un descanso, como los anuncios en la tele. Una pausa breve. Tampoco es que tengamos que cruzar la frontera del estado para ver a tu familia.

Aun así Holly vaciló unos instantes. Al fin y al cabo era la boda del hermano de Ray y no quería parecer maleducada ni arriesgarse a ofender a alguien de su familia.

–¿No te importa?

–No me importa nada que te haga feliz –respondió él.

Ahora que había admitido que la quería, una parte de él no podía evitar preguntarse por qué habría tardado tanto en entrar en razón. Por qué habría tardado tanto en ver lo que tenía delante de sus narices.

Debería dejar de fustigarse por ello y alegrarse de haber visto definitivamente la luz. Fin de la historia.

O tal vez el comienzo de una nueva historia, pensó con una sonrisa.

–¿Y a tu familia no le importará? –quiso saber ella.

–Mi familia te adora, ¿recuerdas? Eres la heroína que trajo al mundo a

los gemelos de Alma. A sus ojos, no puedes hacer nada malo.

La había convencido.

–De acuerdo –dijo ella, le dio la mano y tiró de él hacia donde había dejado el coche–. Vamos.

***

Holly sintió el corazón desbocado durante todo el camino hasta su casa, aunque el viaje pareció durar un instante.

En cuanto metió la llave en la cerradura, la puerta se abrió. Martha estaba al otro lado con los ojos brillantes y expresión de impaciencia.

–¿Y bien? –preguntó su madre mirándolos a los dos–. ¿Has dicho que sí?

–¿Sí a qué? –preguntó Molly, colgada de uno de los mangos de la silla de ruedas mientras intentaba girarla de un lado a otro. Era demasiado pequeña y ligera como para desequilibrarla.

–¿Quieres decir que no lo sabes? –preguntó Holly con una carcajada acariciándole el pelo a su sobrina.

–No –respondió la niña–. Cuéntamelo, cuéntamelo.

–Ray y yo vamos a casarnos.

La niña les sorprendió al quedarse callada y mirarlos seriamente, como si estuviese analizando la información y sometiéndola a diversos criterios en su cabeza.

–¿Tú quieres? –le preguntó finalmente a Holly.

–Sí que quiero –contestó ella.

Molly miró entonces al hombre que estaba de pie a su lado y, en vez de hacerle la misma pregunta, le dijo:

–¿Vas a mudarte aquí con nosotras?

–Eso parece. ¿Te parece bien? –le preguntó Ray como si fuera una adulta, actitud que Molly agradeció enormemente.

Cuando le preguntó lo que sentía al respecto, la niña sonrió al fin. Una sonrisa tan brillante como un rayo de sol.

Una sonrisa que se parecía mucho a la que había visto tantas veces en los labios de Holly.

–¡Sí! –exclamó Molly–. Me gusta mucho mi habitación y me daría pena tener que marcharme y dejarla aquí.

Ray se arrodilló para estar a su altura.

–Bueno, pues que no te dé pena, porque no nos vamos.

–¡Sí! –gritó la niña mientras le rodeaba el cuello con los brazos–. ¿Puedes casarte con nosotras mañana?

–No funciona así –le explicó Ray–. Pero lo haré en cuanto pueda.

A Molly le brillaban los ojos cuando asintió. Intentó disimular un bostezo, pero no lo consiguió.

–Hora de irse a la cama, jovencita –le dijo Martha a su nieta. Antes de sacar a Molly de la habitación, utilizando la silla de ruedas como un vaquero utilizaría su caballo para guiar al ganado, Martha miró a su hija y a su futuro yerno–. ¿Y vosotros dos por qué no os largáis ya de aquí? –les preguntó con una sonrisa.

Ray le dio la mano a Holly.

–Creo que tenemos que regresar a la boda –le dijo.

–Me has quitado las palabras de la boca –respondió Holly.

–Acostúmbrate –murmuró él con una sonrisa mientras salían de la casa–. Pienso hacerlo a menudo.

Holly lo miró confusa cuando la puerta se cerró tras ellos.

–Creo que no entiendo…

En vez de explicárselo, Ray se lo demostró estrechándola entre sus brazos y besándola.

–Oh –murmuró Holly justo antes de que sus bocas se encontraran.

El sonido quedó amortiguado contra los labios sonrientes de Ray.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

